¿Quién no tiene guardado en algún bolsillo de su viejo pantalón o en el fondo de su cartera más querida algún recuerdo de su infancia? Pero no cualquier recuerdo, sino aquellos que han dejado una *marca* imborrable en lo más profundo de su ser y que –de alguna u otra forma– lo han acompañado a lo largo de su vida, esos que aún perduran con la misma marca sensible y afectiva de aquel entonces. ¿Qué ser humano no recuerda vivencias de su niñez y las guarda, cuidándolas celoso para que el tiempo o la vida no las desgaste?

Estas marcas, emocionales e intensas experimentadas en la infancia, perduran y sufren diferentes destinos. Permanecen ocultas o semiocultas para nuestros recuerdos, se vuelven inconscientes y quedan a la espera de ser despertadas –en otros momentos– por los acontecimientos a los que la cotidianeidad (en sus múltiples e inesperadas experiencias) nos expone.

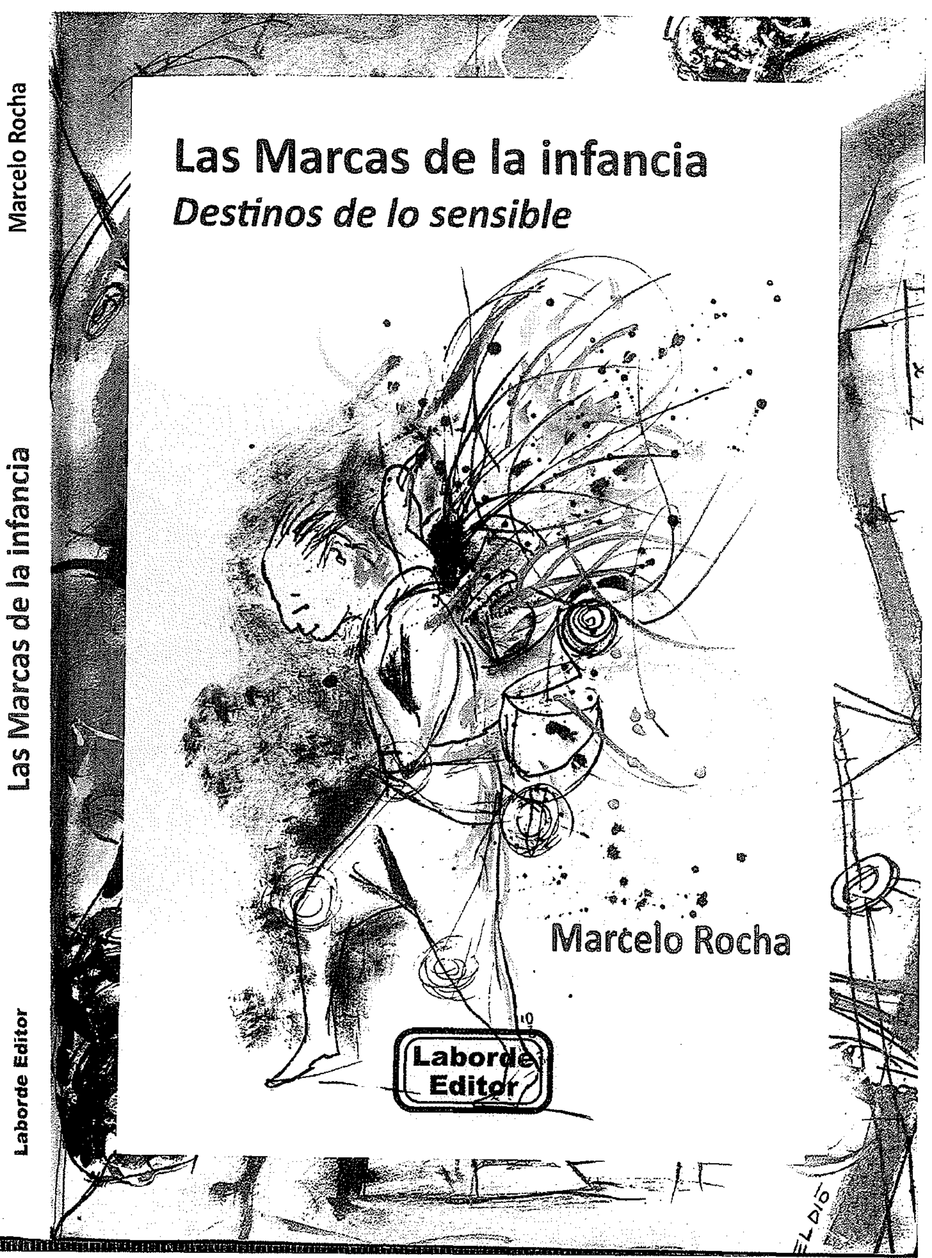
Recuperar lo sensible de esas marcas, reconocerlas y poder convivir con ellas, supone el hecho de aprender a vivir con uno mismo, e implica otorgarle importancia a aquello que nos constituye y que ha forjado nuestro ser. Se trata de reconocer nuestra esencia más íntima para poder –en otros tiempos– donarla a quienes nos precedan.

El lector encontrará al recorrer estas páginas historias, recuerdos, afectos y anécdotas con las cuales podrá identificarse; y luego de leer este libro, al dejarlo en su biblioteca o en su mesa de luz, podrá rencontrarse con aquel niño que alguna vez fue, y volver al día siguiente a su trabajo –o a donde sea que deba ir– de la mano con él, con una sonrisa cómplice, de unión, y sin ese rencor, o quizá, esa indiferencia que los distanciaba.



"El libro me parece emocionadamente didáctico y revelador" (Víctor Heredia)

"Este libro nos permite pensar en los trazos de lo infantil, no solo como recuerdo y memoria, sino como relación sensible con el otro" (del prólogo de Esteban Levin)


Marcelo Rocha
Las Marcas de la infancia
Laborde Editor
Las Marcas de la infancia
Destinos de lo sensible
Marcelo Rocha
Laborde Editor

Las Marcas de la infancia

Destinos de lo sensible

Un homenaje a las personas de bien

Rocha, Marcelo D.
Las Marcas de la infancia. Destinos de lo sensible / Marcelo D. Rocha. - 1a ed. - Rosario : Laborde Libros Editor, 2015.
172 p. ; 15 x 21 cm.

ISBN 978-987-677-110-8

1. Psicología. I. Título.
CDD 150

Fecha de catalogación: Julio 2015

1° Edición: Setiembre 2015

3 de Febrero 1065 - Tel/Fax: (0341) 4498802
Rosario (C.P. 2000) - Argentina
Página Web: www.labordeeditor.com.ar
e-mail: leopoldolaborde@hotmail.com
labordeeditor@yahoo.com.ar

Diseño de tapa y Diagramación: Liliana Aguilar
Dibujos de tapa: Alejandro Moris

ISBN 978-987-677-110-8

Dedicatorias:

A mis pacientes y a los hombres de bien
de estas y otras historias no visibilizadas.

A mis amigos de la infancia y a los de hoy,
quienes poseen –de seguro– muchos rasgos en común.
A mi Jardín de infantes nº 40, que este año cumple 100 años y
a mi escuela Dr. Faustino Sarmiento de Firmat.
A mi Ciudad (Firmat), mi barrio, mi plaza, mis juguetes
(ya desaparecidos) y mi casa natal...
A mis hijos, Franco y Bautista, que siguen experimentando el mundo
y construyendo sus propias marcas.
A Vanina, la mujer que elegí para que me acompañe
en este camino signado por las marcas de mi infancia,
para que juntos, con las mías y las de ella,
contribuyamos a formar la de nuestros hijos.

Vaya mi más humilde homenaje, a través de estas páginas,
a todas las personas de bien, que han logrado manipular,
moldear y encauzar las marcas de su infancia,
para convertirlas en verdaderos propósitos
de contribuir al bienestar de otros...

Agradecimientos:

Agradezco a quienes, desde su gentil generosidad sensible, me cedieron los permisos de publicación de sus extractos de vida y reportajes: en especial a Víctor Heredia, Juan David Nasio, Carlos Skliar, Jorge Larrosa, Eduardo Schwank, Adrián Grassi y Emiliano Naranjo.

A Cintia Palauro, Analía Bebán, y a Elvira Castaño y Michele Gallitto por las correcciones de texto.

A Alejandro Moris por los dibujos de tapa.

A Leopoldo Laborde por su interés, siempre renovado, en publicar mis escritos.

"Recordar es volver a pasar por el corazón"

A la memoria de Eduardo Galeano...

Advertencia al lector:

Muchas de las historias sobre las marcas de la infancia de las personas
que aquí les comparto, las he extraído de reportajes y entrevistas,
algunas realizadas por mí y otras vistas en videos de páginas web.
También me fueron concedidas anécdotas escritas
por sus propios protagonistas.

Con respecto a las entrevistas a través de la web,
decidí verlas, ya que necesitaba observar el rostro, la expresión,
los movimientos corporales y emociones en acto de los protagonistas,
en el momento en que ellos, al narrar sus vivencias,
se introducían en sus recuerdos.
Así lo creí más prudente, porque no puedo salirme de mi trabajo
de psicoanalista, y un psicoanalista no solo escucha,
sino que –y por sobre todo– observa, para poder entender
y luego sí, interpretar.

Aún siento y veo girar –en lo más profundo de mi mente–
aquellas ruedas, con sus oxidados rayos, de la vieja bicicleta
en la que mis padres me llevaban a la escuela siendo yo un niño...

Ellos le ponían, a esa vieja bicicleta, un almohadoncito en el asiento
de atrás, para que yo viajara más cómodo esas más
de veinte cuadras eternas; que se convertían para mí
en tiempo para pensar, soñar e imaginar.

Aquella experiencia vivida y repetida diariamente, se constituyó
en una de las principales marcas de mi vida. El lento andar del rodado
sobre el paso del pavimento agrietado, arreglado con brea,
y mi mirada fija adormecida por el sueño de la mañana...

Y una sensación extraña, fuerte pero agradable, sentida en mi interior,
siempre me acompañaba en esos trayectos: La admiración puesta en la
fuerza del pedaleo diario, constante y silencioso de mi madre
y de mi padre, cada vez que me llevaban a la escuela para
que yo pudiera estudiar. Incansables, persistentes y decididos
a no resignarse en ese acto...

Me pregunto si esa sensación era mía o era lo que en realidad deseaban
mis padres para mí y que –creo yo–, sin ser del todo conscientes,
pudieron transmitirme con su propio ejemplo...

Lo cierto es que, desde aquel momento, comprendí
–no sé cómo ni por qué– que sin prisa pero sin pausa,
llegaría a donde me lo propusiera en la vida...

(M. Rocha)

Índice:

Palabras preliminares

Desde que me dedico a escuchar a y tratar de aliviar el sufrimiento de la gente, hay una frase, yo diría una frase muy fecunda, que ha ingresado de una forma particular a mis oídos y permaneció guardada, de manera inconsciente, en mi mente. Poco a poco se fue volviendo cada vez más significativa, tomando un vivo y claro color en su sentido e intensidad. Comencé a escucharla fuera del espacio de mi consultorio, en las charlas con amigos, de boca de la gente de experiencia, en los bares, en reportajes televisivos a personalidades; en fin, en la vida misma. Esa frase se repetía insistentemente sin que yo pudiera prestarle la atención que hoy le dedico en este libro y se me volvió más representativa cuando, al fin, me di cuenta de que había tenido algún valor en mi mismo y que también lo había tenido para muchas otras personas. Con el tiempo, la frase ya aparecía por todos lados, se me presentaba cual espectro que ronda por la vida con el objetivo de querer ser redimido de su letargo. Entonces, me lancé hacia su búsqueda y comprensión.

Bastaba solo escuchar en el contexto de una charla la frase "recuerdo algo que me marcó mucho en la vida", para entender que me encontraba ante una forma particular del rememorar que no estaba vinculada a un tipo de recuerdo vulgar. Me hallaba, pues, frente a una forma muy especial de expresión del pasado. Observaba, que solo era cuestión de preguntarle a alguien ¿Qué es lo que más te marcó en tu vida? para ver cómo, a quien yo interpelaba, comenzaba a sumergirse en su recuerdo de una forma muy particular.

Ante esta pregunta la mayoría de las personas tiene algo para decir. Instantáneamente sale a la luz algún recuerdo y el gesto de sus caras comienza a cambiar, como si empezaran a emprender un viaje y no quisieran perderse el paisaje que van observando, volviéndolo a uno, testigo espectador del mismo. Una atmósfera comienza a formarse, donde el adulto que hoy cuenta se viste por un rato de aquel niño que fue, de aquel niño que vivió la experiencia que marcó al adulto que es hoy. Muchas veces, el nudo en la garganta que se produce en el transcurso del relato, en el centro del recuerdo, marca el punto de sensibilidad mayor que atan las puntas del tiempo transcurrido entre el ayer y el hoy. Así es, existe un momento donde el relato pasado se vuelve presente conocido, cuando quien cuenta siente verse nítidamente en eso que narra y presiente algo familiar que aún perdura.

Creo que desde entonces, no he podido escapar a estas breves e intensas historias que la realidad me mostraba; y fue así que sentí la necesidad de documentar el resultado de mis reflexiones en torno a lo observado.

Existen diferentes tipos de marcas de la infancia, tantas quizá, como seres humanos. Es que estas son únicas e irrepetibles, se diferencian en su esencia y comparten sus destinos. Sí, he notado que las marcas vividas y forjadas en nuestro pasado, también sufren diferentes destinos en su necesidad constante de permanecer y repetirse[1]: determinando conductas o modos de ser, abriéndose camino hacia una vocación, como simple recuerdo, a través de las manifestaciones de un síntoma, o simplemente, como necesidad constante de alcanzar ciertas metas en la vida. Todas y cada una de ellas, tendrán su propia función y explicarán parte de lo que hoy somos.

En tal sentido, ¿podríamos decir que las marcas de la infancia sufren los mismos destinos que cualquier tipo de vivencia de nuestro pasado? Rápidamente diría que no, puesto que, en nuestra vida infantil, vivimos miles de experiencias que pasarán a formar parte del material inconscien-

---

[1] Me basaré, para fundamentar mis observaciones, en la teoría expuesta por Juan David Nasio en su libro "¿Por qué repetimos siempre los mismos errores?" Ed. Paidós, Bs As, 2013.

te que nos constituye, pero solo algunas situaciones o escenas vividas en aquel momento, tomarán un carácter importante para nuestra vida psíquica adulta.

Siento que escribirle a las "marcas de la infancia", es rendirle homenaje al niño que todos llevamos dentro, en nuestra memoria más sensible, e intento con esto, restituir el valor que nuestras sociedades le están quitando a esa etapa tan hermosa y cargada de experiencias. Pareciera que ya no hay tiempo para la infancia; vivimos corriendo contra reloj para realizar cada vez más tareas que nos convierten en esclavos de las sociedades de consumo. De hecho, ya nadie duda en afirmar que los nuevos síntomas de la época que manifiestan los niños se vinculan directamente a estos modos contemporáneos de vivir.

La infancia, dentro de la lógica del capitalismo productivo, es pensada como objeto de consumo, consumo de los nuevos juguetes que cada vez resisten menos sobrevivir y acompañar a los niños en ese tiempo, porque en breve, saldrá otro para remplazarlo con nuevas funciones, más interesantes y más tecnológicas. Las nuevas infancias ya no son las de antaño, donde las experiencias fluían por doquier y el tiempo parecía eternizarse en esas siestas donde la imaginación se activaba para crear, inventar y soñar. Me preocupa la forma de vida que llevan nuestros hijos en las grandes urbes aquejadas por la violencia, la inseguridad y el temor, reducidos a quedar encerrados en sus cuartos, tras las rejas de una casa segura, sin tener la posibilidad de poder ir a jugar con sus amigos, "libres" y "autónomos", en la placita de su barrio.

Las nuevas formas de la *vida líquida* de nuestras sociedades contemporáneas sumergen a los niños en nuevos modos de transitar la infancia. Estas modalidades de contrato social pueden llegar a producir futuros muy inciertos, ya que hipotecan las experiencias de vida –tan necesarias para el desarrollo de las subjetividades–, en detrimento del afán de un progreso productivo. No solo el futuro de la existencia humana se pone en juego ante tal situación. Asistimos a un nuevo tipo de lazo social generado por este nuevo escenario. Los vínculos sensibles se encuentran en peligro.

Recientemente apareció un libro extremadamente interesante de Zygmunt Bauman y Leonidas Donskis titulado "Ceguera moral. La pérdida de

sensibilidad en la modernidad líquida". En esta obra, ambos autores plantean el concepto de "adiáfora" como un nuevo modo de comportamiento de los seres humanos por fuera del universo de evaluaciones y obligaciones morales. Ellos expresan:

> "La adiáfora implica una actitud de indiferencia a lo que acontece en el mundo, un entumecimiento moral. En una vida cuyos ritmos está dictados por guerras de audiencia e ingresos de taquilla, donde la gente está absorta en las últimas tendencias en aparatos tecnológicos y formas de cotilleo; en nuestra <vida apresurada> en la cual rara vez hay tiempo para detenernos y prestar atención a temas de importancia, corremos el grave riesgo de perder nuestra sensibilidad ante los problemas de los demás. Solo las celebridades y las estrellas mediáticas pueden esperar ser tenidas en cuenta en una sociedad extenuada por la información sensacionalista y sin valor."[2]

La sensibilidad no es un objeto que podamos comprar en ningún supermercado para regalárselo a nuestros hijos para que forme parte de los objetos de consumo que atesoran en sus cuartos. Este tipo tan particular de afecto se crea únicamente a través de las experiencias afectivas que se producen en la vida cotidiana. Jamás podremos suplantar esas experiencias con otro tipo de creación moderna.

Pero, mientras estas nuevas formas de vida avanzan sin detenerse, día a día las experiencias de vida construyen y marcan nuevos destinos. Me preocupan aquellas infancias que, por tener que salir a ganarse el peso para poder comer, soportan ese otro peso de la pérdida de la niñez. Me preocupan esas infancias que, por tener ciertos estigmas discapacitantes o por llevar en su frente pegados múltiples rótulos, con la plasticola que aún usan ciertos profesionales del campo psi., quedan reducidas en peligrosos circuitos de exclusión. Entiendo que este tipo de infancias, se siguen exponiendo ante ciertas marcas que afectarán su futuro, y es el deber de

---

2 "Ceguera moral. La pérdida de sensibilidad en la modernidad líquida." Zigmunt Bauman, Leonidas Donskis, Editorial Paidós, Bs. As. 2015.

nuestra sociedad hacer algo para que eso no siga sucediendo. Por ello, este libro, también tiene la intención de pensar a nuestros niños del presente en función de su por-venir adulto; un porvenir que estará íntimamente ligado al tipo de experiencias sensibles a que los expongamos.

Si en el mundo aún existen infancias que sufren no pretendamos un mejor futuro para la humanidad...

Prólogo del libro

"Las marcas de la infancia. Destinos de lo sensible"

(Por Esteban Levin)

Querido lector: en esta oportunidad, Marcelo nos dona un libro que nos introduce intempestivamente en la propia escena infantil. Él se pone en escena en el acto de la escritura y nos invita a recorrer aquellas huellas que sin darnos cuenta, han dejado marcas imborrables; muchas de ellas, nunca se podrán recordar, aunque paradójicamente, nunca se olvidarán.

Al narrarnos sus propias marcas, esos trazos devenidos en huellas significantes, se abren a otros relatos que nos transportan a rescatar la memoria afectiva, plástica y por lo tanto, imperecedera que, como lo explicita el autor, delinea la intensidad de la herencia y experiencia vivida por un sujeto.

Las marcas, los trazos de la experiencia infantil, acontecen por primera vez, pero esta primera vez, es la última vez que es la primera. De este modo perviven, apasionadamente, al resignificarse en otros acontecimientos. Esta vivencia se realiza, está en el mundo del afuera y al jugarla, conforma el adentro. La sensibilidad infantil se origina en ese espejo, cuyas marcas inéditas crean el adentro del afuera como pertenencia, identidad e historicidad.

La lectura del libro, me llevó a recordar una historia infantil que me comentaban mis padres: cuando era muy pequeño, prematuramente aprendí a decir simpáticamente mi nombre. Los adultos que me rodeaban se percataron de ello y cada vez que me veían o nos reencontrábamos por algún motivo, me preguntaban: "¿Cómo te llamás?". Por supuesto, graciosamente, pronunciaba mi nombre "Esteban". Como la pregunta se reproducía insistentemente una y otra vez, un día, cansado de ella, al volver a preguntarme lo mismo, súbitamente respondí en vez de Esteban, "Kaleta".

Para aquel niño que fui, "Kaleta", se transformó en un nombre secreto, en una identidad jugada y cómplice, donde seguramente podía refu-

giarme detrás de tantos interrogantes y ser por unos breves instantes, otro. El sin sentido del nombre Kaleta multiplicaba muchos sentidos y permitía al pequeño Esteban la osadía de perder el nombre y desplegar e imaginar fantasías imposibles, pero por eso mismo, verdaderas en la complicidad de la escena.

Para un recién venido a este mundo, el nombre es una primera marca sensible, un primer espejo intenso y sonoro, siempre y cuando, refleje en eco un deseo de hijo, de sujeto, que se transmite como don de amor. Cuando el Otro (encarnado en la función materna) lo nombra como hijo, no solo lo incluye en una genealogía, sino que lo nomina en una historicidad singular dentro del propio linaje. El pequeño bebé ocupará una posición del orden de lo familiar, para ello, tendrá que suceder un recambio de lugares, pérdida y resignificación generacional. La nominación cobra estatuto familiar, reubica funciones. Tanto la mujer como el hombre, al nominarlo, serán nombrados por el recién nacido como madre y padre respectivamente. Lo mismo ocurre con otros integrantes de la familia, como por ejemplo, los hermanos.

El nombre se constituye en un espejo de múltiples caras, donde cada uno de los integrantes de la familia se re-conocen en una nueva posición que, necesariamente, implica perder la anterior. Los padres se reconocen, en primer lugar, en el hijo, lo que hace posible que él se reconozca en ellos, doble espejo por donde circula el deseo, la repetición y la memoria. Apropiarse del nombre pone en escena la relación afectiva con el Otro primordial, los otros y el otro semejante a él. Determina la identidad y la transformación de la experiencia infantil en un acontecimiento donde se juega la plasticidad, tanto la simbólica como la neuronal.

Para que esta apropiación significante se pueda realizar, el niño tiene que producir con su nombre un juego esencial, que ya no pasa por responder a él, sino por la operación inversa, por perder, deshacerse del nombre, ausentarse de él, para jugar a hacer de cuenta que es otro. Se trata en escena de jugar a inventarse otro nombre. Nominarse de otro modo, para representar otro escenario en el artificio y la ilusión de la representación. Perder el nombre, emanciparse de él para hacer "como si" y tener otro es una operación simbólica, propia de la creencia, de la imaginación y el

fulgor de la invención. Solo puede inventarse otro nombre si conquista el poder del símbolo al descubrir que puede, por primera vez, ser otro, sin dejar en el fondo de ser él, ya que al jugar crea la complicidad de la ficción escénica.

El niño es feliz cuando descubre el poder de inventarse un personaje, un mundo imaginario y fantasioso, pues no hay deseo sin fantasía. Para entrar a ese territorio hay que cruzar una frontera, un umbral y soportar el secreto de saber por unos instantes que pierde el nombre, lo pone entre paréntesis, para jugar y volver a él cuando lo desee. Lo propio del nombre es esa posibilidad de poder dejarlo en suspenso para jugar y vivir la otra escena que le permitirá retornar, pero diferente, tras haber experimentado el "poder" simbólico de crear lo imposible como posible.

Hacer de cuenta que es otro, jugar por unos momentos a lo que no es. Sustraerse del propio nombre para nombrase como otro, revela y oculta al mismo tiempo las marcas de la infancia produciéndose en escena. Esta experiencia, fundamental, despierta y suscita la problemática afectiva que lo afecta: la de amar y ser amado como acontecimiento que se experimenta e inscribe en relación al campo del Otro, donde constituye el adentro del afuera. Es allí, en ese espejo móvil, como resuena la vibración de la memoria nominándolo sujeto.

Al nacer, el niño incorpora, pliega el nombre que él produce al relacionarse con el afuera. Balbucearlo es sustraer de la lengua los sonidos que lo representan para otro. Este primer balbuceo, es del orden del gesto, gestuar un sonido para devenir en condición corporal amorosa y subjetiva. La boca se abre y se cierra al deseo del otro, entre los labios se pliega la demanda que lo alimenta nombrándolo. El don del balbuceo del pequeño excede el murmullo y recupera el nombre en la apertura del gesto, el cuerpo se torna receptáculo del deseo del otro. La motricidad y la postura del niño se nutren del placer en la realización escénica, que constituyen las marcas sensibles de lo infantil, con las cuales, el niño, puede hacer uso de la imagen del cuerpo.

Entre mamadas, al balbucear, el bebé levanta la mirada, la sobreceja parece abrazar el instante, lo que provoca el deseo materno que unifica la escena. La madre juega en el límite del silencio y la palabra por donde

se cuela el balbuceo de la infancia, este habla sin significado previo ni sentido en sí mismo, surgido del plus de amor de la voz del otro, que al acariciarlo, lo toca en la musicalidad del tiempo compartido. El clamor del balbucear sostiene el nombre para otro que escucha un sujeto más allá de lo corporal pero anudándolo a él. En ese vértigo, el pequeño podrá apropiarse del nombre, el cual, al unísono, lo unifica y se abre al afuera para tejer y zurcir el adentro incorporándolo como marca, huella del otro.

La infancia termina, ésta es su condición. Como nos plantea Marcelo, de ella prosperan las marcas sensibles, no como un destino predicho y fijado previamente, por el contrario, son ellas, al constituir el pasado, las que configuran un futuro todavía por venir. El autor nos va introduciendo en la intensidad del relato que nos narra la propia historicidad, colocándonos en ella para rescatar y reencontrarnos nuevamente con el niño que somos ahora, diferente del que fuimos, distinto del que vendrá, y de esta manera, en esa alteridad donar lo infantil de la infancia para otros. Tal vez sea ese el secreto y misterioso destino plural de las marcas de la infancia.

Por último, este libro nos permite pensar en los trazos de lo infantil, no solo como recuerdo y memoria, sino como relación sensible con el otro. Ser afectado por esa relación significa una experiencia del orden del don. Donar la potencia afectiva del deseo de desear delinea el origen del placer, envuelve a la experiencia corporal y la relanza al afuera para resignificar la realidad en el devenir de la propia historicidad. Bienvenido este escrito, que nos permite pensar para resignificar.

Esteban Levin

CAPÍTULO I:

Nuestro pasado y las infancias

Un pasado sensible que nos marca

"¿Qué somos en realidad? ¿Qué es nuestro yo de hoy sino la sedimentación de todos los retornos en acto de un pasado afectivamente intenso, ya sea feliz o doloroso? No caben dudas de que nuestro pasado en su totalidad, nos sigue permanentemente: lo que hemos sentido, pensado, querido, desde nuestro primer despertar y aún antes, está allí, obrando en el presente. Nosotros somos nuestro pasado en acto. Sí, el ser que somos es, en este minuto mismo que se nos escurre, la última repetición de nuestro pasado."

(*Juan D. Nasio*)

A menudo, es común escuchar a algunas personas hablar de su pasado como algo que creen conveniente dejar atrás y restarle importancia. Estas mismas personas son las que suelen decir que no es bueno vivir del recuerdo, y que por el contrario, lo importante es seguir adelante sin que nos importe lo que sucedió. Ciertas teorías del campo de la psicología también abogan por esta misma idea, pues, sus terapéuticas se basan en no indagar demasiado el pasado, para trabajar con el enfrentamiento y la disolución directa del síntoma. Plantean, de ese modo, exponer a la persona a su dificultad para resolverla cuanto antes, con el objetivo de eliminar el malestar y sin la necesidad de interpretar en profundidad lo que ese síntoma está queriendo expresar. Lo cierto es que estas ofertas terapéuticas de la contemporaneidad, desestiman la importancia que tiene la expresión de la eclosión de un trauma, dejando al sujeto librado al destino de la repetición infrenable de lo inconsciente, que buscará alcanzar su objetivo de una u otra forma. Lo no resuelto siempre vuelve a tocar la puerta de la conciencia en algún momento, y con el afán de conseguir su meta, se vestirá con nuevos disfraces.

A lo largo de este libro me distanciaré de estas formas profanas de pensar y de todos esos abordajes simplistas para detenerme a reflexionar sobre aspectos más profundos. Nos sumergiremos a comenzar a pensar el valor de la sensibilidad de aquello que nos marca en los recuerdos afectivos de nuestra vida y los distintos destinos que estas vivencias producen

en las personas. No abordaré de modo directo las cuestiones que hacen a lo sintomático, con el objetivo de entrar de lleno en algo que me viene interesando hace largo tiempo y que se traduce en las siguientes preguntas: ¿Cuál es la importancia del pasado para nuestras vidas? ¿Cómo es que este tiempo incide en los actos y conductas futuras? ¿Qué significa decir que algo nos marcó en la vida? ¿Cuál debe ser nuestra forma de relacionarnos con ello?

Existe una forma de rememoración del pasado que no considero patológica pero que tampoco constituye un mero recuerdo de la vida; se trata de un recuerdo particular que otorga ciertas explicaciones a lo que hoy somos o hacemos y está vinculada a vivencias que se han solidificado en nuestra memoria. En tal sentido, recuperar nuestro pasado o parte de él, significará entablar una relación buena con nosotros mismos.

La infancia, nuestro pasado, forma parte de un país muy preciado que siempre desearemos volver a visitar; en él hemos construido los cimientos de nuestra vida y allí se encuentran los recuerdos y lugares más significativos para nuestra mente. Sus paisajes y relieves han sido testigos de nuestro crecimiento y han donado su material para que conformemos nuestras experiencias. No entenderemos nuestro presente si no conocemos la patria de nuestra infancia. Nadie entiende el final de una película si no la ve desde el principio, ya que en el comienzo se desarrolla la introducción, que es lo que otorga el material con el cual el film se argumentará y concluirá. Nuestra infancia es una gran introducción para lo que será el desarrollo de la trama de nuestras vidas y deberemos aprender a ver (todas las veces que sea necesario), esas introducciones para comprendernos a nosotros mismos. Si nos desentendemos de esas introducciones, no estaremos en condiciones de darle sentido al nudo de nuestra razón de existir.

Por tal motivo, no debemos considerar a nuestro pasado como algo conveniente de olvidar. Nuestro pasado está ahí para que en cualquier momento de la vida actual podamos tomarlo, pues solo a través de él podemos seguir conociéndonos y aprendiendo de nosotros mismos. Convivir con ese pasado no debe ser nada malo, por más que éste haya estado teñido de recuerdos traumáticos o dolorosos. Convivir con el pasado, tampoco significa no despegarnos nunca de él, se trata de poder llevarlo a lo largo

de nuestro camino, oculto con un velo de olvido sano. Creo que ésta es la forma más correcta de relacionarnos con nuestra más tierna edad, para que ésta nos permita seguir madurando y avanzando. De esa forma lo han hecho aquellas grandes personas que han dejado significativos aportes para la humanidad; no se trata de personas increíblemente complejas ni diferentes, solo han sido y son, personas poseedoras de una brillante sensibilidad, que les ha permitido leer y decodificar la vida de formas muy particulares.

¿Que es lo que llevó a Sigmund Freud a descubrir e inventar el psicoanálisis? ¿Qué cosa impulsó a Ben Carson a ser uno de los mejores neurocirujanos del mundo? ¿Desde qué base sensible se sostuvo Walt Disney para llegar a construir uno de los estudios cinematográficos más ambiciosos del mundo dedicado a la infancia? ¿Qué fue lo que jalonó a Víctor Heredia hacia la necesidad constante de cantarle a los problemas sociales? ¿Qué cosas llevaron a Juan David Nasio a ser uno de los psicoanalistas contemporáneos más prominentes del mundo? Todos estos interrogantes, en parte, pueden ser descifrados si nos detenemos a observar las experiencias y acontecimientos que han marcado las infancias de estas personas; infancias que han tenido una particularidad en común: *la sensibilidad de un niño que pudo captar y asimilar, desde un registro afectivo, las vivencias de su vida.*

De las múltiples y diversas vivencias que se dan en los seres humanos, algunas tendrán un contenido muy particular, en base a lo que de ellas interprete la persona. *Ciertas marcas de la infancia perduran hasta la realización de su destino sensible y luego, cumplidas en sí mismas, buscarán trascender y llegar a consumarse en acciones hacia otros.* Ben Carson, luego de cumplir su propia misión en su vida, en la actualidad, dedica gran parte de su tiempo a trabajar, desde su propia fundación, para que otros niños puedan educarse y liberarse de sus prisiones. Así es, ya lo había dicho Paulo Freire, pero Ben lo reafirma, la educación libera al ser humano de sus prisiones y opresiones emocionales y socio-culturales. Él lo vivió en carne propia y ahora necesita hacer algo con la fuerza pulsional que lo impulsa, de aquella marca grabada a fuego en su infancia por su madre.

> "Aún siendo niño, soñaba con ser Doctor; sin embargo, al crecer en un hogar solo con mi madre, con pobreza, notas bajas y mal temperamento, tenía muy pocas esperanzas de realizar mi sueño. Mi madre, quien solo había llegado hasta tercer grado, hacía que mi hermano y yo leyéramos dos libros cada semana de la biblioteca pública de Detroit y entregarle informes escritos de los libros. No sabíamos que nuestra madre no podía leer los informes; sin embargo, mi vida comenzó a cambiar porque gané confianza en mí mismo debido a las notas altas que empecé a ganar. Me convertí en líder de mi escuela. Al chico que alguna vez se lo llamó "el payaso de la clase" se graduó de Yale, fue a la escuela de Medicina de la Universidad de Michigan y a los treinta y tres años se convirtió en el director más joven de la división más importante de las instituciones médicas de John Hopkins como director de Neurocirugía pediátrica. El Dr. Carson ha sido pionero en sorprendentes procedimientos que han salvado muchas vidas, incluyendo en 1987, cuando lideró el primer equipo en separar siameses. Hoy el Dr. Carson sigue salvando vidas. También pone todas sus energías en otros esfuerzos de gran importancia incluyendo la Fundación de Becarios Carson."[3]

Lo que me interesa resaltar a lo largo de toda esta obra, es que todos los seres humanos convivimos con nuestras marcas de la infancia que muchas veces, sin saberlo, nos guían hacia caminos desconocidos. *El pasado nos construye, nos forja y nos jalona constantemente hacia un futuro, en el que aquellas sensaciones pasadas, intensamente vividas, perdurarán y se manifestarán de diferentes formas.*

Recuperar lo sensible de la infancia no significa, como muchos creen, quedar estancado en la repetición incansable de esa recuperación o volver sobre algo que es necesario dejar atrás, es –en buenos términos–, lograr realizar un pacto interior con ese pasado y transformarlo en algo maniobrable, en una herramienta que sirva como motor para proseguir el camino

---

3 Ben Carson, extraído de https://www.youtube.com/watch?v=AXHL9xIAzs0, consultado el 10 de Febrero de 2015.

de la vida o en la conformación de una autopercepción más clara de uno mismo. *Lo pasado no debe manejarnos, somos nosotros quienes debemos sentir tener las riendas sobre él, más aún, cuando sabemos que vemos al mundo tal como lo vivimos y aprendimos en nuestra primera infancia.*

Pretendo entonces que el lector, luego de leer este libro y después, al dejarlo en su biblioteca o en la mesa de luz, haya podido rencontrarse con aquel niño que alguna vez fue, para que al día siguiente pueda volver a su trabajo o a donde sea que deba ir de la mano con él, con una sonrisa cómplice, de unión, y sin ese rencor o quizá esa indiferencia que los distanciaba. *La distancia que muchas veces se produce entre lo que fuimos y hoy somos no es más que un obstáculo para el desarrollo de nuestra vida psíquica.*

La razón principal de este libro, se vincula con haber encontrado en las historias de muchas personas una o varias situaciones de su vida, recordadas como fuertes, vivas e imperecederas, que habían dejado un registro sensible en su memoria, y que a través de ellas se reconocían en su trayecto hasta que los llevó a ser quienes son, a tener tales rasgos o a formar determinados pensamientos acerca de algún aspecto de la realidad. Estas historias captaron mi atención y luego pasaron a conformar la esencia de esta obra.

Una escena sensible vivida, repetida durante algún lapso de la infancia o experimentada de una sola vez, inundada de una fuerte emoción que genera, desde ese momento en adelante, una ligadura de recuerdo feliz o traumático (según haya sido su contenido), y que tendrá diferentes destinos en el futuro, por cuanto aspirará, en un porvenir, salir a la luz a través de la consciencia, en forma de recuerdo, acto o desarrollo de una postura o pensamiento sobre la realidad.

Constantemente solemos decir que existieron cosas que marcaron nuestra vida, no pudiendo evitar, cuando hablamos de ellas, sumergirnos en un mar de sensaciones hasta ser transportados imaginariamente por el recuerdo de esa situación. Cuando algo de esto acontece pareciera como si no hubiese pasado el tiempo, como si aún todo permaneciera intacto en nuestro recuerdo. Generalmente quienes pasan por ese instante de experiencia de rememoración sienten estar hablando de algo fuerte e importan-

te, no se trata de una rememoración común, se trata de algo mucho más intenso, que ha dejado una sensación sólida y permanente en la mente.

En todo ser humano existe una anécdota, o recuerdo, que a la hora de ser contado se lo expresa denominándolo como una "marca" importante para su vida. Somos seres que nos formamos a través de las experiencias vividas y las sensaciones que de ellas emanan, sensaciones que se encuentran totalmente mediadas y condicionadas por el lenguaje. Según la teoría de Lacan, los seres humanos nos estructuramos a través del lenguaje y es desde él, y por la presencia de un otro, que nos constituimos como sujetos. Las experiencias de la vida están ahí, listas para ser habitadas por nosotros, y cada uno hará con ellas algo diferente. Lo que para una persona, una situación vivida, pudo haberla marcado positivamente, para otra, quizás pueda convertirse en un recuerdo angustioso o doloroso. Lo interesante de todas estas experiencias, es que ellas no llegarían a adquirir un sentido sensible que las grabe en la mente si no existiera un otro que las soporte. Si existe una vivencia que marcó es porque existió un testigo, un otro que las validó con su propia presencia y con su impronta deseante.

La situación que constituye un recuerdo que perdurará en nosotros (a modo de marca), se conformaría de la siguiente forma: un escenario (lugar) donde acontecerá la escena; una escena a modo de vivencia que se arma y se presenta para que la podamos habitar; una persona que la toma, la habita y la vive; y un otro que con su sola presencia valida la experiencia vivida. Ese otro puede ser una persona que ya pertenece a la escena o puede ser solo un testigo que presencia –a modo de terceridad– la escena.

Lo valioso de todo lo enunciado para nuestra comprensión, será poder vislumbrar la forma en que se imprimen los recuerdos en nuestra memoria, y más aún, en función de lo que nos interesa: ¿cómo se graban con tanta intensidad determinadas situaciones vividas en nuestra infancia? ¿Qué es lo que las hace a unas más fuertes y a otras más propensas al olvido? ¿Por qué lo que para una persona es significativo para otra se vuelve solo en algo más, vivido sin demasiada importancia?

Sigmund Freud, durante gran parte de sus investigaciones, intentó explicar la forma en que se inscriben los acontecimientos en la memoria; para ello, utilizó el concepto de "huella mnémica". Esta tentativa de en-

tender los procesos de inscripción mentales nunca llegó a ser expuesta por él de forma acabada, pero sabemos que es un concepto con el que insistió de forma permanente a lo largo de su obra. Se trataba, nada más ni nada menos, que de intentar localizar lo psíquico en lo neuronal dentro del plano orgánico.

Si bien, es posible que pueda confundirse la idea de entender a una vivencia como una huella, en vez de una marca, sabemos que esto no es así, pues, la naturaleza de una huella es muy diferente a la de una marca. Cuando hablamos de marcas solemos utilizar, como si fuera un sinónimo, el concepto de "huella" y también a la inversa. Muchas veces nominamos indistintamente a un recuerdo como algo que nos marcó o dejó profundas huellas en nuestra vida, sin embargo, será preciso entender de forma diversa a estos conceptos. Una marca es aquello que tiene un tinte distintivo, es algo que denota pertenencia; mi marca no es igual a la de otro, es única e irrepetible, denota un rasgo de diversidad y se relaciona con mi identidad. Por otro lado, una huella es un registro, una señal, un vestigio dejado por un acontecimiento, una impresión que puede tener distintos grados de variabilidad y que no necesariamente puede quedar como recuerdo permanente. Me interesa remarcar que lo que distingue a una de la otra es su tipo de intensidad. Al hablar de marca estamos pensando en acontecimientos vividos que han tenido la particularidad de rebasar el umbral de tensión interna de nuestra vida psíquica, inscribiendo –de ese modo– un recuerdo de afecto particular que podrá ser afectado por una nueva vivencia, pero no modificado en su esencia.

Lo importante a resaltar de todo lo enunciado hasta aquí, es que una huella puede o no dejar una marca significativa en nuestras vidas, por lo tanto, para que algo se inscriba como una marca, será necesario que se den ciertas condiciones que definiré más adelante. Pero ¿Podríamos decir que un grupo de huellas acumuladas en forma secuencial pueden formar una marca? No todas las situaciones de la vida que dejan huellas en la memoria son de tinte fuerte o perdurable, o sea, que no todas las huellas calan tan hondo como para convertirse en una marca. Podemos reafirmar esta idea si pensamos en la huella que deja un carro tras su paso por un camino lodoso, la huella dejada perdurará si se dan ciertas condiciones que son

propias del mismo carro y del camino, y agregamos a esto el factor ambiental, ya que esa huella se irá modificando por diferentes circunstancias: a medida que el camino se seque, por el paso del tiempo y seguramente ante la posibilidad de que vuelva a llover y ésta desaparezca parcial o totalmente.

Tras lo observado, comprenderemos el mayor rasgo distintivo: la huella corre el riesgo de desaparecer por completo o ser tapada por otra circunstancia, sin embargo, la marca será algo que persistirá, que podrá tener pequeñas modificaciones con el desgaste del paso del tiempo, y que a pesar de que pueda ser tapada perdurará en su esencia original. Supondremos, entonces, que una huella por sí sola no tendrá el estatuto de marca, pero si ésta se repite incansablemente, durante cierto lapso y con ayuda del contexto, podrá –en algún momento–, convertirse en una marca. Tras esto podré enunciar: *Todos estamos expuestos a las huellas a la que nos expone la vida, pero solo las que se conviertan en marcas serán las que afectarán más fuertemente a nuestra subjetividad.* Si bien, los psicoanalistas estamos acostumbrados a hablar de traumas, recuerdos infantiles, escenas reprimidas, inscripciones mnémicas, etc., me ha llamado particularmente la atención recuperar el concepto "marca" del lenguaje cotidiano y poder darle un estatuto diverso, más simple, que pueda ser entendido e interpretado por aquel que no haya pasado por la experiencia del análisis. No intento darle un carácter predictivo al hecho de descubrir nuestras marcas de la infancia, de modo tal, que quien las conozca pueda encontrar la forma de descifrar su vida, muy por el contrario, solo deseo que éste, pueda ser el acto de recuperar en nosotros mismos, nuestra sensibilidad hacia las cosas simples de las experiencias que nos regala la vida, y al respeto por ellas.

Me preocupa mucho el destino que nuestras sociedades líquidas y materialistas programan para las nuevas subjetividades ya que, la distancia entre las personas, la individualidad generalizada, el consumo excesivo en pos de la búsqueda de felicidad y la vertiginosidad de los tiempos en que viven nuestras infancias, hacen que los momentos sensibles se vayan convirtiendo en seres extraños que desean dejar de habitarnos, y que han decidido irse porque no encuentran lugar en nuestro interior donde poder permanecer a salvo. Nos dirigimos camino a la conformación de socieda-

des donde el otro cada vez está más lejos; y, a pesar de que nos sigan engañando con la idea de que estamos cada vez más conectados, de este modo, solo avanzamos hacia la incomunicación.

La importancia del otro para nuestra vida ya ha sido largamente estudiada. Hoy sabemos que no somos y no podemos ser, sin la presencia de un otro, desde el cual nos reencontramos y nos reconocemos. Nacemos por el deseo de otros y nos constituimos desde esa base fuerte, y una vez que nos sentimos ya constituidos, salimos a la búsqueda de relacionarnos con otros, otras personas diferentes a nuestros seres familiares, más precisamente, dentro del ámbito social. Es en este medio donde se dan y concretan nuestras experiencias, las que forjan nuestro ser, las que nos nutren, las que nos permiten llenar nuestra mente de recuerdos y de aprendizajes; pero nada de ello será posible sin la mediación del lenguaje. Somos seres de lenguaje y es, a través de esta compleja matriz, desde donde se realizarán y grabarán todas nuestras vivencias. En tal sentido, también podríamos decir que el pasado se inscribe a través de los significantes, de las palabras que se tallan en la trama discursiva del lenguaje.

Tenemos a nuestra disposición un sin número de recuerdos que podemos evocar en cualquier situación, pero solo algunos de ellos, quizá un par, o solamente uno, sea el que tenga esa particularidad, una intensidad afectiva que ha traspasado los límites de cualquier situación ordinaria y se ha convertido en algo que nos representa, en lo que somos, lo que en gran parte, nos representa ante otros, o lo que nos sirvió para pensar cómo queremos ser. Una maestra que ha dejado una huella a través de su forma de ser o enseñar; una tía o un tío que ha marcado con su personalidad nuestro sentimiento de ser; una madre o un padre que nos ha dejado rastros con algunos de sus rasgos; un amor infantil; un deseo vivido con particular sensación; un afecto sentido tras diversas situaciones de vida; una forma particular de relación con determinados amigos de la infancia; los abuelos; los aromas sentidos; las canciones escuchadas; las imágenes vistas; una frase significativa dicha por alguien; etc.; etc. Todas estas, y muchas otras, son situaciones que nos han marcado en nuestro pasado y que perdurarán de formas diferentes en nosotros.

Imagino que a esta altura cualquier lector atento ya podrá estar recordando las marcas de su infancia, o rememorando alguna vivencia de su pasado que haya sido intensa y afectiva. Si esto es así, exhorto a este lector atento, para que no se salga de esa sensación en la que se vio sumergido por su recuerdo, pues creo que de esa manera lograré cumplir con mi intención: *pretendo demostrar que nuestro pasado está también en nuestro presente, y que las marcas de nuestra infancia forman parte de esa brújula interior (imperceptible a nuestra conciencia) que nos guía en la vida, pues, desde sus génesis integran parte de nuestra personalidad.*

Dos son las huellas centrales por las que transitarán estas páginas: la atenta lectura de la transmisión de uno de los psicoanalistas más prominentes de nuestra época; y la historia de vida de uno de los cantaautores con más relevancia de Latinoamérica. El cruce entre teoría y experiencia de vida será el basamento principal; y la intención final, intentar comprender los destinos que lo sensible (vivido durante la infancia) tiene para un ser humano en el desarrollo de su ser.

Muchas de las experiencias vividas en la más temprana infancia conmueven de tal forma nuestro ser que terminan convirtiéndose en marcas o huellas que guían los sentidos que toman nuestras vidas; o en especies de parásitos internos que conviven con nosotros, reapareciendo en momentos cruciales en las diferentes situaciones que enfrentamos a lo largo de nuestra existencia. Estas marcas, no deben convertirse en fantasmas extraños que gobiernen nuestra vida psíquica, más bien, todo ser humano debería tener la posibilidad de conocerlas, analizarlas y aprender a llevarlas consigo, sin arrepentirse de tenerlas, logrando una comunión interna con ellas. Conocerlas, analizarlas, reducir su intensidad patológica, y convivir con ellas desde un olvido sano, sería una buena tarea para todo ser humano.

Hace poco tiempo, en una charla con mi madre, logramos exhumar una de sus marcas de la infancia que merodeaban en su mente sin ser del todo comprendidas. Mi madre me contó:

> "Lo que más me marcó de niña fue la muerte de mi mamá. Mi madre se había enfermado cuando yo tenía 11 años y la llevaron a Paraná. Nosotros nos quedamos en el campo, en Crucecita Tercera.

Yo me quedé con mi tía Ramona; y mis demás hermanos (éramos seis) tuvieron destinos diferentes, algunas personas se encargaron de cuidarlos. Recuerdo cada vez que iba a buscar ropa a mi casa junto a mi tía, yo me quería quedar ahí, no quería abandonar esa casa, me costaba desprenderme. En realidad nunca me contaban bien lo que pasaba con mi mamá, en ese tiempo no se acostumbraba a decir todo. Recuerdo la vez (yo ya tenía 12 años) que me dijeron que tenía que ir a buscar todas las cosas a mi casa y que ya no volvería, eso me marcó mucho; ese día no me llevaron a ver a mi madre al velorio, habrán pensado que era lo mejor para mí o no habrán podido. En el campo era una infancia muy triste, no tenés a nadie, jugaba con mi primo Coco a la rayuela, al tejo, e íbamos a la escuela juntos.

Para mí, lo más grande es la felicidad de los hijos y lo que me sostiene a diario en esa lucha es la fe en Dios. El camino de mi vida está marcado por la fe en Dios." (Rosa Vergara)

Así fue como ambos pudimos descubrir y entender su razón de ser en la actualidad: la necesidad constante de seguir cuidando y ayudando a sus hermanos y de luchar por su familia. Hace algunos años, una vez que ella observó que sus propios hijos ya estaban encaminados en la vida, se decidió a buscar a sus hermanos con mayor tenacidad, ya que de algunos de ellos había perdido totalmente su paradero. Me imagino la terrible alegría que sintió cuando encontró, hace apenas seis años, a mi tía Pocha en el Hospital Fidanza de Entre Rios.

Mi madre, hoy en día, sigue viajando, con su bolsito azul, cargado de cosas para sus hermanos, a sus dos destinos ya encontrados: del tío Cleto en Nogoyá y de mi tía Pocha en el Hospital Fidanza. Ojalá en breve encuentre algún destino más adonde llevar su ayuda.

Aunque muchas personas conviven con estas marcas, sin darse cuenta de qué forma ellas intervienen en sus decisiones o acciones actuales, sabemos que muchas otras han logrado por sí solas, o con ayuda de terapia, interpretarlas y entenderlas. Serán éstos algunos de los ejemplos que mostraré en esta obra, de aquellos que han logrado captar e interpretar la

huella imborrable que una marca de la infancia les produjo en sus vidas; también las de otros, que aún no conocen o todavía no han podido entender o conciliarse con esa fuerza interior para convivir con ellas.

Otra particularidad de las marcas se nos presenta ahora. ¿En qué momento de la vida una persona está en condiciones de conocer sus marcas de la infancia? Evidentemente aquí nos encontramos con la noción de temporalidad, pues, para que una marca se grabe y cobre fuerza, será importante el paso del tiempo. Así es, quizá tengamos que pensar en la necesidad de que el tiempo pase para que una marca cobre su sentido. Muchos recuerdos se solidifican y crean un sentido particular a través del paso del tiempo. El tiempo es el gran aliado de nuestros recuerdos, ya que aporta un plus de valor a nuestras marcas. Muchas de estas vivencias, experimentadas en la infancia, sucumbirán al olvido, y otras se conservarán frescas e intactas para seguir siendo recordadas. Lo cierto es que ninguna de ellas escapará al destino de la represión, mecanismo que permitirá que el recuerdo crezca dentro de nuestro inconsciente para esperar su momento oportuno y súbito en el que saldrá nuevamente a la luz de la consciencia.

Las causas de ese olvido muchas veces generan a posteriori explicaciones claras de su importancia. La reaparición de un recuerdo infantil conlleva cantidades de afecto que reordenan o conmocionan nuestra actividad psíquica adulta, en tanto complementan el material de nuestro entendimiento o nos desestabilizan, tras descubrir o recordar vivencias cargadas de emociones. No por nada las personas siguen dándole importancia al aforismo que dice "conócete a ti mismo". Este aforismo, de origen griego, hace referencia a la importancia que tiene conocerse a sí mismo para mejorar la relación con los demás y con la vida. Si bien, es una frase que se le atribuye a Sócrates, se sabe que su origen fue una inscripción que se hallaba en la puerta del templo de Apolo en Delfos, un lugar de culto de la Antigua Grecia. De ahí es posible comprender su importancia, cada persona que entraba a ese templo sagrado se enfrentaría con esa sabia frase.

Muchas serán las formas en que los seres humanos de las sociedades contemporáneas tengan para conocerse a sí mismos. Las cantidades de terapias breves y métodos orientales con diferentes enfoques, han logrado que gran número de personas recurran a ellas para intentar conocerse

o estar en mejor comunión consigo mismos y con el "cosmos". Es así que, quienes acuden a estas terapéuticas, busquen un reencuentro con su pasado de la forma menos dolorosa posible. Sin embargo, mi experiencia en análisis, me ha hecho ver que el psicoanálisis sigue siendo la forma en que muchos sujetos deciden enfrentar este proceso del conocimiento de sí mismo.

Un paciente joven psicótico, al cual atendí también durante un largo período de su infancia, en una sesión en la que los dos nos disponíamos a armar una especie de muñeco con masa (con el objetivo de moldear las fantasías de los monstruos y robots con los que su mente se obsesionaba) de repente me dijo: "¿vos sabés que nunca hay que perder al niño interior que tenemos dentro? Toda la gente de hoy pierde al niño interior y se vuelve amargado." Me quedé atónito y sin palabras ante su expresión, ya que además de lo que escuché e interpreté, no pude dejar de pensar que justo yo me encontraba escribiendo mi libro "las marcas de la infancia"; entonces, me surgió preguntarle ¿y cómo se hace para no perder al niño interior? Simplemente me contestó: "imaginando y jugando".

Si bien la imaginación en la que vive y desde donde habla este joven, no es la misma que la que experimentamos los neuróticos (puesto que la forma de imaginar de mi joven paciente es la de obsesionarse tenazmente con monstruos inanimados), lo que me dijo en ese momento tiene mucha significación, ya que para él jugar e imaginar, más allá de la forma que eso adquiera, es algo muy importante, para poder soportar el peso significante de la vida.

Claro como este ejemplo, vivido en la experiencia clínica, se nos vuelve la necesidad de entender de qué manera la infancia perdura en nosotros y cómo ese pasado siempre permanece, de alguna forma, ya sea a través de las mismas ganas de jugar (con nuestro cuerpo de adultos) o desde el propio acto de imaginar. Imaginamos porque aprendimos a hacerlo desde nuestra más tierna edad; jugamos porque esa fue la forma en que comenzamos a entender y a incorporar el mundo que habitamos.

La Patria de la infancia

Infancia, es cierto, ya he cantado
a tus cielos abiertos y anhelados.
Como un viejo quemándome en adioses
he repetido versos y canciones:
Mas, ¿Cómo hacer para matar al niño
que cuando siente frío vuelve
a cobijarse en mi memoria?
¿Cómo acallar este tábano inquieto
que llama siempre desde lejos,
con la voz de los cardos y las tristes,
pálidas, tórtolas tristes?

(*Víctor Heredia*)[4]

"No tengo más que pensarme para saber que el hombre es el hijo del niño que fue, como leí en un artículo del mexicano Carlos Fuentes... Salgo siempre con el niño que fui y suelo preguntarle si aún me le parezco."

(*Armando Tejada Gómez*)

La infancia es el momento donde lo que acontece deja una huella, una huella aún más fuerte que las que se producen en las vivencias de la adultez. La diferencia entre estas dos etapas se debe a que las experiencias vividas durante la primera jalonan al sujeto con una fuerza más viva (y a su vez inconsciente) hacia ciertos destinos, repitencia de actos o elecciones en la vida.

En la infancia, no solo experimentamos situaciones que dejan huellas sensibles, puesto que muchas vivencias sobresaldrán y tomarán un tinte más colorido para nuestros recuerdos en la adultez. Así es, ese tipo de situaciones, esas escenas sensibles y afectivas, vividas en nuestra más tierna edad, serán

4 "Aquellos soldaditos de plomo", Víctor Heredia, Editorial Longseller, Bs. As. 2011.

verdaderas marcas que habitarán en nuestra mente. ¿Quién no recuerda determinados juegos; a esos amigos con los que hemos descubierto el mundo; las plazas; los terrenos y las canchas del barrio; las siestas que nos ayudaban a descubrir nuestro poder de creatividad para no aburrirnos; las exploraciones en bicicleta; las ricas meriendas o desayunos traídos por nuestros padres; las mascotas con quienes descubrimos nuestros sentimientos de dar, cuidar y sentirnos cuidados? Éstas, y miles de cosas más, forman parte de los recuerdos de nuestra experiencia infantil; así es, la infancia no es más que una hermosa etapa constituida principalmente por las experiencias vividas.

Es imposible pensar la infancia sin los conceptos de experiencia y acontecimiento que se desatan en el proceso del jugar. El acto del jugar constituye el acto más importante desde donde el niño comienza a habitar su cuerpo y a formar su subjetividad. La subjetividad, base de nuestro yo, se desarrolla desde nuestros primeros juegos corporales, el cuerpo en movimiento permite el desarrollo de nuestra subjetividad.

Jorge Larrosa comenta lo siguiente acerca de la infancia:

> "Una de las cosas que yo he intentado hacer, y algunos de mis amigos también, es buscar un repertorio literario de textos que tengan que ver con la infancia. Porque habría como una idea filosófica de la infancia con la cual podríamos trazar su genealogía y sus lugares principales, habría como unas teorías pedagógicas y psicológicas de la infancia; pero, sin embargo, la singularidad de la infancia, la experiencia de la infancia, es decir, cómo percibe el mundo un niño, cómo vive un niño en el mundo, digamos, esa idea, ni la filosofía, ni la psicología, ni la sociología son capaces de capturarla; sin embargo, la literatura y a veces el cine, sí. Entonces, el hecho de tratar de hacer un repertorio de películas que tengan que ver con la infancia y de novelas que tengan que ver con la infancia y de poemas que tengan que ver con la infancia, no será solamente buscar imágenes bonitas y textos bonitos sino que revienta la idea misma de infancia. O sea, los niños, tal como son mostrados en determinados textos artísticos, no se ajustan para

nada a lo que los psicólogos dicen que son los niños, a lo que los filósofos dicen que son los niños, etc. etc. Entonces, esa idea de que la infancia viva tal como está, contada en algunas artes visuales o literarias, es capaz de desbordar cualquier categorización de infancia que se haga, y a mí me ha parecido muy interesante."[5]

Esta forma de ver a la infancia resulta muy interesante ya que, evidentemente, no existe mejor forma de describir lo que es la infancia más que a través del ser testigos directos de ella, y ningún relato tiene más vivacidad que los que nos ofrece el cine o la literatura. Quizá, las mismas teorías y prácticas de cierta psicología se han distanciado demasiado, intentando juzgar a esos tempranos mundos tan solo observándolos e investigándolos, para diagnosticarlos y tratarlos. Históricamente la infancia ha sido y sigue siendo un momento observado, rotulado y etiquetado. A lo largo de la historia, las infancias han sido muy maltratadas por los adultos y, actualmente, ese maltrato se traduce en que los niños también se han vuelto seres de consumo para la maquinaria de las sociedades capitalistas, formando parte en las metas de ventas de las empresas farmacológicas que siguen inventando nuevas patologías para medicar. Sabemos que la ritalina fue uno de los medicamentos más prescriptos para "curar" el gran invento del trastorno generalizado del desarrollo (TGD) y el trastorno del déficit de la atención "hiperactividad" (TDAH). ¿Cuántos niños han, y siguen sufriendo, las consecuencias nefastas de estos nuevos rótulos que no son más que un disfraz de las maneras contemporáneas de vivir y de las nuevas formas de expresión social del sufrimiento? ¿Cuántas marcas imborrables han creado aquellos mercaderes del sufrimiento humano? Quizá esas consecuencias las presenciemos en los años venideros.

A mi consultorio llegan muchos niños con rótulos ya pegados en su frente, derivados por diferentes profesionales. Sus padres, en la primera consulta se dirigen a mí diciéndome "tengo un hijo TGD, ¿Ud. podrá ayudarnos? "Mi hijo es Down, Ud. trabaja con estos chicos". El nombre

---

[5] Reportaje a Jorge Larrosa, extraído de: https://www.youtube.com/watch?v=4G-pI12-zSE, consultado el 3 de Marzo de 2015.

propio se desdibuja ante un diagnóstico y los padres, junto a su hijo, quedan atrapados en él. Ya no es ni Juan, ni María, ni José quienes tienen una dificultad, es la patología quien tiene al niño. Las grandes pestes de los diagnósticos salvajes contemporáneos han tomado a la infancia para, nuevamente, ya no dejarla tranquila en su necesidad de vivir, jugar y aprender el mundo. Justamente, muchos de estos niños pasan más horas de su temprana vida en los consultorios y salas de espera de diferentes especialistas que en las plazas de su barrio jugando con sus amigos, si es que los tienen, porque esas etiquetas-estigmas han podido también, producir efectos a nivel social.

En todas las primeras entrevistas con padres de niños o jóvenes con discapacidad nunca faltarán esas carpetas que muestran el recorrido realizado en torno del estado de salud de su hijo. Fotocopias de consultas y derivaciones, diagnósticos médicos, psicológicos, psicopedagógicos, fonoaudiológicos, certificado de discapacidad (con sus correspondientes renovaciones), certificados e informes de docentes, etc., etc. Nos cansamos de observar algunos de los contenidos de estos informes que hablan de lo que se observó de un niño a través de sus dibujos realizados o test administrados, y producto de una simple observación, superficial y distante del profesional que intervino. Para hablar de un niño no basta con observarlo con lupas de test proyectivos, debemos introducirnos en sus mundos, sentir, vibrar y resonar con sus objetos internos y con las sensaciones que de allí emanan, debemos aprender a mirar sus imágenes corporales, animarnos a entrar en lugares desolados, donde muchas veces existen solo las figuras de las sombras que la estereotipia produce; en fin, debemos lanzarnos a construir una experiencia posible en el "entre dos" que la escena clínica produce. Sólo desde allí estaremos habilitados para hablar de ese niño, pero para hablar de lo que a él le sucede, con los recaudos de no construir un destino oracular, pues, nunca sabremos –a ciencia cierta– lo que a él le sucederá y qué es lo que él podrá hacer con su experiencia infantil.

Hoy en día, hemos dado un paso muy grande al entender que las terapéuticas implementadas con niños no deben ser guiadas por un simple test diagnóstico, ya que éstos no tienen la autoridad de pronosticar el futuro de

nadie. Entendemos que alojar a un niño en un tratamiento es aventurarnos a introducirnos en sus mundos, en la manera en que ellos viven el mundo y en las experiencias que ellos tengan con el mundo y con sus otros significativos (sus padres). Sólo de esta manera, seremos capaces de decir de qué sufre un niño, por qué hace tal o cual cosa, por qué no puede hacer aquello o por qué tiene miedo a.

Esteban Levin nos dice:

> "La niñez es ese momento de la vida en el cual el pensamiento de lo nuevo se encarna en el cuerpo y deja una huella psíquica generadora de plasticidad simbólica y neuronal que lo transforma."[6] Así es, en esos precoces tiempos se genera el pensamiento, debido a las múltiples exploraciones que hacemos a través de nuestro cuerpo. Aprendemos la vida y los por qué de la misma a través del juego y del experienciar el mundo que nos rodea. Esas múltiples vivencias generan plasticidad neuronal que se traduce en plasticidad simbólica, el cerebro se desarrolla y con él nuestra subjetividad y nuestra motricidad. Lo motriz en aquellos momentos está estrechamente vinculado a la subjetividad.

Pero ¿cómo es que se producen nuestras huellas imborrables en la infancia? ¿Cómo es posible que algo nos marque tanto a tan temprana edad? Es importante entender, que para que un recuerdo se grabe, será necesario que haya operado algo vinculado al olvido del mismo; no es posible recordar si primero no olvidamos aquello que vivimos. Entonces, tendríamos un proceso simple, aunque a su vez complejo, que acontece en diferentes tiempos: suceso de la experiencia (vivencia), acontecimiento subjetivo (la vivencia impacta en nuestra mente, produciendo una intensidad sensible de afecto en nuestro interior, dejando un registro perdurable), y olvido de la vivencia que produce la disminución de la intensidad del afecto que nos desbordó. Para entender esto, E. Levin nos dice:

---

6 Esteban Levin "La experiencia de ser niño. Plasticidad simbólica". Ed Nueva Visión, Bs. As, 2013.

"Durante un tiempo importante, los niños no pueden recordar. Para hacerlo tienen que incorporar el recuerdo; este proceso implica experimentarlo. Olvidar y aprender a recordar delinea un laberinto que no restituye lo perdido; por el contrario, lo ubica y lo proyecta para adelante. Los recuerdos forman parte de las creencias, se construyen. Nunca son fiel reflejo de lo que en otro tiempo ocurrió, sino que reflejan matices, pensamientos que decantan en la capacidad de memorizar lo que ya no está pero existe como huella. (...) Rememorar no es un hecho en si mismo. Se proyecta hacia otro tiempo en el cual el pasado y el presente viven en la resignificación. Durante la infancia, la memoria se inventa como realidad irreal, experiencia discontinua, marcada por olvidos, represiones e imágenes que cobran sentido solo en un futuro cercano. De la niñez obtenemos los recuerdos más imperecederos y, por eso mismo, olvidados y reprimidos."[7]

Es que la infancia es ese momento en que las cosas experimentadas cobran una particular vida, los niños son capaces –a diferencia de los adultos– de darle vida y valores diferentes a las cosas. Nuestra mente, por aquellos tiempos, está dispuesta a creer en la veracidad de las cosas producidas por la imaginación. Por eso es que en nuestra infancia los objetos cobran vida para dar lugar a la creación de un juego. Un par de sillas se han convertido en monstruos que serán destruidos por nuestra espada mágica (escoba o palo) que forman parte de los objetos de la casa; unos cuantos cajones de madera y un par de almohadones se convertirán en un barco que navega por aguas llenas de tiburones. Las cosas inanimadas cobrarán vida a través de la imaginación, y esa intensidad particular que podemos dar a las cosas vividas en nuestra infancia son una de las razones por las cuales esos recuerdos serán sentidos y revividos como fuertes marcas. Por ello, las situaciones de la vida infantil, serán vividas con mayor pregnancia que en la adultez. Recuerdo muy bien el día en que le pregunté

---

7 Esteban Levin "Pinochos: marionetas o niños de verdad. Las desventuras del deseo" Ed. Nueva Visión, Bs. As. 2014.

a mí hermana mayor acerca de sus recuerdos de infancia; ella me contó lo siguiente:

> "Mi infancia fue espectacular, mágica, tuve muchas amigas y aún las conservo, estuve rodeada de gente maravillosa en nuestro querido Barrio Fredriksson. Éramos inquilinos de don Roldán "el cartero", así lo llamábamos, su señora doña Julia, vecina inolvidable para mí, porque fue quien me enseñó los primeros conocimientos y algunos secretos importantes de los cultivos y cuidados de las plantas, que hoy en día son mi mayor hobby.
>
> La casa de mi abuela lindaba con la nuestra, los patios estaban cubiertos de árboles frutales, limoneros, durazneros, ciruelos y algunos otros silvestres, entre ellos un naranjo y un sauco que nos permitían pasar agradables horas de recreación y juego en sus frondosas ramas, que simulaban –por momentos– ser nuestros asientos, o se convertían en escaleras que me invitaban a soñar con la casa de alto que yo deseaba tener.
>
> Recuerdo las veces que solía mirar su altura, deteniéndome a desafiar y a subir, rama por rama, para lograr llegar a la copa del mismo. Será un recuerdo que hoy dejó una marca en mí, pues, cada vez que subo o bajo escaleras, o me encuentro en casas de planta alta, eso me remonta al naranjo o al sauco, quienes fueron testigos de imborrables momentos de felicidad." (Lucía Rocha)

Tomemos ahora uno de los cuentos de Eduardo Galeano para seguir comprendiendo el poder de la imaginación en la infancia:

"El Pequeño Rey zaparrastroso"

> "Tarde a tarde, lo veían. Lejos de los demás, el gurí se sentaba a la sombra de la enramada, con la espalda contra el tronco de un árbol y la cabeza gacha. Los dedos de su mano derecha le bailaban bajo el mentón, baila que te baila como si él estuviera rascando el pecho con alevosa alegría, y al mismo tiempo su mano izquierda, suspendida en el aire, se abría y se cerraba en pulsaciones rápidas. Los demás le habían aceptado, sin preguntas, la costumbre. (...)

> Un día le regalaron, los demás, una guitarra. El gurí acarició la madera de la caja, lustrosa y linda de tocar, y las seis cuerdas a lo largo del diapasón. La probó, la guitarra sonaba bien. Y él pensó: qué suerte. Pensó: ahora, tengo dos...[8]

Existe un concepto central que trasciende todo el momento de la infancia: la experiencia. Todo lo que hoy somos se ha producido por la acumulación sucesiva y estratificada de las experiencias acontecidas en nuestra vida. Aprehendemos al mundo experimentándolo a través de nuestros juegos de la infancia, con la única herramienta más noble que poseemos: nuestro cuerpo. Desde aquellas continuas experiencias construimos nuestro yo; por lo tanto, el mundo no será más que la proyección de nuestro yo, de la suma acumulada en el tiempo de nuestras experiencias vividas. Percibimos el mundo tal como nosotros somos y lo hemos aprehendido.

De acuerdo a cómo hayamos experienciado al mundo, de acuerdo a cómo haya sido nuestro encuentro con él, tenderemos a reproducir y a repetir esas experiencias, ese modo de ver y de sentir el mundo. Nuestra sensibilidad dependerá –en gran parte– de las características de esos primeros encuentros.

Los niños descubren el mundo haciendo experiencias con él, y para esto se valen de muchas herramientas innatas que traen consigo al llegar a la vida: los pequeños tocan, miran, huelen y escuchan. Toda experiencia será intensa, pues, dejará una imagen-huella-marca, inconsciente, que perdurará como registro sensible.

La infancia es esa fuerza estrepitosa que se vive en un momento de nuestras vidas; que se encarna en nuestros huesos hasta el punto de ser lo último que muere de nosotros; nos acompaña hasta el final de nuestros finales y se desvanece cuando ya no queda nada de nosotros, resistiéndose a ser desintegrada por el tiempo. Las experiencias vividas en la infancia se convierten en los materiales más sólidos desde los cuales se construyen las ulteriores capas que recubren y conforman nuestra subjetividad.

---

[8] "Vagamundo y otros relatos", Eduardo Galeano, Siglo XXI Editores, Bs. As. Argentina, 2010.

Ahora bien, no solo las experiencias vividas, también las palabras escuchadas, pueden grabarse a fuego en la mente de un niño, produciendo efectos que suponen marcas a modo de traumas. Veamos que nos ofrece Galeano para comprender mejor esto:

> "Los más famosos cuentos infantiles, de la literatura para niños escrita por los adultos son obras terroristas, que bien merecen figurar en el arsenal de los adultos contra las huestes de la gente menuda. Hansel y Gretel te advierten: "Serás abandonado por tus padres"; Caperucita roja te informa que cada desconocido puede ser un lobo que te comerá; Cenicienta te obliga a desconfiar de las madrastras y las hermanastras, y así sucesivamente, los niños siguen siendo desde temprano entrenados para el terror; vendrá el Ogro y el Ogro te devorará si no obedeces y haces lo que no debes, si ejercitas tu libertad."[9]

No solo las obras de literatura para niños actúan como obras terroristas que siembran el miedo y el sentimiento de culpa en la infancia, las religiones y sus doctrinas también dejan profundas marcas en esta temprana edad. Recuerdo una primera consulta con una mamá donde ella me comentaba que su hijo hacía tiempo había adquirido un particular miedo a la muerte, tenía miedo a dormirse y a que se alejaran sus padres por temor a quedarse solo. Rápidamente, me di cuenta de que no me encontraba frente a la expresión de una fobia; bastó una sola entrevista con ese niño para dilucidar que su miedo se fundamentaba en una vivencia que lo traumó, en una imagen que le había quedado muy marcada, esa imagen era la de Jesús crucificado. Este niño iba a una escuela católica y desde muy pequeño había sentido con gran intensidad una angustia muy fuerte cuando le enseñaron en catequesis la historia de Jesús. "A Jesús lo crucificaron en la cruz y murió por las personas me dijo, yo lo vi en una imagen del cuaderno de catequesis crucificado y le salía sangre, estaba muerto, pobrecito". Así fue como este

---

[9] Extraído de "La vida según Galeano". Programa producido por canal Encuentro, "Niños" consultado en https://www.youtube.com/watch?v=LC3fSx2EvFE&hd=1 el 2 de Junio de 2015.

niño adquirió el miedo a la muerte pero de una forma real y concreta. "Yo no quiero que mis papás se mueran" me decía el niño. Esto lo había podido hablar en un clima de confianza ya que no quería contarles eso a sus padres. Luego de unas pocas entrevistas pudimos despejar ese miedo y aliviar la angustia que provenía de esa vivencia traumática. Lo que le sucedía a este niño no tenía que ver con la sintomatología de una fobia, era un trauma real, de aquello que observó, y que le produjo mucho horror y miedo.

La infancia también es un tiempo que interroga a los adultos. Nunca se agotan los padres preocupados por no saber qué hacer con la crianza de sus hijos, padres que acuden a "manuales de crianza", talleres para padres, cursos de cuidados en la primera infancia, etc., etc. Afortunadamente ya sabemos, todos sabemos, hasta aquellos que asisten a estos cursos, que no existe una forma de ser padres, no hay una fórmula, solo es cuestión de vestir esos roles (maternos y paternos) del mejor modo posible y largarse al gran desafío de acompañar a nuestros hijos en la hermosa aventura de ser niños. Un padre es aquel que puede donar algo del orden de la existencia y de la vida, para que su hijo pueda tomar esas herramientas y sostenerse en ese don, e incorporarlo, sin sentirse atado o adherido a ese don. Ocupar un buen rol paterno no es solamente introducir a los niños en las leyes de la vida, no se trata tan solo de mostrar lo que está bien y lo que está mal y pretender que ellos tomen los caminos que nosotros les trazamos, mas bien se trata de otorgar las herramientas para que éstas puedan ser utilizadas, probadas y modificadas por ellos, pero principalmente, tendrá que ver con dar el ejemplo y acompañar a través de una presencia afectiva.

> La función del arte/1
>
> "Diego no conocía la mar. El padre, Santiago Kovadloff, lo llevó a descubrirla.
>
> Viajaron al sur.
>
> Ella, la mar, estaba más allá de los altos médanos, esperando.
>
> Cuando el niño y su padre alcanzaron por fin aquellas cumbres de arena, después de mucho caminar, la mar estalló ante sus ojos. Y

fue tanta su inmensidad de la mar, y tanto su fulgor que el niño quedó mudo de hermosura.

Y cuando por fin consiguió hablar, temblando, tartamudeando, pidió a su padre;

- ¡ayúdame a mirar¡."[10]

Más allá de lo que acontece en la infancia, en ella, también comienza un proceso inadvertido e imperceptible a la mirada, vinculado a la construcción de una imagen particular, que será la que acompañará a la persona a lo largo de su vida y que sufrirá cambios y reestructuraciones propias de los procesos de maduración; se trata de la imagen de sí mismo, pero: ¿de qué imagen estamos hablando? Juan D. Nasio expresa que la imagen de sí mismo es –ante todo– un sentimiento, el sentimiento de existir y de ser uno; un sí mismo que uno ama o rechaza. Lo cierto es que esta imagen se forma a lo largo de toda la vida y sin que lo advirtamos. Se conforma por el resultado de lo que sentimos y experimentamos a través y desde nuestro cuerpo, por lo que proviene del lenguaje –en especial de la lengua materna–, por lo que viene desde los otros (mi prójimo) y por todos los aluviones de nuestra historia, que son los que darán ciertas particularidades a los trayectos de vida personales.

Indudablemente, lo que somos se arma y se crea a través de una extensa e innumerable cantidad de experiencias, circunstancias, sensaciones, sentimientos, emociones, vivencias y acontecimientos a lo largo de nuestra vida. De todas estas fases e instancias hay sucesos que ocurren en la infancia, que despiertan mi particular interés. Estos eventos se ligan al orden del registro sensible que se produce ante ciertas vivencias afectivas, atravesadas en la temprana edad, que inscriben una huella imborrable, un tipo de huella que se vive de forma muy intensa y que sucumbe al olvido para –en otros momentos–, comenzar a dejar rastros, pues, a través de la vida, se encargarán de expresar la importancia de lo que alguna vez aconteció.

---

10 "El libro de los abrazos", Eduardo Galeano, Editorial Siglo XXI, Bs. As., 1993.

Habitar la infancia implica, necesariamente, atravesar traumas, etapas y ritos culturales; por lo tanto, la infancia no es particularmente bella en todas sus dimensiones. El nacimiento es un momento traumático, la angustia de separación con el seno materno, el destete, el comienzo de la etapa escolar y muchas otras situaciones de la infancia, implican procesos de asimilación y adaptación que el niño tendrá que enfrentar. El atravesamiento por estas instancias (a pesar de que su esencia sea dolorosa), son momentos necesarios para forjar nuestra subjetividad, e implica parte de la conquista de todo ser humano hacia un proceso de formación adulta.

> La Llegada
>
> "El hijo de Pilar y de Daniel Weinberg fue bautizado en la costanera y en el bautismo le enseñaron lo sagrado.
>
> Recibió una caracola:
>
> -Para que aprendas a amar el agua.
>
> Abrieron la jaula de un pájaro preso:
>
> -Para que aprendas a amar el aire.
>
> Le dieron una flor de malvón:
>
> -Para que aprendas a amar la tierra.
>
> Y también le dieron una botellita cerrada:
>
> -No la abras nunca, nunca. Para que aprendas a amar el misterio."[11]

Indudablemente, la infancia, tiene todos los fundamentos para ser uno de los momentos donde lo que acontece deja huella, y entre esas huellas aparecerán vivencias que serán del orden de una marca.

---

[11] "100 relatos breves. Antología de Eduardo Galeano", Eduardo Galeano, Editorial Desde la Gente, 1998, Bs. As.

Infancias abandonadas

"Miren cómo sonaba allá en mi barrio agreste
este nombre caído en los mares lejanos:
Toddy Deussán. Un chico alimentado a lirios.
Una flor de su madre que soñaba otra vida.
Supe que no quería que jugara conmigo
porque yo era la forma del pánico y el hambre
y la más descarada miseria por el mundo.
Pero Toddy, esa gracia hecha de mimbre y aire,
vivía hipnotizado por mi gran aventura.
Cuando huía del ojo celoso de su madre
se acercaba a mi sombra con cierto desenfado,
me mostraba sonriendo sus ignotos tesoros
y me buscaba el lado más pájaro del alma.

Él descubrió en mis ojos cierto país del sueño
donde se desnudaba un ángel con harapos,
algunos yacimientos de enterrada inocencia
y un gran rompecabezas de ternura en mis manos."

(*Armando Tejada Gómez.* Extracto de "La vida dos veces")

Qué hipócrita sería aquel que le escribe a la infancia solamente pensando en las infancias ideales y bellas, aquellas que transitan por los senderos esperables y merecidos para todo ser humano, y se olvida de esas otras que no tienen esas fortunas, aquellas que han nacido en las tierras del olvido. No puedo escribir un libro sin pensar en estas infancias, sin acordarme que en este preciso minuto en el que estoy escribiendo hay niños que no pueden jugar, que no tienen con qué jugar, o para ser más exacto, que su único juego posible es ser grandes para trabajar o salir a mendigar. Tampoco voy a olvidarme de las infancias que transitan por los senderos de las prácticas profesionales, porque –de repente– han nacido con una dificultad (déficit), y eso los llevó a tener que transitar decenas de consultorios en búsqueda de su bienestar. Esos niños recordarán muy bien, siendo ya adultos, que su

infancia ha donado muchas horas a las terapias y que muchos de sus juegos se han dado en diferentes salas de espera.

Nunca dejé de asombrarme de aquellas historias de personas grandes, grandes en su ser y en su hacer, que han tenido una infancia difícil, compleja y hasta dolorosa. ¿Cómo es que sale de ese barro espeso del destino un niño? ¿Cómo es que se forja y escapa ese niño-hombre de la vida que le tocó? ¿Cómo llega a construir un futuro de ese pasado sin futuro? Quizá, la única respuesta que encontré a estas preguntas, es que transitar el dolor y la simpleza de la vida, desde su más cruda realidad, hace que muchos seres pequeños se construyan –desde esa sensibilidad–, tan extraña de explicar (que solamente aquél que la vive tendrá el derecho a revelar), seres capaces de comprender la verdadera cara de la vida, esa que no muchas personas alcanzan a ver.

Nuestras sociedades construyen marcas imborrables si hay niños abandonados, niños que crecen y juegan en las calles o en la soledad de los patios olvidados, de alguna ciudad que crece pensando solo en producir y progresar, más allá y a costa de esos destinos maltratados. Esas pequeñas e innumerables historias que crecen, tratando de salvarse de los estragos causados por las bombas diarias de la indiferencia de la gente, en este momento, están totalmente expuestos a experiencias y vivencias que pueden imprimir marcas complejas y hasta irreversibles. No podemos permanecer ajenos a esto, y los gobiernos no pueden desentenderse de esa realidad.

Este libro toma varias historias de infancias que han encarnado el dolor y que han transitado situaciones complejas, y la única diferencia que me atrevo a encontrar, la única barca salvadora que hallé en ellas y no en otras que no han podido exhumarse de ese destino de dolor, es la presencia fuerte y tenaz de un padre, o de una madre o de alguien que cumpla esa función, de esa mano o brazo salvador que aparece siempre para que un niño pueda sostenerse en la vida.

Lo curioso, lo interesante, es ver y comprobar, de qué forma esas infancias, llenas de experiencias y vivencias duras, han logrado construir una especie de saber, una coraza o fortaleza interior, fuerte y sensible a la vez, en el adulto que las aloja. Esas personas, han podido habituarse a convivir sanamente con su pasado, acostumbrándose a las irrupciones súbitas

y fugaces de éste. Ese niño, que aparece en la mente del adulto actual, entregará diferentes contenidos, en base a las diversas vivencias sensibles que haya atravesado. Por tal motivo, sospecho que siempre existirá una enorme diferencia entre aquel que produce desde el hecho de haber leído y comprendido una realidad (intérprete de la realidad), con aquel que elabora y hace, desde lo que el niño que alguna vez fue, le lleva a hacer o decir. Es la misma sensación de la falta, lo que permite que el ser humano, salga a buscar y a ganarse la vida de aquello que no tiene o no tuvo.

Armando Tejada Gómez nació en Mendoza en el seno de una familia de descendientes de huarpes, de trabajadores rurales de muy escasos recursos. Fue el anteúltimo de 24 hermanos. Quedó huérfano de padre a los cuatro años, razón por la cual su madre debió repartir a los hijos. Armando fue criado entonces por su tía, quien le enseñó a leer. Prácticamente no fue a la escuela y comenzó a trabajar a los 6 años, como canillita (vendedor callejero de diarios), y luego lustrabotas.[12] En su última entrevista realizada él comentó:

> "Comencé a escribir poesía a los 13 años. Fui a la escuelita de Tres Porteñas en San Martín. A la muerte de mi padre, mi madre nos repartió porque éramos muchos y yo fui a casa de una tía india, Fidela Pavón, en el campo, cosa que le agradezco a mi madre para siempre. Allí fui tres meses a la escuela, pero fue mi tía la que me enseñó a leer, durante una convalecencia, con su catecismo. Era muy beata y hacía novenas recorriendo fincas. Yo leía las partes que me indicaba y me habitué a la letra de imprenta. Tuve una enorme dificultad para escribir. Además, teníamos que ayudar a nuestra madre y fui muy poco a la escuela.
>
> Salí a vender el diario "Los Andes", querida memoria de este pueblo, a los 6 años y a los 15 terminé mi primer libro de poemas. Ese libro tenía influencias hasta del pasto. Era un adefesio fenomenal.

---

12 Extraído de Wikipedia. http://es.wikipedia.org/wiki/Armando_Tejada_G%C3%B3mez, consultado el 2 de junio de 2015.

Por suerte se lo llevó el viento; se lo llevó el canal Guaymallén para siempre."[13]

Tras esa cruda vida, el niño Armando se exhuma de los fantasmas de su infancia a través del Armando adulto ya constituido en poeta, letrista, escritor y locutor argentino, relacionado con la música folklórica. El hombre que fue Armando, supo ir acompañado del niño que fue narrando y cantándole a la vida los saberes y las experiencias de las que ya no renegó, porque aprendió a encontrarles su valor. Conciliados el uno con el otro, recorrieron un camino lleno de sentido y de significación.

De sus más bellas poesías tomaré la que representa este apartado, dedicado a las infancias abandonadas. Exhorto al lector a que luego de leer este hermoso y "realista" poema pueda escucharlo de parte de su autor[14], notará que él mismo lo cuenta desde su propia experiencia y advertirá, además, que el poeta que narra en un momento, se desdobla hasta ser dos los que hablan. El niño que vivió pasiva e ingenuamente esa experiencia y el adulto que se indigna y defiende a su propio niño de esa historia, que ya perdonó y que ya puede llevar consigo. Veamos, para finalizar este apartado, un extracto de esa poesía:

Hay un niño en la calle

A esta hora, exactamente,
hay un niño en la calle.

Le digo amor, me digo, recuerdo que yo andaba
con las primeras luces de mi sangre, vendiendo
un oscura vergüenza, la historia, el tiempo,
diarios,
porque es cuando recuerdo también las presidencias,
urgentes abogados, conservadores, asco,

[13] http://www.tejadagomez.com.ar/prensa/Los%20Andes%20On%20Line%20entrevista%2011-11-02.htm, consultado el 2 de Junio de 2015.

[14] Puede verse el relato de este poema en https://www.youtube.com/watch?v=GSMsjsmsoew, consultado el 2 de Junio de 2015.

cuando subo a la vida juntando la inocencia,
mi niñez triturada por escasos centavos,
por la cantidad mínima de pagar la estadía
como un vagón de carga
y saber que a esta hora mi madre está esperando,
quiero decir, la madre del niño innumerable
que sale y nos pregunta con su rostro de madre:
qué han hecho de la vida,
dónde pondré la sangre,
qué haré con mi semilla si hay un niño en la calle.

Es honra de los hombres proteger lo que crece,
cuidar que no haya infancia dispersa por las calles,
evitar que naufrague su corazón de barco,
su increíble aventura de pan y chocolate,
transitar sus países de bandidos y tesoros
poniéndole una estrella en el sitio del hambre,
de otro modo es inútil ensayar en la tierra
la alegría y el canto,
de otro modo es absurdo
porque de nada vale si hay un niño en la calle.

Dónde andarán los niños que venían conmigo
ganándose la vida por los cuatro costados,
porque en este camino de lo hostil ferozmente (...)

(*Armando Tejada Gómez*)

CAPÍTULO II:

Las marcas y sus particularidades

Las marcas de la infancia

"En el fondo, cada paciente, cada uno de nosotros, gravita alrededor de dos o tres heridas, a menudo abiertas en la infancia o en la adolescencia, que se han convertido en espinas clavadas en el corazón."

"Nosotros somos nuestro pasado en acto. Sí, el ser que somos es, en este minuto mismo que se nos escurre, la última repetición de nuestro pasado."

(*Juan David Nasio*)

¿Quién no tiene guardado en algún bolsillo de su viejo pantalón o en el fondo de su cartera más querida algún recuerdo de su infancia? Pero no cualquier recuerdo, sino aquel o aquellos que han dejado una *marca* imborrable en lo más profundo de su ser y que, de una u otra forma lo han acompañado en el transcurso de su vida, aquellos que aún perduran con la misma marca sensible y afectiva de aquel entonces y que sirven para entender el porqué de muchas de nuestras conductas, acciones o modos de ser actuales. ¿Qué ser humano no recuerda vivencias de su niñez y las guarda, cuidándolas celoso para que el tiempo o la vida no las desgaste y las saca solo en ocasiones propicias donde, la situación lo amerite, o por el efecto de algún encuentro afectivo entre seres queridos en un bar, en una reunión, ante alguna situación espontánea vivida o en una charla de rencuentros?

Lo cierto, es que ninguno de esos recuerdos que las personas suelen llamar *marcas,* pasarán inadvertidos para sus emociones, debido a que han cobrado una fuerza particular y han adquirido gran intensidad, dada la repitencia de sus contenidos (el vivido y el sentido). Estas vivencias, han logrado adquirir un valor central para la vida afectiva y se han convertido en un tesoro psíquico muy preciado a guardar. Muchas de estas marcas que han quedado grabadas en nuestra mente, no necesariamente han sido situaciones vividas y repetidas reiteradamente, ya que se han gestado de diferentes formas. Entonces, diré que las marcas de la infancia pueden ser

de diverso contenido, guardan afectos particulares, pero todas conservan –como característica en común–, una sensación fuerte e intensa para quien se dispone a recordarlas.

Esas vivencias de nuestra infancia, que hoy recordamos como fuertes marcas, conservan tal importancia para nuestros recuerdos debido a que han puesto en juego –en el momento de ser vividas– gran cantidad de energía psíquica, originando una huella afectiva muy intensa. Si esas vivencias han sido demasiado fuertes, seguramente el yo las recuerde como una huella imborrable –o en su defecto–, como una herida traumática. Para que un recuerdo adquiera el tinte de lo traumático deberán producirse ciertas condiciones; en primer lugar la situación vivida debe producir un desborde intolerable de energía psíquica en el yo que concluirá en un exceso de angustia, o sea, que lo traumático sería el efecto o resultado de aquello vivido que logra rebasar un límite, el umbral tolerable para el yo.

No olvidemos que el funcionamiento (que podríamos denominar "sano") de nuestra mente, se basa en mantener un caudal equilibrado y controlado de tensiones internas. Esto es vivido por nuestro yo como un estado de bienestar, y cuando algún estímulo externo o pulsión interna amenaza tal equilibrio se produce un estado de convulsión y desorden que de alguna manera, actuará sobre la percepción de nuestro estado interno. La persona que vive una situación traumática se anoticia inmediatamente de esto ante el desborde intolerable de angustia que lo acontecido le provoca; sin embargo, aquel que experimenta una vivencia fuerte e intensa (no traumática) la siente, pero sin esa percepción angustiante que lo sobrepase. Percibe una convulsión interna en su yo, pero tolerable, que no ha excedido los límites de la capacidad mental. La segunda condición que debe cumplirse para que una situación se grabe como marca traumática, se vincula al contenido de la vivencia. Estos contenidos, generalmente, estarán asociados a vivencias de agresión, abusos, situaciones súbitas e imprevistas, en donde la persona se ve envuelta o atrapada. *Será necesario que se cumplan dos condiciones para que una vivencia adquiera un sentido traumático: el tipo e intensidad del contenido de la escena, y la posibilidad que ese contenido desborde el límite tolerable para el yo.*

Tenemos entonces, como observación inicial, una primera diferencia entre los sucesos vividos y recordados como marcas de la infancia: la existencia de recuerdos con contenidos traumáticos y dolorosos, en contraposición a las vivencias con sensaciones sensibles, afectivas, sanas y nostalgiosas. Ubicaremos a estas últimas vivencias dentro de aquellas remembranzas que, al ser evocadas, no producen un estado afectivo desbordante de angustia; pueden evocar dolor y nostalgias pero con una intensidad controlable y tolerable para el yo. Más allá que estos recuerdos contengan sensaciones tristes, eso no bastará para clasificarlos como traumático.

Otra de las aclaraciones que haré (y más adelante desarrollaré) será poder diferenciar a este tipo de vivencias intensas y sanas de nuestra infancia, de cuestiones con génesis más complejas: los síntomas. Sin ser consideradas por nosotros dentro de los rasgos de lo sintomático, pareciera que muchas de las marcas de nuestra infancia constituyen una especie de lenguaje interior que siempre perdura, convirtiéndose en una serie de códigos que permanecen y que conforman las propiedades más íntimas de nuestro ser.

Este tipo particular de recuerdos pueden ser de muy variado contenido, pero lo que los hace distintivos, comparados con otros, es su carácter altamente emotivo y la forma en que aún perduran en la mente de quien los evoca. No es el hecho en sí o la vivencia, sino la pregnancia que esa situación posee para permanecer intacta en la memoria, lo que le concede su carácter especial: juegos de la infancia compartidos con hermanos o compañeros, momentos y experiencias con nuestros abuelos, objetos que nos han acompañado y de los cuales guardamos cálidos recuerdos, frases escuchadas reiteradamente de algunos de nuestros padres o personas caras a nuestros sentimientos, aromas y perfumes, sonidos y melodías de ciertas canciones, lugares, paisajes, la escuela, los maestros. Todos estos, y muchos otros recuerdos, forman parte de esa etapa de construcción que no es nada más que la infancia y que tienen una connotación muy particular para nuestra vida adulta.

Estas marcas, emocionales e intensas experimentadas en la infancia, poseen dos particulares formas de convivir con nosotros: unas, son

aquellas que permanecen ocultas o semiocultas para nuestros recuerdos, se vuelven inconscientes desde el instante en que se viven y quedan a la espera de ser despertadas –en otros momentos–, por los acontecimientos a los que la cotidianeidad (en sus múltiples e inesperadas experiencias) nos expone; y otras, son las que pueden ser reconocidas y que han sido aprendidas por nuestra propia cuenta o con ayuda terapéutica. Las primeras funcionan de diferentes formas; en algunos casos, sus apariciones son fugaces, pasando desapercibidas para nuestra conciencia y solo tomamos noticia de ellas cuando nos disponemos a la reflexión de lo que nos ha sucedido; un claro ejemplo de este tipo de recuerdos es la historia presentada en este libro del canta-autor popular Argentino Víctor Heredia, quien de repente, en un momento en el que se disponía a escribir una canción de amor, termina siendo asaltado en su mente por una frase cargada con un recuerdo infantil (un recuerdo que a criterio de él lo marcó) que aprovechó a salir a la luz. Una frase representativa de un recuerdo de este tipo sería: "ese día, gracias a eso que pasó, pude comprender la importancia que tuvo aquello que viví cuando era chico."

Por otro lado, las marcas que conviven con nosotros (aquellas de las que ya conocemos su valor) se constituyen en una brújula interior, una especie de motor fuerte que nos jalona hacia determinadas direcciones en la vida; quizá no siempre nos anoticiaremos de ellas, pero ni bien se presenten podremos descubrir su obrar, al observar su poder sobre el acto actual. Los ejemplos más comunes que solemos encontrar de este tipo de recuerdos, vienen de la mano de determinadas formas de elecciones vocacionales que realizan muchas personas "sabía que iba a anotarme en Derecho, pues de niño, ya era de defender a todo el mundo y por ello me decían que iba a ser abogado". "Lo mío siempre lo supe, ya desde mis 6 años jugaba a ser doctora". Recuerdo cuanto me gustaba y cómo vivía esos momentos de juego, nunca me interesó otra cosa" "Crecí rodeada de libros y mi mamá me llevaba siempre a la escuela donde ella trabajaba de maestra, eso lo tengo impregnado como una marca, por eso supe siempre que eso sería lo que haría de grande".

Lo importante de estas dos formas de marcas, es que las primeras, las que permanecen inconscientes hasta su salida a la luz, pueden llegar a

convertirse (al ser reconocidas una vez que se han manifestado y hemos comprendido de donde vienen) en vivencias que nos permitan conocernos más, para saber hacia donde vamos y que deseamos de nuestra vida. Ese sería un trabajo necesario a realizar en todo ser humano: conocer nuestras marcas de la infancia y saber convivir con ellas. Se trata, tan solo, de poder captar el poder sensible de la vivencia y la vinculación del recuerdo pasado con la vida anímica actual (en la escena actual), para otorgarle un sentido cada vez que la sensación de la vivencia reaparezca, ya sea en un acto, un comportamiento o un estado mental emocional.

Recuperar lo sensible de esas marcas, pensarlas, conocerlas, entender su valor en nuestras vidas y aprender a convivir con ellas, supone la necesidad de aprender a vivir con uno mismo, con el niño que uno fue. Significa brindarle importancia a aquello que nos constituye y que ha forjado nuestro ser, e implica confrontarnos con nuestra esencia para poder –en otros momentos–, donar esas experiencias vivas que forjaron nuestro ser a nuestros hijos.

La verdadera importancia de darle crédito a las marcas que nos constituyen, tiene que ver con la necesidad de no desconocer sus efectos sobre nuestro yo y nuestra vida afectiva: *Aquel que no pueda integrarse con su pasado, quizá se exponga a que éste interrumpa u obstaculice –de forma desconocida o disfrazada– su camino por la vida.*

Por ello, una vez descubiertas y reconocidas la o las escenas infantiles que más nos han marcado, debemos conciliarnos con ellas, hasta con sus partes más dolorosas (si es que el olvido o la represión no pudieron actuar con esas partes), para, de ese modo, vivir en una sana armonía. Tendremos que recuperarlas –en nuestra mente adulta– tantas veces como sea necesario, recordarlas y pensarlas hasta que su fuerza afectiva disminuya y podamos sentirnos a gusto al rememorarlas. Si se quiere, podríamos pensar a este trabajo al igual que el trabajo de un duelo, donde solo con ayuda del tiempo, paso a paso, parte por parte, nos desprenderemos de ese afecto más puro que nos produce el nudo en la garganta, al contar o recordar nuestras vivencias. Se trata de aceptar la realidad de lo acontecido, para lograr desinvestirlo del afecto fuerte y así transformarlo, de ese modo, en recuerdo tolerable y sensible.

Otra de las situaciones que he observado, al escuchar ciertas historias, es que muchas de ellas se perciben, para quien las escucha, como extremadamente dolorosas y tristes. Solemos, en estas situaciones, preguntarnos: ¿Cómo hace esta persona para estar narrando algo tan penoso sin derrumbarse ante lo que cuenta? ¿Cómo puede contarlo tan fácilmente, como si lo que recordase ya no lo conmoviera tanto? Evidentemente, eso sucede porque esa persona puede convivir en armonía con el recuerdo y ha logrado darle a esa experiencia vivida, a eso que lo marcó, un sentido particular para su vida. Muchas personas producen esa reelaboración de una forma tan formidable, que pasan a ser vistas como personas fuertes y dignas de ser valoradas por su fortaleza psíquica. Los ejemplos más conmovedores los ofrecen aquellas personas con discapacidad que han logrado superar los efectos que el déficit les impuso, fortaleciéndose desde la misma dificultad, para superar las restricciones en sus vidas. Estas personas no solo han logrado eso, sino que además, han sobresalido y se han destacado en sus ocupaciones. Stephen Hawkyng, quien no solo enfrentó una terrible marca en su adolescencia al contraer su enfermedad, sino que logró ser un excelente físico teórico, astrofísico, cosmólogo y divulgador científico, es una de estas personas que ha logrado aceptar y convivir con su marca; no solo la marca real del estigma y de la disfuncionalidad de su cuerpo, sino también de los múltiples efectos que esa marca "real" le produjo. Yo creo, simplemente, que estas personas han encontrado en su interior (en lo profundo de esas vivencias y situaciones sufridas) un significado, un sentido diferente, que les ha hecho comprender de otra forma la vida. Aprendieron a transformar lo doloroso en poesía para vivir, cambiando la vivencia dolorosa y emotiva por frases, metas y objetivos, llenas de significaciones. Este debería ser el trabajo que todos nos propongamos, tengamos o no discapacidad.

Ahora bien, ¿Qué significa todo lo expresado? Simplemente que la única, la mejor forma de enfrentarnos con aquello que nos conmueve, nos afecta o nos duele, es poder revivirlo, hablarlo, pensarlo y analizarlo hasta que su intensidad disminuya. Esto requiere de un gran trabajo interno con nosotros mismos y es necesario saber que muchas veces no podremos lograrlo solos, si el contenido de lo que nos afecta es intolerable. Será allí,

cuando no podamos nosotros mismos, donde es recomendable la consulta a un profesional.

Recuerdo el caso de Delfina, una mujer de 68 años, docente jubilada, viuda hacía 9 años, que vino a verme por padecer ciertos miedos, refiriéndose a estados de pánico, malestares estomacales y comezones en los brazos (cosquilleos sentidos dentro de su piel). Al pedirle que me comentara sobre como se sentía, ella me dijo: "Últimamente estoy teniendo miedos, me da miedo salir y de a ratos siento malestares estomacales, como si algo me oprimiera por dentro, es feo eso, yo no quiero estar así. Me han dicho que puede ser ataque de pánico, he sacado turno con el neurólogo y estoy haciendo chequeos médicos por todo". En el marco de la primera entrevista pudimos despejar algo muy importante, al pedirle que me contara sobre los momentos en que ella se sentía así, en qué situaciones era tomada por estos síntomas, qué cosas pensaba antes y durante la duración de éstos estados, dónde se encontraba, en qué lugares le sucedía y cosas que iban dirigidas a entender la secuencia y el orden de repitencia de sus malestares. Durante estas preguntas, y las escenas que íbamos recreando juntos, noté que Delfina se iba introduciendo lentamente en un estado sensible, hasta que de repente expresó: "es que me siento sola, no aguanto la soledad, vivo sola y mis hijos –cada uno de ellos– ha hecho su vida, yo entiendo eso, tengo que entenderlo pero es más fuerte que yo". Inmediatamente, la experiencia del análisis nos llevó a intentar pensar en las vivencias de su infancia, para que ella pudiera conectarlas con esas sensaciones particulares actuales de soledad, y fue allí, en ese instante, donde Delfina pudo relatar un recuerdo que la invadía:

"Mi papá era maestro, el pedía traslados en las escuelas para poder ascender de cargos y entonces vivíamos muchos cambios, muchas mudanzas, vivimos en varios pueblos, generalmente en las casas que existían en las escuelas para los maestros que las necesitaban. Hace un tiempo tuve la necesidad de volver a visitar esos lugares. Vos no te imaginás lo que sentí cuando visité esa casa donde una vez viví en aquél pueblo, nadie puede imaginar lo que se siente al regresar al lugar donde uno vivió en su infancia. Cuando ví esa casa donde viví y entré, empecé a recordar: Mi mamá cosía mucho, y los domingos no había nada, era muy aburrido y en

el pueblo no había mucho por hacer; ella cosía y yo me sentaba cerca de ella, ella se sentaba al lado de una ventana grande que había en esa casa y cosía. *Te cuento y siento estar ahí todavía, y puedo ver esa ventana*, no sabés la tristeza que me da recordar eso, yo aún veo esa ventana por donde me asomaba a mirar hacia afuera."

Delfina no paraba de decirme "yo tengo que quitarme eso, yo no fijé raíces en ningún lado y ahora no puedo estar donde me toca".

Creo que no solo ella pudo ver esa ventana durante esa primera entrevista; también yo pude hacerme una idea de lo que había vivido esa niña Delfina en aquella situación y pude, en ese momento y rápidamente, identificarme con esa niña sentada junto a su madre, mirando esa gran ventana. Así es, el psicoanalista trabaja con su propio inconsciente, identificándose, a modo de una escena proyectada entre él y su paciente, con el contenido afectivo de la vivencia narrada. Según Juan David Nasio el psicoanalista es un intermediario que recibe el dolor inasimilable de su paciente y lo transforma en un dolor simbolizado. El analista no vive los sentimientos que experimenta el sujeto real del relato, sino que puede sentir las tensiones que –supone– animan el cuerpo que ha visualizado en su imaginario. Nos identificamos al ser imaginario que suponemos y no con el ser real que vemos. Esto no significa tener que sufrir con nuestro paciente su dolor, puesto que nunca podremos sentir lo que siente nuestro paciente. Nuestro trabajo se dirige a intentar imaginar y sentir –desde la relación transferencial terapéutica–, lo que un hipotético niño (en este caso la niña Delfina frente a su madre cosiendo bajo la gran ventana) sentiría en esa situación, y desde allí enunciar, con nuestras propias palabras, algo del orden del sentido de esa escena, un sentido que una vez enunciado, seguramente, disminuirá la tensión psíquica que produce el rememorar esa escena infantil. Se trata de explicar, con palabras sencillas pero cargadas de sentido, lo que nuestro paciente aún no puede reconocer en esa escena que ha vivido y lo que representa para su vida actual.

Evidentemente mi paciente convivía con una fuerte sensación que en la actualidad buscaba fehacientemente su destino de repetición, fomentada por la realidad que hoy –de alguna manera– la ponía en un mismo lugar. El hecho de la pérdida de su marido, su jubilación y la partida de sus hijos,

ponían a su vida nuevamente en la misma escena de su infancia, cambios, mudanzas y pérdidas afectivas que se repetían sacando a la luz esa sensación de tristeza, angustia y soledad, vivida por ella en la escena relatada de su infancia. No era ataque de pánico lo que esta mujer tenía, sino la reviviscencia de una sensación muy fuerte –sentida en su infancia–, que la forjó como una persona sensible a los afectos de la vida, y que se reeditaba en el contenido de su vida adulta.

De nada sirve arrepentirnos de lo vivido, de nada vale renegar del pasado, que es nuestro y nos hace ser lo que hoy somos, es necesario recuperarlo e incorporarlo sin temor. Más allá de lo traumático o doloroso que sea, nuestro trabajo tendrá que ver con crear un espacio de armonía con lo que fuimos, para frenar esa necesidad compulsiva de que aquello que nos marcó se repita sintomáticamente, y para que cuando algo de ese contenido aparezca, sepamos maniobrarlo. Nuestro pasado tiende a repetirse, y nuestras marcas de la infancia no pararán en ese destino inagotable de repetición.

Exactamente, lo sensible, vivido en la infancia, no solo perdura sino que busca incansablemente su destino de repetición. Con una fuerza particular tratará de no perecer ante los avatares cotidianos de la vida y del olvido. Rescatar lo sensible del pasado, detrás de ese olvido sano que el tiempo ha ido consumando, nos permite entrar en una negociación saludable con nuestro más profundo ser. Cada quién, con sus propias y diversas marcas, podrá encontrarse a si mismo y transitar su propia vida.

Un pacto con el pasado que aconteció, nos ayudará a encontrar el equilibrio necesario para continuar nuestro camino, sin demasiados tropiezos que nos detengan en eso que deseamos ser. A la célebre frase de Sartre "Cada hombre es lo que hace con lo que hicieron con él", podríamos ahora enunciarla siguiendo los principios que aquí exponemos "Cada hombre es lo que hace con el reconocimiento de sus propias marcas, marcas que –en su gran mayoría–, fueron inscriptas por otros". Por lo tanto, es dable llevar esta sentencia célebre a lo que nos ocupa, pues, "si somos lo que hacemos con lo que hicieron con nosotros", entonces: somos lo que hacemos con lo que nos ha marcado en nuestra infancia y nuestro pasado.

Por todo lo expuesto hasta aquí podría, entonces, enunciar una hipótesis que nos orientará en la comprensión de lo que fui exponiendo: *Lo sensible vivido en nuestra infancia, lo que nos ha marcado de una u otra forma, no solo perdura, sino que busca incansablemente su destino de repetición a través de su reaparición en la vida adulta. Con una fuerza particular, tratará de no perecer ante los avatares cotidianos de la vida y del olvido, manifestándose de múltiples formas: a través del recuerdo, el acto, la elección o el síntoma.*

Nasio, plantea que el inconsciente es la repetición. ¿Qué significa esto? Significa que como seres humanos todas las personas estamos condenadas a repetir nuestro pasado y nuestros errores. Claro está, esto no explica en toda su complejidad el porqué de nuestras vidas, pero arroja mucha luz para que comprendamos la importancia de no desestimar nuestro pasado. Nasio, dice que nuestra vida palpita al ritmo de la repetición que nos impone el inconsciente, y que la repetición tiene dos aspectos: es positiva cuando nos permite aprender, crear y afirmarnos cada día más (es aquí donde pondré mayor énfasis) y es patológica en tanto nos hace representar, sin darnos cuenta, los traumatismos de nuestra infancia.

Los seres humanos repetimos nuestros actos, y somos seres que estamos atravesados por el mecanismo de la repetición. Este autor, a quien vengo citando, expresa que muchas cosas que nos rodean y nos sostienen también se encuentran regidas por este principio. Tal es el caso de la Tierra que mantiene, invariable, su órbita alrededor del sol y la sociedad en la que vivimos, que repite incansablemente sus mismas historias y sus mismos desaciertos. El mecanismo de la repetición, dice Nasio, está presidido por tres leyes: la primera es la ley de lo Mismo y lo Diferente: "la repetición es el trayecto de un objeto identificable por un observador que lo verá aparecer, desaparecer y reaparecer, ligeramente diferente cada vez, en momentos y en contextos variables".[15] La segunda ley es la alternancia de la Presencia y la Ausencia, que manifiesta que aquello que se ausenta lo hace entre dos presencias. La tercera ley es la intervención de un obser-

[15] Juan David Nasio "Por qué repetimos siempre los mismos errores", Ed Paidós, Bs. As. 2013.

vador que enumera la repetición; desde mi punto de vista, esta última es una condición indispensable para que lo sensible de una vivencia se grabe.

Resta decir que frente al hecho de la repetición, los acontecimientos que se repiten en la vida, no son otra cosa, que significantes. Dice Nasio:

> "Para que haya repetición hace falta un agente humano, hace falta una conciencia que, primero, identifique un acontecimiento, lo extraiga del flujo incesante de la vida y cuente todas las veces que tal evento vuelve a salir a la superficie. Dicho de otro modo, nuestro pensamiento aísla un hecho saliente, lo nombra y registra la cantidad de veces que se reproduce. Así es como transformamos un simple hecho en significante, término central de la obra de Lacan. (...) Un significante es el acontecimiento que nos sorprende, cuenta para nosotros y nos modifica como sujetos. En síntesis, un significante es todo acontecimiento, todo ser o toda cosa que formaliza en una entidad suceptible de ser contada. Si bien es justa, esta definición sigue siendo demasiado general. Hablando psicoanalíticamente, yo debería decir: "Un significante es toda manifestación involuntaria de un sujeto, suceptible de ser contada por el sujeto mismo o por alguna otra persona."[16]

Esta explicación del fenómeno de la repetición, nos da pie para seguir pensando en la importancia que le otorgamos, en esta obra, a este tipo de significante tan particular que se repite en muchas personas: "las marcas de la infancia". Así es, nuestras marcas de la infancia también buscarán, inefablemente, cumplir su destino, al necesitar ser rememoradas en nuestra adultez. Y sus destinos, sus formas de manifestarse, no serán otros que los tres retornos posibles de rememoración de una vivencia. Nasio plantea que existen tres tipos de retorno de nuestro pasado y los clasifica de la siguiente forma:

> "-La repetición sana o rememoración es el retorno a la conciencia de un pasado olvidado.

---

[16] Ídem 14.

-La repetición sana es el retorno en nuestros comportamientos sanos de un pasado intenso y reprimido.

-La repetición patológica es el retorno compulsivo en nuestros síntomas y comportamientos enfermos de un pasado traumático, forcluido y luego reprimido."[17]

Siguiendo estas hipótesis, yo enunciaría el criterio de rememoración correspondiente a las marcas de la infancia como:

-Una forma particular del recuerdo de una vivencia infantil, de un alto significado para nuestra vida que –inevitablemente–, cumplirá su destino de repetición, ya sea sano o traumático.

Dejaré para otro momento el análisis de las marcas de contenido traumático, para centrarme mayormente, en aquellas con destino de repetición más común. Entonces diré: *La repetició*n sana, *es el retorno en nuestra memoria de un acontecimiento fuerte, devenido en marca para nuestra vida, que determina aspectos de nuestro pensar, sentir y ver al mundo.*

Acordaremos con los principios enunciados por Nasio, para pensar la forma en que las marcas vividas en nuestra infancia se presentan en nuestro presente, pero a su vez, le daremos un estado diferente (como ya lo vengo planteando a lo largo del libro) a este tipo de recuerdos. Recordemos, hay escenas, muy contadas de nuestra vida, que cobran un poder particular para determinar parte de lo que hoy somos.

Si bien, hasta aquí venimos observando que hay marcas que se producen al experienciar el mundo, hay otras, que podríamos clasificar como universales e inherentes a todo ser humano. Este tipo de marcas están ligadas a situaciones que afectan y modelan gran parte de nuestro ser. Todas las personas atravesamos tres tipos de marcas en nuestra vida: *Las primeras marcas en el ser humano, son aquellas vividas y sentidas dentro del útero materno, la segunda se vincula a la adquisición del nombre propio y las terceras son aquellas vividas, sentidas y experimentadas en la primera infancia..."*

---

[17] Ídem 14.

No solo en la infancia, sino también en nuestra adolescencia, juventud y vida adulta, vivimos situaciones que nos marcarán significativamente: los primeros amores, los grupos de la escuela, el primer encuentro sexual, la finalización de la escuela secundaria y el viaje de egresados, el comienzo en la universidad o el primer trabajo, el casamiento, etc., etc. Lo cierto es que ninguno de estos actos tan importantes para la vida, tendrán ese sello tan particular impreso por las primeras marcas vividas. Es más, –diría yo–, que estas marcas, que podríamos denominar "marcas sensibles secundarias", estarán condicionadas –en su mayor parte– por las vividas en la más temprana infancia.

Francoise Dolto, fue una de las tantas psicoanalistas que puso énfasis en fundamentar la importancia que tienen algunos acontecimientos de la vida infantil precoz. Para esta autora, la infancia no solo acontece como un momento crucial para afianzar los rasgos de la personalidad. Para ella, también ocurren otros procesos importantes, y entre ellos, destaca la conformación de la imagen inconsciente del cuerpo y el afianzamiento del sentimiento de sí. Dolto no solo se fijó en la infancia sino también en la importancia de la vida fetal intrauterina. Ya, en esos tiempos tan precoces de constitución de la vida humana, existen vivencias que marcan la conformación del sujeto por venir. En la vida intrauterina, las sensaciones barestésicas originadas por la presión del líquido amniótico, otorgan registros para que el bebé sienta su cuerpo como una masa muscular sólida y estable; las sensaciones interoceptivas o viscerales, contribuyen al desarrollo de las impresiones internas de las tensiones del flujo del cuerpo orgánico y de las vísceras, en especial de las digestivas. Además, el bebé, dentro del útero, posee una dotación innata que le permite registrar las sensaciones erógenas.

De las primeras experiencias entre el bebé y su madre, se conformarán un grupo de imágenes que darán consistencia a lo que Francoise Dolto denominó como "la imagen inconsciente del cuerpo", imagen que podríamos agregarla a este tipo de marcas importantes de la vida. Pero ¿qué es la imagen inconsciente de nuestro cuerpo?

Según Nasio, la imagen inconsciente del cuerpo es una especie de código íntimo, propio de cada individuo, una memoria inconsciente de

nuestro cuerpo infantil. Se conforma como una imagen interior, que se siente, pero no se refleja en el espejo, no podemos verla, no es una imagen convencional, no es una imagen real sino que es una imagen sentida que comienza a formarse en el mundo intrauterino y culmina –aproximadamente–, a los tres años de edad. Es una memoria inconsciente del cuerpo de todos nuestros deseos dirigidos a nuestra madre a nuestra más tierna edad, que delinea y contornea la sustancia de nuestro yo. El sentimiento incomparable de ser uno mismo no es más que el conjunto de las impresiones vividas por nuestro cuerpo deseante infantil precoz.

Desde muy pequeño el bebé construye sus primeras relaciones vinculares a través de su figura más significativa, su madre. En estas relaciones primarias tan fundamentales para la subsistencia, además de cubrirse las necesidades básicas de autoconservación, tales como la alimentación, la higiene y el cuidado de la salud, se dan otro tipo de situaciones que para nosotros, los psicoanalistas, son las herramientas esenciales para que un recién nacido pueda ingresar al mundo humano. El contacto, la mirada, las caricias, el sostén y el afecto, serán las experiencias más vitales que se construirán desde la mágica base del lenguaje. Así es, desde esas experiencias precoces y en ese espacio intersubjetivo de ternura, la madre junto al niño, irán tejiendo e hilvanando la imagen inconsciente del cuerpo, la imagen constitutiva más importante para el ser humano.

Pero, para que podamos construir nuestra imagen inconsciente del cuerpo será preciso adquirir otras imágenes previas, las que en su conjunto, determinarán la especificidad de esta imagen fundamental. Hablamos de tres tipos de imágenes que al constituirse darán vida a la imagen primordial, ellas son: la imagen de base, la imagen funcional y la imagen erógena. La imagen de base es la que nos otorga, a muy temprana edad, la sensación inigualable de sentirnos unificados y sostenidos en una base corporal sólida y segura; la imagen funcional es la que constituye las sensaciones de un cuerpo en continuo movimiento a la espera de satisfacer sus necesidades, y la imagen erógena es la imagen de un cuerpo entregado al placer. La propiedad de estos componentes reside en que al ser tan indisociables, si una de estas imágenes sufre alguna perturbación, todo el conjunto se verá influenciado.

Si aprendemos y creamos al mundo a partir de las experiencias infantiles que generamos, no será a través de otra cosa que nuestro propio cuerpo desde donde lo haremos. Ninguna experiencia fuerte, movilizadora y sensible se vive si no es a través del cuerpo. Lo sabemos, el mundo no es más que una proyección de nuestra propia mente y el cuerpo no es más que un mediador, para que podamos aprehender la vida y poder *ser* en el mundo.

Particularidades de las marcas de la infancia

"Toda marca de nuestra infancia podrá ser pesquisada en nuestro presente,
ya que perdura a través del tiempo como un fantasma errante,
que necesita repetir su vivencia hasta lograr ser exhumado
y reconocido en su propia errancia."

(*M. Rocha*)

Es curioso observar como es que este tipo de recuerdos llamados marcas, al ser rememorados, despiertan una serie de sentimientos ambivalentes. Cuando instamos a una persona para que nos cuente algún recuerdo de su infancia que lo haya marcado, al momento de contar su historia, ésta comienza a ponerse nostalgiosa y en cierto punto angustiada, pero a pesar de eso, notamos en su rostro una expresión de felicidad y una necesidad de seguir contando el suceso hasta su final. Quien cuenta, pareciera estar sumergido en un lugar del cual ya no quiere salir, por lo menos hasta que finalice su visita por ese paisaje de su recuerdo, haciéndonos testigo de ello. Ojos llorosos, seño fruncido pero una boca estirada por una larga sonrisa. Esto nos muestra que las marcas de nuestra infancia llevan en su interior varias emociones, cargadas de sentimientos y fundamentadas en un pensamiento sobre su significación. Quien cuenta, sabe lo que significa para él su recuerdo.

"Recuperar lo sensible de nuestras marcas de la infancia (desde una repetición o rememoración sana) nos permite reconducirnos constantemente sobre nuestros pasos actuales, pues, no se trata de una repetición desenfrenada o compulsiva, sino de una especie de alimento que nuestro yo saborea placenteramente y del cual se nutre. Se trata, nada más ni nada menos, de una parte de la esencia de lo que somos"

Lo que nos marcó, perdura tomando la forma de una postal compuesta de vivos colores, aromas e imágenes, que ilustran una escena inconfundible para nuestra mente. Solemos presenciarla quedándonos atónitos en cada una de sus nuevas apariciones ante nuestra conciencia. Al narrarlas,

éstas toman una forma tridimensional que nos hace sentir que la estamos viviendo nuevamente. Claro está, que para que se despierte esa vivacidad de su intensidad pasada, es necesario la formación de un clima particular, donde la persona pueda sentir la importancia de lo que contará en relación a lo que acontece en ese instante presente; por ejemplo, este tipo de recuerdos aparece más vivo en aquellas reuniones de amigos cuando todo ya está terminando y se crea ese clima tan afectivo mediado por el mate o el café, o en las primeras citas amorosas de una pareja, donde la afectividad del sentimiento está a flor de piel. También, por que no, en esos momentos tan significativos de reconocimientos hacia lo que una persona hizo o logró, obtención de algún título o fechas importantes. Además, este tipo de rememoración aparece en los instantes de soledades, donde solemos dejarnos llevar por nuestra imaginación y el pensamiento opera, rescatando esos importantes momentos.

Nuestras marcas no representan nuestra identidad en su totalidad, más bien, forman parte integrante de esta. Cada quien lleva sus marcas consigo, que inevitablemente lo distinguirán del resto. Existen tantas marcas como seres humanos, pero ellas se identifican con un rasgo en común: lo sensible.

Diferentes formas de decir que algo nos marcó

Es común que las personas, en determinadas circunstancias, suelan referirse a cosas que marcaron su vida, y al hablar de ellas, no puedan evitar sumergirse en un mar de sensaciones, que los transportan imaginaria y sensiblemente hacia esa situación. Todo sucede como si no hubiese pasado el tiempo, como si aún todo permaneciera intacto para sus recuerdos. He encontrado varias frases, distintas formas de expresión, que hablan de la intensidad de este tipo de recuerdo particular y que tienen un código en común, vinculado a la enorme fuerza que poseen estas vivencias. Ya lo he dicho antes, no son recuerdos comunes y corrientes que sacamos de la galera de nuestra mente, sino que son vivencias intensas, con una carga afectiva que ha traspasado nuestro ser sensible y que han marcado un sentido para nuestras vidas. Observemos algunas de estas frases que solemos encontrar:

-Aquello que viví me marcó fuertemente y desde ese entonces cambié: Refleja un punto de inflexión de la vida. Muestra un quiebre entre dos tiempos del ser y el impacto al yo de esa vivencia. Lo vivido, y su consecuente elaboración, genera un cambio de posición subjetiva que lleva a la persona a sentirse diferente consigo misma en torno a la vida.

- Ese recuerdo expresa muy bien lo que yo soy. Manifiesta la ligazón del recuerdo con el reconocerse a sí mismo en la esencia de esa situación sensible. La persona se identifica con esa experiencia vivida y siente que de allí extrajo materiales simbólicos que lo llevaron a ser lo que es, identificándose con la esencia de aquello vivido.

-Desde aquel momento eso me marcó y aprendí... Vincula lo vivido al aprendizaje a través de la experiencia. Luego de una experiencia fuerte se produce el acontecimiento del aprendizaje.

-Nunca voy a olvidarme de eso vivido ya que marcó mi vida. Expresa el valor central de la vivencia para la vida en general y la pone en un lugar diferente de los demás recuerdos de la infancia.

Requisitos y condiciones para que una vivencia se convierta en marca

Para que una marca de la infancia se grabe será necesario que actúen algunos de nuestros sentidos: la vista (imagen), el gusto (sabores), la audición (sonidos) y el tacto (texturas y sensaciones). Lo cierto es que muy difícilmente intervendrá uno solo, por lo tanto, existirá una preponderancia de uno de ellos (sentido de base) pero siempre estará asociado con algún otro sentido (sentido secundario), que acompañará para hacer más intensa la inscripción de la vivencia; también, en muchas ocasiones, actuarán todos. Veamos un ejemplo: "Recuerdo que eso que observé de forma reiterada me conmovió hasta lo más profundo de mi ser. Aún siento el aroma de la arboleda y las flores de aquel paisaje hermoso que recorría de niña cuando regresaba a casa de la escuela." En este recuerdo el sentido de base es la visión, la persona experimenta ver un paisaje hermoso que se impregna en su mente, esa es la postal principal; sucede que ésta quizá no se grabaría –a modo de marca–, sino operara el aroma sentido por los perfumes de las flores y árboles, pues, éste le da el

color perfecto a la vivencia para convertirla en un recuerdo inolvidable. La niña solía recorrer siempre el mismo camino de regreso de la escuela a su casa, esa vivencia –siendo ya adulta–, se reditará cada vez que ésta –ya constituida en mujer– transite algún sendero similar o sienta el aroma que aquella vez sintió, en cualquier otra situación de su vida.

Lo curioso, es observar la actitud que las personas toman cuando se topan con una situación nueva que los lleva nuevamente a experimentar aquellas sensaciones de antaño. Por un instante parecen confundidas, se vuelven hacia adentro, se inquietan como si estuvieran revolviendo algo en su mente, para tratar de encontrar y entender por qué motivo, ese olor o esa postal que presencian se conecta con algo sumamente agradable para su mente, y no se quedarán tranquilos hasta tratar de comprenderlo: "Esperá un ratito, esperá que esto me hace acordar a algo pero no sé que es" y luego de un instante "ah, sí¡¡ ya sé, (cambia su expresión). Este paisaje me hace acordar a mi infancia, al camino que yo recorría de niña yendo de regreso de la escuela a casa." Se produce la conexión y desde ahí en adelante, ella sabrá que eso que vivió en su infancia fue muy importante y muy caro a sus emociones, y allí –en ese instante–, tendrá la posibilidad de rencontrarse con algunos sentimientos que la harán repensarse, pues ha descubierto algo más de sí misma.

Tras este ejemplo, observamos que otra condición importante para que una vivencia se grabe –a modo de marca–, es que ésta debe reunir el requisito de ser una situación pregnante para la persona. La vivencia puede ser simple, de diverso contenido, pero pregnante a los sentidos, y no todas las experiencias y vivencias suelen cumplir esta condición. Mientras que para alguien la situación vivida pueda ser sentida como pregnante, para otro no lo será, esa es la clave de la complejidad del ser humano, la subjetividad se pone en juego.

Enunciaré las siguientes condiciones para que una vivencia se convierta en marca:

1- Que sea vivida de forma intensa. El afecto es el principal actor en el rodaje para que pueda darse la grabación de una vivencia como marca.

2- Que se repita. Esta condición puede o no darse, ya que nos anoticiamos que muchas marcas, suelen ser el resultado de una vivencia experimentada una sola vez.
3- Que sea pregnante. La vivencia debe llamar la atención, debe ser atractiva a algunos de los sentidos para que se grabe. Esto no anula el principio de simpleza, Una vivencia puede ser de contenido simple y ser, a su vez, pregnante.
4- Que la intensidad de las mismas no rebase el límite del umbral psíquico tolerable. De lo contrario, en vez de marca, sería trauma que se traducirá en síntoma.

Sobre los diferentes destinos de una vivencia que marca

Enunciaré, a continuación, algunos de los destinos posibles que pueden producirse con las marcas de nuestra infancia:

- Las marcas formarán una escena que se grabará y persistirá a través de una emoción sensible cargada de un afecto intenso; a veces percibible en el mismo momento en que se origina, otras, reconocida solo en el momento de la rememoración, o en ambas situaciones.
- La persona vive la experiencia, la olvida, y la retoma en un futuro adulto, vuelta en una profesión, ocupación, gusto personal o una razón de ser.
- La persona convierte su marca en una meta para su vida, de razón personal, o con sentido altruista.
- Las vivencias afectivas de la infancia serán la fuente que proveerán el material al adulto ya dedicado a su pasión, profesión, oficio o hobby.
- Se configuran como un mapa propio, que delimita la vida y las fronteras por las que se transitarán durante lo que dure una vida. Constituyen el motor principal, a través del cual, el sujeto se ve jalonado hacia el ser desde un hacer.

Las marcas de la infancia operan en la vida de cualquier persona, al igual que lo hacen los hilos de la cruceta[18] de un titiritero. Podríamos decir que las acciones más profundas de un sujeto pueden pensarse como una especie de lazo invisible (inconsciente), entre la acción actual y las vivencias que la crearon, desde la más temprana edad. Esas marcas tempranas son como una masa que se modela en la experiencia profunda de la vida, que dejan huellas. Su contorno o figura, está bordeada por las sensaciones que irradian, que perduran y persisten en lo más profundo de la mente.

Ese lazo invisible e inconsciente con nuestras marcas, es totalmente comparable con la estructura de un títere ligado a su titiritero, solo que en esta ocasión los roles se invierten, no es el adulto el que maneja al niño-títere, sino el niño de la experiencia pasada es el que ha tomado los controles de algunas emociones por sobre el adulto actual; emociones que lo han impregnado y desde ese momento –en adelante–, querrá seguir controlando. El niño que vive adormecido en el interior de la mente adulta, de vez en cuando –al ocurrir una experiencia que lo convoca–, se despierta, se levanta y toma la cruceta con una fuerza particular, para mover los hilos de las acciones y conductas de ese hombre que ha sido tomado por esa fuerza interior. De ese modo, el niño que habita en su interior lo lleva a moverse y comportarse, utilizando los materiales y emociones que alguna vez sintió y sigue guardando celosamente.

---

18 La cruceta o control es el dispositivo a través del cual el titiritero maneja una marioneta. Los títeres se manipulan desde arriba a través de hilos que unen las diferentes partes del cuerpo a la cruceta. Probablemente, los títeres de hilo son los más difíciles de construir, ya que requieren equilibrio y una apropiada distribución de los pesos para conseguir variados movimientos y una precisa manipulación.

El psicoanálisis y su amistad con lo sensible del pasado

"Hasta diría que la finalidad de la cura psicoanalítica es, en efecto, llevar al paciente a sentirse más feliz de ser quien es."

(*Juan D. Nasio*)

El psicoanálisis se ha constituido, desde el momento de su creación (Freud, 1986), en una de las formas terapéuticas más importantes que las personas toman para aliviar su sufrimiento. Se trata de una experiencia que el sujeto debe atravesar, no comparable con otro tipo de intervenciones modernas propias de nuestras sociedades líquidas, cuya característica principal es curar lo antes posible al que padece algún problema psíquico cuanto antes, sin importar la raíz del problema ni tampoco el porqué del malestar. Sólo importa dejar de sufrir cuanto antes, para estar activo y listo para seguir produciendo. A estas terapéuticas actuales nada les preocupa más que eliminar el síntoma, más allá de que ese sufrimiento esté tratando de hacerle entender a esa persona algo importante que le ayudará a comprender mejor su *ser en la vida*. Lo mejor para el sujeto post moderno es no perder tiempo para poder seguir estando activo, productivo y dinámico, ya que debe volver a su puesto de trabajo cuanto antes para no perderlo.

A diferencia de estas terapias cognitivas y del comportamiento, enfrentar un tratamiento psicoanalítico implica un trabajo y esfuerzo diferente por parte del consultante, y su mayor importancia con respecto a los demás tipos de psicoterapia, será la forma de relación intensa que se produce con el terapeuta en la escena analítica.

Si bien, existen múltiples causas por las que las personas recurren a una terapia psicológica, en la mayoría de los casos, quienes acuden por este tipo de ayuda, terminan profundizando la razón de su síntoma hasta llegar al descubrimiento de su más íntimo ser. Seguramente, esto se debe a que en esa experiencia, el sujeto ha podido darse cuenta de que el mal de

aquello que lo mortifica o angustia no son las acciones propias, los hechos traumáticos vividos o las conductas de los demás hacia él; más bien, la causa del malestar, del desequilibrio interior, se origina por la sensación que de estas situaciones emana, y por el efecto de las mismas en el estado interno equilibrado del yo. La persona se da cuenta de que esos hechos vívidos han producido una gran conmoción interna que altera su equilibrio psíquico y repercute en su vida, de esa forma, trabajará para atribuirle otro tipo de sentido a la manifestación de su síntoma. Un síntoma que no logra ser descifrado y exhumado seguirá su curso de repetición incansable.

Esta es la diferencia principal entre el psicoanálisis y otro tipo de terapias, en este punto Nasio nos dirá: "La persona que no conoce el origen de su sufrimiento está condenada a verlo repetirse. E inversamente: conocer el origen del propio sufrimiento es el único remedio para frenar su repetición." Exactamente¡¡¡ esa es la verdadera razón del psicoanálisis, trabajar con esos contenidos psíquicos, a los cuales los analistas les llamamos significantes, significantes que se repiten compulsivamente a través de las expresiones opacas y angustiantes de un síntoma.

El principio fundamental de una cura psicoanalítica, se rige a través de la construcción de un tipo particular de relación con el paciente que denominamos "transferencia". La transferencia no es más que una relación profunda construida entre el analista y su paciente, que provee la atmósfera ideal para que este último pueda revivir y recrear su síntoma, esto es, contarlo y mostrarlo de otro modo diferente. Sólo allí, en ese ambiente creado entre el paciente y el analista, será posible exhumar el dolor del padecimiento. Pero, para llegar a ese momento de la transferencia, se requiere tiempo y atravesar por diferentes pasos dentro de la terapia. Digamos que psicoanalizarse no significa ir a un analista y acostarse directamente en un diván, no. Para llegar a esa instancia se necesita que el paciente, no solo construya una relación particular junto a su analista, sino que también, este pueda construir un tipo de relación diferente con su discurso. En términos simples, se trata de que el paciente pueda pasar de ese momento de queja y demanda de ser curado, a un tiempo en donde éste pueda hacerse cargo de lo que dice y de que pueda llegar a establecer un tipo de relación particular con su palabra.

Como puede observarse, el psicoanálisis introduce varias cuestiones, que no corresponden solo a la labor del analista, todo se teje y se arma en el entre-dos de esa relación particular. Y en este escenario, el pasado, será un gran aliado para ambos. Muchas veces, será necesario ir en búsqueda de materiales que expliquen y den razones para poder interpretar el presente, y en ese ir y venir, siempre aparecerán anécdotas y recuerdos que el paciente ha vivenciado de una forma particular, a la que pretendo darle vida a través de este libro: "eso que viví me marcó muchísimo." "aquello fue una marca imborrable para mi memoria."

Una marca no necesariamente es un síntoma

Si bien, las emociones asociadas a las marcas de la infancia generalmente contienen el tinte de lo agradable, nostalgioso, emotivo y sensible, otro tipo de marcas se constituyen en las bases de huellas traumáticas para la vida de una persona. Son aquellas que configuran diferentes maneras de existir, y expresan otras formas de un mal-estar en la vida. Lo cierto es que no todo tipo de recuerdo traumático (hablo de marca de la infancia traumática), se convierte en síntoma. Para ello nada mejor que pensar en las historias contadas por ciertas generaciones a las que les ha tocado vivir vidas muy complejas, llenas de dureza y muchas limitaciones reales. Son aquellas personas que nos cuentan de sus penurias pasadas y de la difícil vida que han llevado, pero que aún –pese a ello–, conservan una personalidad que se aleja de lo angustioso que significa vivir con un síntoma.

El síntoma es algo diverso de lo que nos ocupa. Según Maud Mannoni:

> "El síntoma se desarrolla con otro y para otro" (...) "La situación del sujeto en el síntoma puede comprenderse como el efecto de un no reconocimiento dentro de un cierto tipo de relación con el otro"[19]

[19] "El niño, su enfermedad y los otros", Maud Mannoni, Editorial Nueva Visión, Bs. As., 1976.

El síntoma designa un tipo de conflicto particular vivido por la persona en un momento de su vida (particularmente en la infancia), que se genera tras situaciones experimentadas que expresan una tensión entre dos conflictos opuestos (por ejemplo: amor y odio), tienen un sentido oculto y se reactivan en situaciones actuales.

Las marcas de la infancia no siempre tendrán un destino de síntoma. Generalmente existen como recuerdo, un recuerdo intenso que no está teñido por la angustia o el dolor desbordante de lo traumático, pero también, se presentan como recuerdos fuertes que logran tomar cierta particularidad dentro de la vida de la persona. Cuando un paciente convive con un síntoma sufre, y ese sufrimiento no será un sufrimiento normal, no estará asociado a un dolor normal, es algo que ha traspasado el umbral de lo tolerable y comienza a manifestarse en un malestar de vivir.

Existe una clara diferencia entre lo que es una marca de la infancia y un recuerdo traumático que se ha vuelto síntoma. Un síntoma requiere ser interpretado a través de la dinámica que provee el análisis, puesto que detrás de él se esconden secretos profundos y desconocidos para nuestra mente consciente. Descifrarlos, implica –tanto para el sujeto como para el analista que lo recibe–, entrar en la comunión de una relación intensa que, como ya comenté, conocemos como transferencia. Sólo en ese escenario, creado y luego de un tiempo prudente donde caen las resistencias, el paciente y su analista, estarán en condiciones de interpretar el mensaje oculto de un síntoma.

Nuestras marcas no necesitan de ese tiempo analítico para ser interpretadas, no traen mensajes ocultos de tipo sintomático para analizar, son puras, se manifiestan sinceramente ante nuestra conciencia y podemos entenderlas al comprender la intensidad con la que se muestran (en cuanto a su fuerza afectiva) en las diferentes situaciones ante nuestra conciencia: "De repente, María, al entrar junto a sus hijos de la mano, en aquella habitación vacía de la casa que están por comprar con su marido, se siente inundada por una fuerte emoción, inexplicable en ese instante, pero que luego de hacer unos pasos, mirar y observar la escena, por fin logra comprender." Ella –al observar el sofá tapado con una sábana blanca–, en ese preciso momento recuerda esa vez en que siendo niña, sus padres la ha-

bían llevado a ver la casa (ya abandonada) donde vivía su abuela. María ahora puede entender, y así cobran sentido ambas escenas de diferentes escenarios y con diferentes protagonistas.

La misma situación –pero ya olvidada y reprimida–, se repite en otro escenario actual. Ella, entonces, se siente profundamente embargada por la misma sensación de aquél entonces y allí comprende la importancia de esa situación vivida de niña: siendo niña, sintió un afecto muy particular al entrar en esa casa de su abuela que había perdido y de la cual guardaba un enorme aprecio. De ahora en adelante María sabrá muy bien, que cada vez que se encuentre con situaciones similares, seguramente, se sentirá tomada por esa sensación que le recordará, no solamente la casa de su abuela tan querida, sino también los momentos y afectos compartidos con ella.

Como podemos observar, los contenidos de nuestras marcas no nos angustian como lo hace un síntoma, sino que nos sorprenden. Producen ciertas nostalgias o emociones fuertes, pero nunca una angustia desbordante, y tras ello, una clara necesidad de actuar o hacer, en función de lo que estas emociones reditadas en nuevos escenarios nos hacen sentir.

Existe otra particular diferencia entre los síntomas y las marcas de nuestra infancia: los síntomas tienen la característica de estar asociados a connotaciones de orden sexual. Todo síntoma es la expresión de una tensión sexual no resuelta, en buenos términos, por nuestro yo. Siempre hay una ligazón de orden sexual en un síntoma y esto es lo que le otorga una complejidad mayor para resolverlo. Un síntoma se genera tras la imposibilidad, por parte de nuestro yo, de resolver la tensión imperante que reina, ante una vivencia que conmociona la estabilidad interna de nuestra mente. Por ello, el yo tratará de mantenerse íntegro ante tal sobrecarga de afecto, pues su mayor trabajo será mantener regulada la tensión interna de las pulsiones. Sin embargo, tal como ya lo he expuesto, sabemos que nuestras marcas pueden formar parte del sustrato material de un síntoma.

Expondré, a continuación, el caso de un paciente que martirizado por las marcas de su pasado descubre, al fin, que estas formaban parte del material a descifrar que le imponía su síntoma. Su síntoma era una angustia constante que claramente podía confundirse con una melancolía. El trabajo fundamental de la terapia se dirigió a intentar entender las fantasías más

fuertes, que los analistas denominamos como “el fantasma”, que se ocultaban tras su síntoma. Un día mi paciente, a la semana siguiente a lo que aconteció en una sesión particular, de características fuertes e intensas, en donde ambos pudimos proyectar sobre nuestras mentes y descifrar la razón de su sintomatología, se presento en mi consultorio, al horario de su nueva consulta, con un escrito que había realizado luego de quedarse con una profunda sensación tras aquella sesión pasada. Esto es lo que escribió:

> “Hoy descubrimos gracias a mi psicólogo y mis trabajos anteriores con Richard el origen del gran dolor, de la gran angustia, de mi tristeza, de mi gran insatisfacción en mi vida. Lo denominamos de varios modos, La Bestia, La Herida, El Gran Agujero, el Nombre se aplica a mi gran vacío Interior que necesita alimentarse de amor, dando amor y recibiendo amor, ese amor que estuvo ausente muchas veces desde muy chico desde los meses de vida cuando mi madre no podía cuidarme. Es muy importante el amor hacia y desde una mujer. Ese agujero aspira todo el amor posible y da todo el amor posible y produce un dolor inmenso que llega a desear la muerte si no es alimentado dando y recibiendo amor.
>
> Hoy me di cuenta que esa angustia, ese dolor es una parte de mí que me permite dar y recibir afecto inmensamente. Siempre pensé que esa angustia se debía al temor por la carencia económica, al cumplimiento de objetivos, los tropiezos de la vida, las frustraciones y en realidad hoy percibo que era nada más ni nada menos que la necesidad de alcanzar el amor con una mujer. Por ello, también frente a la carencia de recibir amor me produce un estado de angustia intolerable, un dolor que lleva a la agonía.
>
> Debo disfrutar del amor y el dolor desaparece, ese don de amar es una bendición. Mi felicidad radica en algo tan simple como amar y ser amado. Todos los objetivos materiales, estéticos, sociales, superficiales de sobresalir, sólo fueron una herramienta para alcanzar el amor, el amor de una mujer, para estar preparado en el momento en que llegara a mi vida. Este amor es para una mujer especial, sumamente especial, que sepa disfrutar de este amor in-

> menso y bello que puedo dar y recibir, todo los demás sólo han sido herramientas para alcanzarlo, y quizás sean un error ya que ese amor, esa mujer, lejos esté de necesitar algunos de estos elementos transitorios, y busque únicamente un amor como el mío.
>
> Estoy Feliz, muy feliz y en paz por conocer este secreto tan simple que alivia mi sufrimiento, amando seré feliz y tendré paz." (G.)

El trabajo más importante de una cura psicoanalítica no busca estirpar el síntoma, al modo de una especie de cirugía de un tumor maligno. No se trata tampoco de cambiar la personalidad de la persona. Retomando las palabras de mi paciente y evocando nuevamente a Nasio, diría que nuestra finalidad, es la de aliviar a nuestros pacientes de sus sufrimientos, trabajando con ellos en la tarea de darles un sentido diferente a lo que los martiriza para –de ese modo–, lograr que estos puedan tomar otras posiciones, otras formas de relacionarse con eso que los llevó a sufrir.

CAPÍTULO III:

Las marcas: destinos de lo sensible

Las marcas: destinos de lo sensible

"Si no somos corresponsables del pasado, tampoco tendremos derecho a reclamarnos legítimos propietarios del futuro."

(*Fernando Savater*)

Existen muchos seres humanos que han podido salirse de los parámetros que nuestras sociedades "líquidas" y contemporáneas reproducen. Será interesante, pues, introducirnos en las historias de aquellas personas que han logrado trascender por lo que hicieron en sus vidas, sostenidas desde un pasado sensible que forjó su yo y marcó sus propios rumbos.

Estas personas han sido propietarias, desde muy pequeñas, de una sensibilidad muy marcada, que les permitió tomar una posición diferente ante las experiencias de la vida. Han logrado percibir –con el trasfondo de las cosas que parecen simples a la vista de otros– lo imperceptible de cada acontecimiento, y han podido sostener su deseo de ser desde aquella base tan sólida, construida en el pasado de su infancia.

Todo hombre de *hacer* no es más que la consecuencia lógica de lo que ellos hicieron con las vivencias y experiencias que marcaron su vida. Pero, por sobre todo, un hombre de *hacer*, es aquel que ha tenido la posibilidad de leer e interpretar los sucesos importantes que acontecieron en los principios de su historia. Son aquellos, que han convertido ese pasado en una especie de brújula interior que lo ayuda a guiarse a lo largo de su camino por la vida.

Para algunas personas, las marcas que han quedado grabadas de su infancia, se han constituido en fuentes de una gran sensibilidad afectiva. Entre quienes han sufrido este destino, muchas, han recurrido a diferentes terapéuticas que les permitieron convivir con esa fragilidad heredada y otras, se han respaldado en la fe, apoyándose en ella para poder seguir adelante. Por otro lado, encontramos aquellos seres que integran las distintas sociedades, hombres y mujeres que han podido conciliar su pasado a un presente o personas célebres, que han logrado solidificar las vías sublima-

torías hacia un ser en la vida, en pos de una causa o una razón de existir. Diría Víctor Heredia: "fogata de amor y guía, razón de existir, mi vida..."

Estas nobles personas, han sido capaces de redimir y menguar el afecto sensible, penoso o nostalgioso, emanado de sus vivencias infantiles, para darles un verdadero sentido en sus vidas. ¿Sería oportuno nombrar esta particularidad subjetiva como *conducta resiliente?* Seguramente, tal concepto no nos alcance, puesto que es complejo explicar el fundamento psicológico de dicha actitud. No creo que solo un concepto hable, por lo que en realidad, lleva mucho tiempo de una vida lograr.

Mercedes Sosa, en un documental que fue producido por Canal A titulado "Biografía" expresaba lo siguiente:

> "Recuerdo haber estado signada por la pobreza; a mí la cooperadora me daba los guardapolvos y las zapatillas para los días de fiesta. Signada por la pobreza. Pero también por la limpieza, porque mi madre era una mujer que nos cuidaba mucho de cómo íbamos vestidos. La familia de mi madre tenía mejor pasar, entonces, la ropa que nos regalaban mis primas ella las arreglaba y nosotros salíamos vestidos como si fuera de última moda, pero era porque mi mamá conseguía una máquina y nos arreglaba la ropa, *eso me marcó también.* Pero eso nunca ha sido para mí un problema de resentimiento, porque como mi mamá y mi papá se llevaban bien, comprendí que hay gente que nace pobre y otra que nace rica, lo comprendí ahí, y nosotros habíamos nacido en la parte de ser pobres, de verlo sufrir a veces a mi papá. Recuerdo un año nuevo en que no llegaban los reyes y que mi papá me tuvo que explicar que por la lluvia no llegaban los Reyes, y esa noche hubo una tormenta que casi se lleva Tucumán, entonces se salvó mi padre ahí. Yo me acuerdo de la cara de tristeza de mi papá, explicándome y diciendo: "me parece que no van a venir los Reyes porque hay una tormenta que se viene" y bueno, vino una tormenta tremenda realmente. Eso es duro, pero todo se puede vivir. Esas cosas, si se

> tiene padre y madre que están bien entre ellos, aunque haya pobreza, usted puede salir adelante."[20]

Estas posiciones subjetivas adultas, que se producen a través de la maduración de las marcas vividas en la infancia, no serán tan simples de explicar, menos aún desde un único concepto. Por el contrario, me inclinaré a pensar a esta capacidad, como un mecanismo psíquico. Será, quizá, un mecanismo propio del ser humano, propio de aquel que se ha constituido desde la sensibilidad de las relaciones afectivas, en el contexto de un modo cultural imperante y epocal de una sociedad. Así es, recuerdo cuando, en una charla de café, le pregunté a mi amigo Federico sobre las marcas de su infancia. Le pregunté si su ceguera lo había marcado cuando era chico y de qué forma. Para mi asombro, no obtuve la respuesta que creí que iba a encontrar (ya que parece, que inconscientemente, me predisponía a escuchar algo del orden de su discapacidad), Él me dijo:

> "Mirá Marcelo, yo tuve una infancia muy buena, fue una buena infancia. Lo cierto es que, mientras el común de la gente aspira a revivirla, ,yo no, y te cuento por qué. Era una época en la que la electrónica estaba teniendo su auge, aparecían las primeras salas de video juego y las primeras computadoras, pero como recién aparecían, todavía no existían las adaptaciones tecnológicas para las personas ciegas, y entonces, yo no podía disfrutar de eso que todos disfrutaban. ¿Entendés? Mi infancia fue muy linda, pero me tocó vivirla en esa época."

Comprenderemos, con este ejemplo, que cada época y cultura marca y produce infancias diferentes. Las infancias son marcadas culturalmente por los juegos, las costumbres y las posibilidades, que cada sociedad construye a través de sus diferentes épocas: las infancias de las pelotas hechas con medias, muñecas de trapo y autitos de lata; las infancias de los soldaditos de plomo, los fortines de madera y las primeras muñecas

[20] Documental sobre la biografía de Mercedes Sosa, producido por Canal A https://www.youtube.com/watch?v=u6iHmQLqtHU , consultado el 25 de Agosto de 2015.

articulables; las infancias de los primeros juegos electrónicos y las salas de video juego, etc., etc. En definitiva, cada época deja impregnada –en los niños que la vivieron– diferentes significantes, constituidos por juegos, juguetes y sus códigos de vinculación.

Pero, actualmente, sabemos que las infancias ya no solo esrán marcadas por los juegos y las diferentes configuraciones representacionales que plantean las culturas. Hoy, en las complejas *formas materiales*, *obscenas* y *banales* que adquieren nuestras sociedades contemporáneas, las infancias ya no logran escapar de los destinos de esos engranajes perversos de tal maquinaria de producción y consumo.

Al respecto Zygmunt Bauman expresa:

> "La variedad moderna líquida de adiaforización se moldea a partir del patrón de la relación consumidor-mercancía, y su eficacia depende del trasvase de ese patrón a las relaciones interhumanas. Como consumidores, no juramos una lealtad inquebrantable al producto que buscamos, compramos para satisfacer nuestras necesidades o deseos, y seguimos usando sus servicios mientras siga cumpliendo nuestras expectativas, o hasta que encontramos otro producto que promete satisfacer los mismos deseos más minuciosamente que el adquirido con anterioridad. Todos los bienes del consumidor, incluidos los descritos como <duraderos>, son eminentemente intercambiables y prescindibles; en la cultura consumista –inspirada en el consumo y la atención al consumo– el tiempo entre la compra y la eliminación tiende a reducirse al grado en que el placer derivado de los objetos de consumo pasa de su uso a su apropiación. La longevidad de uso tiende a abreviarse, y los episodios de rechazo y eliminación tienden a ser más frecuentes cuanto más rápidamente se agota la capacidad de los objetos para satisfacer (y ser deseados). Una actitud consumista puede lubricar las ruedas de la economía, pero lanza arena en los engranajes de la moralidad.

Esta, sin embargo, no es la única calamidad que influye en las acciones moralmente saturadas del moderno escenario líquido. (...)"[21]

Por suerte, y más allá de todo esto, existe una cualidad del ser humano que puede redimirlo de los destinos que un modelo reproductivo social pueda plantearle. Todo ser humano construye su propia historia y esto representa poder hacer algo con ella, poder tomar su propia posición ante ella. Si la persona logra afianzar su libertad, tomando un papel activo y crítico de su vida, encontrará un camino diferente, no conducido por los poderes y las sentencias dominantes de las fuerzas perversas del Capitalismo. Es que siempre, detrás de esa persona, en lo más profundo de esa historicidad, se encontrará su verdadera esencia, que no debe ser contaminada por los venenos del egoísmo productivista.

Entiendo que una de las vías posibles para escapar a este tipo de destinos programados está, en parte, íntimamente ligado a los tipos de experiencias sensibles que las infancias vivan.

Presentaré, a continuación, las marcas de algunas personas muy caras a mis afectos. Los siguientes recuerdos muestran –claramente–, los hilos de conexión entre la vivencia infantil de la experiencia sensible, con la secuencia de aparición del recuerdo convertido en acto, conducta o emoción.

---

[21] "Ceguera moral. La pérdida de sensibilidad en la modernidad líquida." Zygmunt Bauman- Leonidas Donskis, Editorial Paidós, Bs. As, 2015.

Las marcas de Víctor Heredia

No sé otra cosa de mi infancia
que esa mano en forma de puente,
bote, tronco extendido sobre el agua
que siempre me ayudó a cruzar
a la otra orilla.
Y sin embargo ahora, de este lado,
tranquilo con lo mío, ya sin aquellos
miedos que ahuyentaste, te reclamo.

(Víctor Heredia "A mi padre")[22]

Desde hace mucho tiempo, quizá desde que comencé a escuchar la poesía de su canto y desde que descubrí algo muy particular en la mirada de este ser, he comprendido que Víctor es una persona que no solamente vive acompañado por las marcas de su infancia, sino que también ha podido hacer algo con ellas. Por ello, gran parte de este libro intenta homenajearlo.

A mi entender, un hecho fundamental marca toda la extensa obra de este hombre y esa es la razón de su escribir y cantar. Al escuchar a Víctor encontramos sus marcas, las marcas de su infancia reflejadas por doquier en todas sus producciones, y no será casual que en un momento de su vida (1998) haya editado un disco tan bellamente titulado "Marcas".

Un día muy preciado para mí, me enteré de que Víctor tocaría en el playón de mi Ciudad natal (Firmat, Provincia de Santa Fe), y fue así que viajé especialmente para escucharlo. Al comenzar el show, Víctor nos regaló gran parte de sus canciones más populares que todo el público disfrutó; hasta que se hizo el silencio, él se sentó en su banqueta, respiró profundo, y comenzó a contar la anécdota de la génesis de su canción más bella, que estaba a punto de entonar. Si bien yo ya había escuchado ese relato y

---

[22] Víctor Heredia. Publicado en su Facebook oficial el 15 de Junio de 2014.

ya lo conocía, nunca imaginé lo que me iba a suceder luego de volver a escuchar esa historia. Al terminar su narración, esa anécdota resonó en mí de una forma diferente, y supe que lo que él había contado se relacionaba directamente con lo que yo ya venía investigando y escribiendo, y pensé en voz alta "!las marcas de la infancia¡" Así es, yo había escuchado una de las marcas de la infancia de Víctor Heredia, pero no cualquiera, y sentí que esa historia resumía los más de cuatro años de trabajo e investigación que venía dedicándole a la realización de este libro.

Fue así, que sin pensarlo, traté de buscar la forma de hablar con Víctor, y me dispuse a esperarlo en un bar hasta que se subiera al micro que lo transportaba. Cuando me enteré de que él ya había subido, me acerqué hasta la puerta del bus y le pregunté humildemente al chofer que se disponía a arrancar el rodado: ¿está Víctor arriba? El chofer miró hacia atrás, con una sonrisa cómplice, y me dijo, "sí, subí, dice Víctor que subas". Subí, atendiendo a ese permiso, con cierta emoción, por ver cara a cara a quien es un gran referente para mi vida. Así fue como me encontré con ese hombre, y con esa mirada que da testimonio constante de una enorme sensibilidad y fuerte humanidad. Allí, arriba del micro, le comenté sobre mi libro, sobre mis ideas en torno a las marcas de la infancia, de la identificación que sentía entre su historia y mis investigaciones, y fue allí donde él me dio permiso para publicar esos recuerdos de su vida.

Víctor Heredia nació en el barrio de Monserrat, de la ciudad de Buenos Aires, y se crió en Paso del Rey, partido de Moreno, en el segundo cordón del Gran Buenos Aires. Su familia paterna (Cournou) es de origen francés, mientras que su abuela materna pertenecía a la etnia capayán, y había nacido en los Valles Calchaquíes, de la provincia de Catamarca. Si bien comenzó a cursar la primaria en el barrio de Monserrat, a los 9 años ingresó a la Escuela 18 de Paso del Rey donde terminó la primaria. En 1967, con 19 años de edad, obtuvo el premio Revelación Juvenil en el Festival de Cosquín. En 1969 obtuvo el premio Consagración en el mismo festival y su álbum *El viejo Matías* superó el medio millón de copias vendidas. Se destaca en su obra su compromiso por los problemas sociales en América Latina y los derechos humanos. Ha grabado con artistas de la talla de Joan Manuel Serrat, Mercedes Sosa, León Gieco, Milton

Nascimento, el Cuarteto Zupay, Silvio Rodríguez, Pablo Milanés y Geo Meneses entre otros. Padeció la censura impuesta por la dictadura militar argentina iniciada en 1976. Su hermana, María Cristina Cournou, fue secuestrada junto a su esposo el 17 de junio de 1976. Heredia colabora estrechamente con organizaciones que denuncian los crímenes de la dictadura, tales como las Madres de Plaza de Mayo y las Abuelas de Plaza de Mayo y también con organizaciones de Pueblos Originarios. Obtuvo innumerables premios y publicó varios libros de su autoría.

Marcas.

"Y sin darme cuenta, creo, escribí la canción más hermosa de toda mi vida".

Ésta, es una de las frases que utiliza el cantaautor popular argentino al finalizar la explicación con la que presenta el origen de su canción. Se trata del comentario sobre una escena vivida en su infancia que lo llevó a escribir una de sus canciones más bellas "El viejo Matías". La escena, narrada por Víctor, no solo describe y explica el origen de su canción, sino que muestra (en lo más profundo de su contenido) uno de los rasgos de su personalidad que se comenzaría a tejer desde aquellos primeros momentos. Observaremos cómo ésta, y muchas otras experiencias vividas en su infancia, lo jalonarán hacia esa pulsión constante de escribir y cantar canciones de fuerte contenido social. Víctor, en cada show, se toma cinco minutos (preciados minutos) para contarle al público cómo fue que surgió esa hermosa poesía de las profundidades de su inconsciente, y relata lo siguiente[23]:

> "Recuerdo aquellos madrugones en Paso del Rey cuando mi viejo me pedía que lo acompañara hasta la estación. Mi casa quedaba a 7 cuadras y media y en aquella época no había asfalto, eran 7 cuadras de barro completas. En esos madrugones, mi viejo no quería llegar a su trabajo con los pantalones y zapatos embarrados, así

---

[23] Lo importante de este recuerdo es la consistencia de la explicación dada por Víctor al mostrarnos la lógica inconsciente que sigue un recuerdo convertido en marca: intensa vivencia repetida, olvido sano de la vivencia e irrupción súbita hacia la conciencia.

que me pedía que lo acompañara, se ponía unas botas larguísimas para cubrir los pantalones y yo iba al trotecito, al lado de él, con la cajita de zapatos, donde llevaba los zapatos lustrados del viejo. Cuando llegábamos, mi viejo se sacaba las botas yo le daba los zapatos, se tomaba el tren y se iba. Él caminaba junto a mí aquellas siete cuadras y media para mí inolvidables porque hablábamos de todo, de la familia, del fútbol, del futuro. Y ahí lo conocí, ahí conocí al hombre protagonista de esta canción. Cuando yo me volvía (sobre todo en esos días de frío y de lluvia), lo veía al viejo, tirado en uno de los bancos de madera. **En ese momento descubrí definitivamente** lo que significaba marginalidad, lo que significaba miseria, abandono, pobreza. **Pero yo era muy chico, y por suerte los chicos tenemos ese mecanismo maravilloso que nos libera de la pena, de la tristeza, y lo borré, o sea, borré aquellas imágenes definitivamente.**

Un día, cuando tenía veintiún años, quería componer una canción de amor para una novia que yo tenía en la capital. Estaba buscando en la guitarra la música y las palabras, y apareció de golpe aquello de "la lluvia y el viento eran dos hermanos", y digo, ¿adónde voy?, y nada, el milagro de la composición es impresionante, es imparable; así que apareció enterita (se emociona, se le quiebra la voz), y cuando la descubrí (la emoción interrumpe por un instante el relato mientras la gente aplaude) me di cuenta de que había escrito la mejor canción de toda mi vida." [24]

"El viejo Matías"

La lluvia y el viento eran dos hermanos
corriendo furiosos por el terraplén
y en un banco oscuro, mojado y mugriento,
él se acomodaba su uniforme gris.

[24] Anécdota de Víctor Heredia contada en sus recitales antes de cantar su canción "El viejo Matías".

El viejo Matías duerme en cualquier parte,
un fantasma errante le toca la piel,
pero cuando llueve sus despojos buscan
la estación de chapas de Paso del Rey.

Es cuco de niños y de no tan niños
su figura triste cruzando el andén,
porque nadie ha visto sus ojos cansados
la cruz del olvido temblando en sus pies.

A veces murmura cosas incoherentes,
habla de la guerra, imita al cañón,
y otras veces pone en sus ojos un niño
y acuna en sus brazos su bolso marrón.

Cuando llegan los trenes repletos de obreros
se pone contento, brilla su mirar,
Gorrión de la tarde, quiere hablar con todos,
y después se queda solo en el andén

Se queda mirando las vías vacías,
la luz que se pierde del tren que pasó,
y después se aleja murmurando cosas,
el viejo Matías, ogro del lugar.

La lluvia y el viento eran dos hermanos
corriendo furiosos por el terraplén
y en un banco oscuro, mojado y mugriento,
él se acomodaba su uniforma gris.

(*Víctor Heredia*)

En un reportaje realizado por Felipe Pigna, Víctor, comenta (al hacer referencia a cómo surge "El viejo Matías") que las canciones viscerales son las más valiosas para él, porque ni siquiera se las piensa, y expresa:

> "Una canción visceral es una canción que uno no se propone, que no piensa, por ejemplo: "Todavía cantamos", que me la dispara una frase de mi mamá frente a esta tragedia familiar que vivimos.

En una charla con mamá, en aquellos momentos tan difíciles, ella me dice: "todavía esperamos". Y me quedé pensando como que había que tener esperanza, me quede pensando eso: que con la poca expectativa que había, la entereza con la que las madres seguían esperando."[25]

El cantaautor, también confiesa (en relación a esta canción) que fue una de las pocas canciones que no corrigió y que respetó de esa manera, tal como se le manifestó en su mente: "No la quise tocar porque sentí que era muy verdadera, era un impacto en la memoria, era un recuerdo infantil muy fuerte, muy fuerte."[26]

Analicemos ahora la vivencia infantil que, al reaparecer, permite la creación poética, proponiendo sumergirnos en ella y en sus características sensibles. Podremos observar dos primeros aspectos:

1) *El escenario donde acontece la vivencia*: Las calles del barrio de Paso del Rey y la Estación de trenes.

   En nuestra adultez, siempre guardamos fuertes recuerdos de los lugares que nos vieron nacer y crecer, como si estos espacios, en sus relieves, extensiones y características, fueran parte de nuestro yo, como si estos se hubiesen fusionado a nosotros de una forma muy particular. La nostalgia del lugar que nos vio crecer tiene esa cosa mágica que despierta nuestra sensibilidad. Tal como si fuese una especie de segundo útero materno, nuestro barrio del pueblo en el que nacimos nos dio su cobijo, ya que fue el espacio donde, a través de los juegos, las aventuras y las travesuras, pudimos construirnos. ¿Quién no recuerda su lugar natal como un escenario viejo y agradable al cual uno siempre quiere volver? Más allá de cualquier situación vivida, este escenario tiene la particularidad de

---

[25] Extracto del reportaje realizado en "Qué fue de tu vida", programa emitido por la TV Pública, conducido por Felipe Pigna, extraído de https://www.youtube.com/watch?v=ybgDloLMD8g, consultado el 10 de Mayo de 2015.

[26] Ídem 21.

atraernos como lo hace un imán a un metal. Pertenecemos a él y él ha sido el soporte material donde nos formamos.

2) *Una escena que se desarrolla dentro de un escenario*: un niño y su padre caminando en las madrugadas, compartiendo juntos, una situación que se repite cada día en que la lluvia convierte las calles en barro.

   El niño Víctor acompaña a su padre hasta la estación y, al volver, observa curiosamente a un mendigo que se encuentra acostado en uno de los bancos de madera. Indudablemente, ese niño ya tenía una mirada sensible frente a la realidad que observaba en esa escena. ¿Qué fue lo que hizo que él observara esa situación con más detenimiento? ¿Qué sucedió para que ese niño se cautivara con esa imagen del viejo Matías tirado en el banco? Quizá no exista una explicación única para entender tal sensibilidad a la situación. Posiblemente, Víctor haya tenido la curiosidad típica que caracteriza a la infancia ante lo desconocido. También, es probable que el sentimiento sensible se haya fusionado y consolidado a través del tiempo, tornando al recuerdo más fuerte a medida que el niño se constituía como hombre.

   Muchos de los recuerdos que solemos tener de nuestro pasado se vuelven altamente influenciables y modelables por nuestro ser adulto. ¿Qué queremos decir con esto? Que cuando recordamos una situación infantil, lo hacemos con la mirada y la percepción que fuimos forjando a lo largo del tiempo, por lo tanto, todo recuerdo contendrá el afecto inicial de la vivencia, sumada a la percepción de la situación modificada por nuestro yo adulto. Éstas y otras respuestas, serían posibles de ser ensayadas. Pero, lo que sí sabemos, es que Víctor siempre amó a su padre quien era un hombre de bien, muy sufrido y muy trabajador; un hombre que despertaba muchas sensaciones de afecto en él. Teniendo en cuenta este aspecto, quizá, esas escenas vividas y repetidas de su infancia, despertaron sentimientos identificatorios de orden paterno. Siempre es posible que un niño reconozca en la vida las cosas que ha podido ver de sus padres, principalmente, aquello de contenido sensible.

Aún así, y más allá de cualquier explicación psicológica, lo digno a observar es que en el recuerdo de Víctor ya existía un niño que percibía la realidad de forma más sensible. La infancia, como cualquier otra etapa de la vida, se transita de mil diversas formas, por eso es que decimos que existen muchas infancias y no hablamos de una sola. La infancia de Víctor fue una etapa que lo vio construirse entre experiencias, afectos, y por sobre todo, cierta sensibilidad.

Hay muchos aspectos del recuerdo de Víctor que lo convierten en un relato que no puede pasar desapercibido a nuestra mirada. En este breve recuerdo, nos muestra cuestiones claves de la forma en que la mente de un niño llega a habitar una experiencia. Así es, las experiencias de la vida están ahí, listas para ser habitadas; y cada ser humano lo hará de manera diferente.

Víctor habla de un mecanismo maravilloso que poseen los niños que los libera de la pena, la tristeza, y que también permite el olvido de las imágenes. La mente de un niño puede disminuir la intensidad de los afectos sentidos ante una situación vivida debido a un mecanismo que Freud denominó "*represión*"; pero también sabemos que en ese período mágico, los niños suelen utilizar el juego para tramitar las tensiones que tienen lugar en su mente. A través del juego, los niños logran procesar toda la información que les llega del mundo, las cosas buenas y malas del mundo. Jugando, los niños enfrentan, desde lo imaginario del juego, toda la realidad que perciben.

Decíamos que nuestra mente se defiende de los efectos de los estímulos externos e internos a través del mecanismo de la represión. La represión es la herramienta que nuestro psiquismo utiliza para protegerse y mantener en equilibrio al yo de las sobrecargas de afecto y tensión interna (energía psíquica). Así es, nuestra mente desea mantener una cierta estabilidad para sentirse segura, y para ello, reprimirá los contenidos que ponen en riesgo su integridad; ese es su modo de operar. ¿Pero qué sucede con el material reprimido? Lo que es reprimido de la consciencia pasa a formar parte de lo inconsciente, y ese material quedará a la espera para salir a la luz nuevamente, en situaciones futuras.

Ya hemos visto las diferentes formas en que los retornos del pasado pueden manifestarse: en forma de recuerdo sano, a través de nuestros comportamientos actuales o desde una expresión sintomática. En el recuerdo de Víctor, vemos cómo opera esta primera forma de retorno de la vivencia, pero, a nuestro modo de ver, actúa con una carga extra, que la convierte en recuerdo sensible y de intensidad diversa a la de cualquier otro tipo de recuerdo. Sale a la luz inesperadamente, conmueve, inquieta, y produce una explosión de sentimientos en los cuales, el cantaautor se sumerge para descubrir la importancia de esa emoción. *La vivencia ha marcado profundamente y resurge a la superficie de la consciencia, para construir una hermosa poesía.*

La importancia de este recuerdo se debe a su aparición súbita, pues aparece en el momento de escribir una canción. El deseo por escribir motiva y abre la compuerta de la memoria, dejando salir a la luz un recuerdo reprimido que, al hacerse consciente, reafirma la esencia más pura de una marca de la infancia. La represión sobre la vivencia cede, y permite que reaparezca en la consciencia del joven escritor, que desea escribir una canción de amor. El cantaautor, a través de ese acto de rememoración, redescubre lo que significa la marginalidad y la soledad. *El Víctor niño y el Víctor adulto se encuentran en lo más profundo del afecto de ese recuerdo, para crear una canción hermosa, de alto contenido social.* La poética de la canción tratará de redimir al viejo Matías de la desolación, de la marginalidad, del sufrimiento y de la soledad. La poética, logrará que se produzca el encuentro entre el niño que presenció y el adulto que ya comprende muchas cosas de la vida, para, entre los dos, poder aclarar esos afectos sentidos en el ayer y el hoy, y construir juntos una canción.

> "La poesía no es simplemente lo que una cadena de palabras describe, ni siquiera lo que ellas evocan, ni lo que afirman; por debajo del verso y de su significado, prevalece el silencio que es un pensamiento oculto, secreto, aflorado desde sus raíces hundidas en el sueño. Únicamente los poetas pueden mostrarnos las fuerzas ocultas de esa vida espiritual. La contemplación poética es sincera y profunda. La imaginación no es la facultad de formar imáge-

nes sino, por el contrario, es la facultad de poder liberarnos de las imágenes primeras suministradas por nuestra percepción, por el discurso heredado (instituido): la imaginación es la facultad de cambiar las imágenes. Hacer cumplir la ley misma de la expresión poética, es lograr rebasar el pensamiento humano, es unir su dinamismo psíquico y su reflexión filosófica en una imagen poética."[27]

Las letras de las canciones de Víctor son poesías con alto contenido humano. Momentos grabados de un pasado que vuelve. Relatos de vivencias, sentimientos y experiencias intensas y llenas de acontecimientos, que han dejado una huella que marca los caminos de su vida.

Otra de las canciones que muestran estos contenidos sensibles es "La guitarra":

"La guitarra"

Si guardo un recuerdo que nunca me dejará
es éste que mi alma a veces suele cantar.
Tenía diez años y un mundo por conquistar,
la luna y mi barrio, humilde y lejos del mar.

Mi padre tenía las marcas de su niñez
grabadas a fuego como un tatuaje en la piel.
Ni besos, ni abrazos, tan duro como un cincel,
subido a su andamio de noble testarudez.

Un día de aquellos de lluvia en Paso del Rey
me trajo en sus brazos, envuelta con un papel,
sonora madera, misteriosa y ancestral.
¡Guitarra, guitarra! Mi padre me ha vuelto a amar.

Les cuento que nunca jamás me pude olvidar,
su voz de tabaco cantó por única vez

---

[27] Marcelo Rocha, del prólogo del libro de poemas "Sentires" de Hugo Perilli, Editorial Laborde, Rosario, 2013.

y toda la casa destilaba arena y sal,
los pinos y el campo susurraban como el mar.

Este recuerdo sencillo se los quería contar
porque a veces, cuando llueve, oigo a mi padre cantar.

(*Víctor Heredia*)

Es increíblemente asombroso que el niño Víctor haya podido leer e interpretar, lo que a muchos hombres le lleva casi una vida entera descubrir. No deja de sorprenderme la magía de un poeta que logra traducir en un verso, un concepto que explica la esencia más pura del ser humano.

Víctor, en este recuerdo (también convertido en canción), cuenta cómo descubre la imagen inconsciente del cuerpo de su propio padre. Él observa, desde muy pequeño, las marcas de la vida de su padre, "grabadas a fuego", dice él, en su rostro. Ésta, es una gran expresión. Víctor, en ese recuerdo, puede leer y resignificar, desde esa mirada de niño atento[28] puesta en las líneas que contornean el rostro de su padre, su historia, su pasado infantil y lo difícil de esa vida, y dice: "Mi padre tenía las marcas de su niñez, grabadas a fuego como un tatuaje en la piel."

Pero ¿qué es la imagen inconsciente del cuerpo? No es más que una huella imborrable, creada por las impresiones más fuertes y conmovedoras vividas en nuestra infancia. Así es, todas las personas llevan consigo esta imagen, que es una especie de código íntimo que define nuestros gestos y las posturas que contornean nuestro rostro. Esta imagen, tan importante, se forma en nuestra primera infancia, en las relaciones más tempranas e intensas, vividas y sentidas. La psicoanalista Francoise Dolto, decía que la imagen inconsciente del cuerpo comienza a formarse desde la gestación intrauterina y en nuestra primera infancia, y que está creada por las dife-

[28] Esa mirada de niño atenta es una mirada particular, una mirada sensible que traspasa la lógica real que se vive en ese instante, es una mirada que puede ver más allá de la imagen real y se transporta, a través de su propia imaginación, en lo que su propio padre pudo haber vivido, sentido y experimentado. Esta mirada no se aprende y solo se crea en el encuentro sensible que otorga la experiencia vivida en la experiencia infantil.

rentes sensaciones, olfativas, auditivas y visuales que experimenta el bebé y el niño.

Teniendo en cuenta este concepto, podríamos afirmar que una imagen transmite mucho más que mil palabras. Es común escuchar de aquellas personas que pertenecen a otras generaciones la frase: "mi papá me miraba y con eso me decía todo. Con solo mirarnos entendíamos y ya sabíamos lo que teníamos que hacer". En otras épocas, la mirada y el gesto reflejaban muy bien lo que un padre era, eso solo podía mostrar su esencia. Esto es lo que se ha perdido en nuestras sociedades contemporáneas, puesto que la imagen ya no basta para que un padre sea respetado. También sabemos que muchas de estas imágenes solían pertenecer a posturas autoritarias que entendemos cuánto daño han producido en la subjetividad de muchas personas; pero otras, como la del padre de Víctor, han transmitido y transmiten la vida, aprendizajes y afecto. Ésta, será la mejor forma en la que un padre pueda transmitirle a su hijo algo del orden de lo sensible de la vida; pero ese don no se transmite de forma directa, se experimenta, se vive y se siente, en una experiencia única e inigualable, que se construye a través de las escenas compartidas.

Los aprendizajes más significativos que los niños reciben en sus vidas no tienen que ver únicamente con los hábitos o transmisiones de orden educativo, sino con aquellos que están ligados a las entregas sensibles y afectivas, que se producen en las vivencias compartidas junto a sus seres queridos. Generalmente, un padre no sabe muy bien cuándo está transmitiendo algo importante en el mismo instante en que eso sucede. Lo más común es que pueda darse cuenta de ello en el momento en que vea reflejada esa transmisión en las acciones o formas de ser de su hijo. Estas cosas no suceden de forma planificada; no es posible planear lo que uno desea que su hijo haga o sea en la vida. Los padres solo debemos acompañar y donar nuestros saberes, para que nuestros hijos puedan tomarlos en sus propios tiempos.

Una de las mayores dificultades que tienen los padres hoy es poder educar a sus hijos, y a su vez, lograr que éstos no pierdan la confianza en sí mismos. Un hijo podrá ser en tanto un padre o una madre le transmitan la certeza de que creen en él, solo eso afirmará su amor propio y le permitirá

ser alguien en la vida. Esto es lo que observamos en esa canción de Víctor, un gracias de un hijo a un padre por haberle transmitido, a través de su imagen y ejemplo, la vida misma.

En este escrito, publicado en su Facebook oficial, Víctor comenta algo que nos permitirá entender cómo se juega el orden del don de un padre hacia un hijo.

> "Ayer leyendo un comentario que hizo un amigo sobre su infancia, muy dura por cierto, caí en la cuenta que suelo encontrar coincidencias entre la mía y la de muchos de mi generación. Pensé en esos padres ausentes, trabajadores endurecidos por la responsabilidad de sus tareas, tratando de sostener con su esfuerzo lo que nuestras economías desbarataban de un plumazo y, sin embargo, capaces de proveernos de esperanza con un mínimo gesto de ternura y me acordé del mío. Fue mi padre el que puso una guitarra en mis manos y creo que desde ese día canto desde y para él." (Víctor Heredia)[29]

Quería dejar para el final uno de los temas más difíciles y trágicos que nuestro país ha sufrido, y que el mismo Víctor ha padecido con la desaparición de su hermana. Un fantasma que llenó de muerte y terror a nuestra Argentina, afectando a muchísimas personas y a sus familias.

Existen canciones de Heredia que muestran claramente la forma en que el dolor se convierte en poesía para disminuir su intensidad. Aunque esta no cure su más profundo sentimiento, sabemos que puede aliviar la conmoción desenfrenada que un hecho traumático o doloroso produce. El mecanismo sublimatorio se pone en marcha, el dolor se desintensifica y se vuelve tolerable. La repetición constante de ese recuerdo convertido en canción, permitirá tramitar el profundo sentimiento de desgarro que la situación dolorosa produjo.

La terrible y trágica época negra vivida en nuestro país, dejó su marca imborrable en Víctor; una de las marcas más difíciles de tramitar para

---

29 Víctor Heredia. Publicado en su Facebook oficial el 23 de Noviembre de 2014.

cualquier persona. La mano impiadosa, perversa e inhumana de la dictadura militar le quita a su hermana. Después de un tiempo y, seguramente, con la imperiosa necesidad de redimir los fantasmas que atormentan su mente, le da vida a esta canción.

"Mandarinas"

Recuerdo cuando niño robaba mandarinas
redondeces de oro, que una dulce vecina
cuidaba de mis garras, mis garras asesinas
como quien cuida el tiempo, que no arruine la vida
Yo esquivaba en la siesta la leve ligustrina
sobornando a su perro con sobras de cocina
y entraba al terrenito de Doña Catalina
que dormía su sueño tras pesadas cortinas
Alzaba mi tesoro y escalaba la encina
después, con un silbido le avisaba a Cristina
y comíamos juntos y ella a veces reía
con risa transparente y fulgor de aguamarina
silbo de vez en cuando para ver qué sucede
aunque hace tantos años que talaron la encina
y aunque no me lo crean a veces siento risas
y un perfume en el aire
como de mandarinas

(*Víctor Heredia*)

Nuevamente, aparece un recuerdo infantil en la poesía que intenta sublimar el dolor. El duelo es un estado afectivo que expresa la forma particular que tenemos los seres humanos de encontrarnos y posicionarnos ante una pérdida. Freud decía que el duelo es un estado normal que las personas expresan ante la pérdida de un ser querido o de algo que haga sus veces, la Patria, un ideal, etc. El estado de dolor extremo, por el que pasa una persona en el momento del duelo, es la expresión de una mezcla de sensaciones de vaciamiento del yo y tetanización de un recuerdo; es la

manifestación en su máxima expresión de una defensa del yo frente a una situación de pérdida.

Juan David Nasio nos dice que el dolor es la última muralla contra la locura, y que éste solo se expresa cuando hay un fondo de amor. Difícilmente nos encontraremos de duelo por algo que no hallamos amado en primera instancia. En realidad, dice Nasio, el dolor no es dolor por la pérdida, sino por el caos de las pulsiones enloquecidas. Nuestro yo en estado de equilibrio[30] experimenta, luego de la perdida, una fuerte conmoción, un enloquecimiento de las energías psíquicas pulsionales, y debido a ello, entrará en un estado particular, a través del cual, intentará compensarse.

Pensemos por un instante que nuestro yo fuese como un panal de abejas, y las abejas que lo ocupan serían nuestras pulsiones que habitan en su interior. Al producirse una ruptura ante un hecho traumático su superficie se agujereará, causando la inminencia de un enloquecimiento descontrolado de las abejas que comenzarán sus vuelos, conmocionadas, ante el efecto aspirante de ese orificio. Hasta que dicho agujero no se selle, la colmena (nuestro psiquismo) no recobrará su estabilidad. Todo este proceso que va desde la ruptura y conmoción hasta la vuelta a la estabilidad, será cuestión de tiempo.

Existen diferentes instancias que se deben transitar para poder elaborar un duelo. Estos momentos, que denominamos "tiempos del duelo", se dividen en cuatro. En una primera instancia la persona que pierde a un ser querido reniega de la pérdida (momento de renegación), no quiere ni puede creer lo que le ha pasado, le cuesta conciliarse con esa falta y no querrá aceptarla. El segundo momento está marcado por el examen de realidad, esta es una etapa en donde la persona ha podido entender que su ser querido ya no está y necesitará de un tiempo prudente para despedirlo,

---

30 Nuestro psiquismo busca funcionar siempre de manera estable, ante la amenaza de las pulsiones internas o externas, éste tratará de protegerse para sostener su integridad. Este mecanismo es denominado por Freud como principio del placer. Se trata de un principio económico, a través del cual, nuestro yo, no solo se defiende de los estímulos externos peligrosos, sino que también, debe hacerlo de las sobrecargas internas de tensión. El displacer se encuentra ligado a las sobrecargas de tensión, y por tal motivo, el yo intentará disminuir esas intensidades.

a través de los exámenes que la vida diaria le impondrá; la persona deberá despedir parte por parte, recuerdo tras recuerdo, a quien ha partido. Pasado ese tiempo, quien esté de duelo, irá recobrando lentamente su estabilidad emocional. Pero no todo termina ahí, sobrevendrá, –inevitablemente–, una nueva etapa para consumar definitivamente la pérdida, una necesidad de "consumar el duelo por segunda vez". Cuando todo parece mostrarnos que la persona se ha recuperado de la pérdida, cuando estén dados los indicios reales que nos hagan interpretar la aceptación de lo que ya no está, aparecerán recaídas, y todo parecerá volver atrás. Esta instancia, lógica y necesaria, permite a la persona reelaborar nuevamente el duelo, enfrentarlo por segunda vez, para poder consumarlo definitivamente. Para llegar a la etapa final del "reposicionamiento subjetivo", que es la última etapa del duelo, donde la persona podrá posicionarse desde otro lugar ante su pérdida, necesariamente deberá atravesar estas etapas. Elaborar un duelo no significa que el ser querido será olvidado definitivamente, implica que la persona pueda restituirse subjetivamente ante esa pérdida y aceptarla, para poder continuar con su vida.

Hace poco tiempo recibí en mi consultorio a un niño de doce años, su madre pidió verme luego de haber consultado al Dermatólogo por un problema de caída del pelo en la zona de la nuca de su hijo; éste le diagnosticó alopecia e inmediatamente, luego de ver los resultados de unos análisis clínicos de rutina para comprobar las causas, lo derivó a mí. Cuando esta madre me llama le dije que me iba a tomar un primer tiempo de la consulta para hablar con el niño y luego hablaría con ella (suelo hacer esto en determinadas consultas). Recibí a Juan en el primer turno que di ese día, ya que creí que me encontraría con cuestiones fuertes que debería poder escuchar con más tiempo. Al bajar para buscar a Juan a la sala de espera me encontré con un niño con sus ojos tapados por un largo flequillo y al acompañarlo a mi consultorio lo observé con un lento y pesado caminar y una postura corporal un tanto encorvada, como quien lleva un gran peso en sus hombros. Creo que nuestro primer contacto visual, el saludo afectuoso que le propuse (diferente a lo que seguramente él se imaginaba encontrar), y la breve charla en el trayecto a mi consultorio, sirvieron para que Juan, ni bien se sentara y yo cerrara la puerta, rompiera en llanto.

Un llanto que enseguida entendí como un dolor necesario de ser drenado, cuanto antes. Como puede observarse, mi relación con Juan empezó mucho antes de que él ingresara a mi consultorio, porque un psicoanalista (tal como lo plantea J. D. Nasio), no solamente debe saber escuchar sino que también y, por sobre todo, debe saber mirar. Lo que yo observé, desde el primer instante en que vi a Juan, fue un cuerpo tomado y afectado por un gran dolor psíquico, y por ello, me dispuse a recibirlo de forma más cálida para lograr cuanto antes, eso que los analistas ansiamos tanto que se produzca en la situación terapéutica: una buena relación transferencial.

Les contaba que, una vez dentro de mi consultorio, Juan estalló en llanto y comenzó a contarme todo lo que lo martirizaba. A lo largo de su relato pudimos ir viendo, entre él y yo, todas las causas por las cuales su mente terminó convirtiendo un estado afectivo de dolor en un estado somático de caída del pelo. Fue así que él pudo contarme y desahogar, en esa primera sesión, los múltiples duelos que desde muy pequeño tuvo que transitar: un cambio de residencia a sus siete años; la muerte de su tío más querido y de su abuelo; las complicaciones de una familia ensamblada; la pérdida de su mascota más querida; y lo que lo llevó a su estado actual, la partida de una de sus hermanas más queridas al extranjero. Me encontraba de lleno ante un trabajo de duelo, y sabía, además, que podría tratarse de algunas de sus dos expresiones. Existen dos formas de duelo, el duelo normal y el duelo patológico. La primera es aquella donde la persona logra resolver su pérdida en un tiempo acorde, no tan prolongado, transitando para ello todos los momentos antes enunciados. La segunda forma se da cuando algunos de esos tiempos se detienen y se eternizan, prolongándose demasiado, dando lugar a estados depresivos y posibles somatizaciones. Luego de esa primera entrevista supe que ambos, indefectiblemente, tendríamos que predisponernos a transitar el camino doloroso del duelo pero, en este caso, de un duelo que se estaba convirtiendo en patológico. Lo que también sabía muy bien, era que los niños tienen una capacidad asombrosa para resolver, más rápidamente, estos estados psíquicos, dada su plasticidad.

Otras complejidades en los duelos se presentan cuando aquello que se perdió no está materialmente para ser despedido. Estos casos los podemos

encontrar en lo que le sucedió a los miles de familiares de las personas desaparecidas bajo la Dictadura Militar. El duelo, en esas situaciones, se torna complejo. Cuando no se pueden despedir los restos de la persona perdida se vuelve más difícil tal tramitación, ya que esa es una instancia importante (debido a la necesidad humana de entender y dar significado a la ausencia) para afrontar dicha realidad. Lo incomprensible de los efectos de los actos de tal bestialidad humana causada por esa época nefasta, ahogaron a muchos seres en un gran dolor de vivir. Esa será una Marca que nuestro país llevará consigo a lo largo de la historia, Marca que nunca deberemos olvidar para que "Nunca Más" pase.

Durante el proceso de escritura de este libro un día leí una noticia triste, esa noticia que los hijos nunca deseamos escuchar pero que, sin duda, alguna vez pasará. El miércoles 18 de marzo Víctor publica en su Facebook oficial un poema que anuncia el fallecimiento de su madre. Su madre había partido el 17 de marzo de 2015 y la poesía, otra vez, viene en auxilio, como forma para tramitar el dolor, para intentar consolar y calmar a ese hombre-niño tomado por la pérdida. Nuevamente las marcas de la infancia salen a la superficie de la consciencia, para buscar y encontrarse con algo que le dé sentido a aquello para lo cual nadie es preparado. Víctor escribe:

"Princesa"

Estos últimos días recordé, recordamos...
Y siempre estaba allí tu mano, aferrando la mía.
Hasta ayer que la vida decidió que era tiempo
de soltarnos, princesa.
Que este niño asustado en medio de la calle,
huérfano de tu leche, de humildes cascarillas,
de radio y pan casero reclame tu sonrisa.
Ahora sí que están lejos todas mis lejanías,
ahora sí que se hizo de noche en pleno día.
Ahora sí que el pasado es una piedra enorme
que inunda mis pulmones y respira su infame
canción de muerto en vida.

Calesitas de lata, aviones de madera,
soldaditos de plomo, cochecitos a cuerda
que se ponen en marcha detrás de un barrilete
que esparce tu ceniza sobre un cielo que dice
que nunca te pudimos devolver a Cristina.
Pero algo nace ahora, de pronto, madrecita,
porque antes si añoraba, si te necesitaba
te sabía en tu sitio, tu jardín, nuestra casa, el cielo
donde siempre tejías esperanzas.
Hoy sentí que tus alas cobijarán mi mundo,
que decidiste hacerte picaflor, mariposa,
esa brisa que mece, asintiendo, al aromo,
los álamos, los árboles que amabas,
que con sus manos verdes nos regaló Marisa.
Que vas a protegernos a todos, princesita.

Ojalá me lo crea porque nunca, te juro, me había
sentido así, tan inerme,
tan solo[31]

(*Víctor Heredia*)

Evidentemente, Víctor, *vive sanamente y en comunión con sus recuerdos, vive con sus marcas. Algunas de ellas las lleva guardadas en su mente, y otras, permanecen impregnadas en los contornos que han dibujado las arrugas del tiempo en su rostro, grabadas a fuego –al igual que su padre–, como un tatuaje en la piel. Indudablemente, Víctor ha aprendido a vivir con sus marcas, las respeta, las cuida, las escucha, no las desconoce y camina junto a ellas, para seguir entendiendo el camino de su vida...*

[31] Poema publicado por Víctor Heredia en su Facebook oficial el 18 de Marzo de 2015, https://www.facebook.com/pages/Marcelo-Rocha/1422634531343027?ref=hl#!/victorheredia.oficial

Sobre un recuerdo muy fecundo

El 29 de Noviembre de 2012, en la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Buenos Aires (UBA), Argentina, se le concedió la mención más importante que una casa de altos estudios puede otorgarle a un profesional al Dr. Juan David Nasio. En el marco del IV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología, Nasio, recibió el Honoris Causa antes de dictar su conferencia: "El inconsciente es la repetición". Todos los que apreciamos a este gran psicoanalista sabemos que él sintió un enorme orgullo al recibir ese galardón, porque éste le fue entregado debido a su extensa e importante obra, por lo tanto, esa distinción fue por su trayectoria.

En el marco de un gran escenario compuesto por miles de asistentes, familiares, amigos y colegas, Juan David Nasio pronunció uno de sus discursos más conmovedores como muestra de agradecimiento a tal reconocimiento. Fue un relato extremadamente sensible que hablaba de un presente pero, a su vez, desde la alegría recuperada de un pasado que se traslucía en ese acto. Seguramente, no fue solo el Dr. Nasio quien habló en ese acto, también lo hizo aquel joven niño que alguna vez soñó un momento similar al que estaba viviendo en ese agasajo.

Este es un extracto de lo que fue su discurso de agradecimiento:

Palabras de agradecimiento

Juan David Nasio

Señora Decana de la Facultad de Psicología, Nélida Cerbone,
Estimado Profesor Adrián Grassi,
Estimados Profesores, colegas y alumnos;
Y todos ustedes, amigos míos:

"Ante todo, quisiera decirles lo que siento en este instante: una inmensa emoción unida a una impresión de vértigo donde me vuelven una miríada de imágenes de mi infancia y de mi juventud. Todo mi pasado aflora en un torbellino febril de sensaciones, de gestos y de colores.

Me encontré en este mismo estado de memoria sensible cuando, al preparar este discurso, me apareció súbitamente una escena de mi infancia; más exactamente, tuve el recuerdo de una sensación: el movimiento de mi mano escribiendo sobre una tela blanca.

Ocurrió en el verano de mis once años cuando, después de un primer año difícil del Colegio Secundario, preparaba mis exámenes de diciembre. Les pido que imaginen un vasto salón en el silencio de una casa vacía –mi hermano y mi hermana estaban de vacaciones–.Yo estudiaba entonces en esa gran sala, horas y horas, respetando rigurosamente un horario muy severo establecido por mi madre con mucha ternura, aunque también con mucha firmeza.

El salón, inundado de luz, era blanco, de una blancura deslumbrante acentuada por el resplandor de amplias sábanas que cubrían, como cada verano, muebles, sillones y almohadones apilados. Así, alrededor de mi mesa de trabajo se desplegaba un paisaje inmaculado de colinas y de valles que creaba una silenciosa atmósfera de soledad.

Una mañana, casi al alba, en el momento de la primera pausa soñadora que me era permitida, me encuentro parado delante de una de esas soberbias colinas de algodón blanco, tomo mi lapicera y, sin pensarlo, trazo de un solo gesto una curva ascendente puntuada por tres marcas. Retorno luego a mi mesa y olvido el dibujo.

Más tarde, en la misma mañana, mi madre descubre enojada mis inocentes graffitis:

- ¡Vení acá! ¿Qué significan esos garabatos sobre mis sábanas? exclama enojada.

Es entonces que, espontáneamente, le respondo:

-¡Eeeh… es la línea de mi vida!

-¿Qué? ¿Cómo es eso?- me pregunta.

-Bueno, en la primera marca terminaré el Liceo; en la segunda, seré médico; y en la tercera, la de más arriba –son estas palabras de un niño– en la tercera ¡recibiré el Premio Nobel de Medicina!

> Por supuesto, no obtendré nunca ese premio y, sin embargo, esta tarde, en esta querida Facultad de Psicología, rodeado de mi familia, de mis amigos y de todos ustedes, profesores, colegas y estudiantes, honrado por esta distinción, siento que acabo de realizar ese sueño de niño… y que ahora tendré que soñar otros sueños, encontrar otras sábanas blancas, otros desafíos, para prolongar la curva de mis ambiciones infantiles.
>
> Señora Decana, Nélida Cervone, Profesor Grassi, yo les agradezco y agradezco a los miembros del Consejo de la Facultad de Psicología, a los profesores que han sostenido mi candidatura, a los Consejeros Estudiantiles y, también, a los miembros del honorable Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires, a todos les agradezco que hayan decidido otorgarme este inmenso título.
>
> Esta distinción, que nunca imaginé y a la cual yo no hubiera osado pretender, adquiere mucho más valor cuando me doy cuenta de que, al reconocerme, recompensa a todos aquellos que han sabido despertar en mí lo mejor de mí mismo.
>
> Nacemos uno, pero a lo largo de los años, devenimos muchos. Seguramente, los honores distinguen al hombre, pero valorizan sobre todo a los otros, a todos los otros que le han permitido ser lo que es.
>
> Precisamente, entre los otros que me constituyen considero antes que nada a mi tierra natal, a mi lengua materna y a mis maestros Argentinos…"[32]

Pocas veces he escuchado un discurso de agradecimiento tan fuerte, vivo e intenso en cuanto a la sensibilidad afectiva que de él emana. Cabe agregar, que durante esas palabras expresadas, el Dr. Nasio se vio obli-

---

[32] Discurso realizado por Juan David Nasio en agradecimiento por la distinción recibida como Honoris Causa por parte de la Facultad de Psicología (UBA) En el marco del IV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. Publicado en: Revista "Generaciones", Sección entrega a Juan David Nasio del diploma Dr. Honoris causa, volumen 2, Dirigida por Adrián Grassi, Eudeba, Bs. As, 2013.

gado a interrumpir durante varios breves momentos. Evidentemente, no eran cualquier tipo de momentos. Sus quiebres en la voz se produjeron en esos instantes en que el Dr. se conectaba súbitamente con el recuerdo y las sensaciones de aquel niño de antaño.

En este bello y emotivo discurso, Nasio, confirma su hipótesis de que "el inconsciente es la repetición", explicando, desde su propia experiencia, una de las formas en que la rememoración se expresa, a través de los actos o acciones actuales. Así es, ese gesto inocente de niño, aparece en su más tierna edad, sucumbe al destino de la represión para ser olvidado y reaparece súbitamente ante el acto de la escritura. El significante se repite, resurgiendo abruptamente del inconsciente, para dar letra a este Doctor que, emocionado, se disponía a escribir su discurso de agradecimiento. Esa distinción, evidentemente, despertaría al niño de aquella sala de estudios. Maravilloso ejemplo de ese toque sensible entre el ayer y el hoy.

Así es, el Dr. Nasio y el niño Juan David se tocan en ese acto sensible. En ese punto de la escritura que nace como forma del rencuentro, de la repetición en acto de un afecto que conmueve a ambos. Los tres puntos ya están realizados, las tres marcas se han cumplido, una paz interior reposa sobre el ya hombre de ciencia. Pero inmediatamente, vuelve a resurgir la pasión por seguir imaginando y escribiendo otros puntos de llegada en aquel graffiti de su infancia, para seguir manteniendo intacta su pulsión de *hacer* para *ser* en la vida.

Juan David Nasio es, hoy en día, uno de los psicoanalistas más destacados del mundo y un excelente transmisor de la teoría psicoanalítica. Realizó sus estudios de Medicina en la Universidad de Buenos Aires y efectuó su residencia de especialización en Psiquiatría en el servicio dirigido por el Dr. Mauricio Goldenberg, en el Hospital "Evita" de Lanús. En 1969 se trasladó a Francia, donde entró en contacto con Jaques Lacan y asistió a sus seminarios. A pedido de él realizó la traducción al español de los *Escritos*. En mayo de 1979, Lacan lo invitó a intervenir en su seminario. Ha publicado numerosos libros para contribuir a la transmisión de la obra psicoanalítica.

Las marcas de mi padre

Por último, he dejado para este apartado una de las marcas más lindas por mí descubiertas recientemente, de un hombre que admiro de igual forma que los que he presentado hasta aquí. Se trata de un hombre particular, de un hombre que ha logrado tener mi respeto desde mi infancia hasta el día de hoy, y desde el cual, he constituido gran parte de lo que soy: mi padre.

Fue así, a través del siguiente relato que les compartiré, que al fin conocí el porqué de la mirada sensible y a veces nostálgica de mi padre, y en ella me terminé de reconocer.

Atardecía en mi ciudad natal, los dos estábamos sentados, tomando mate en la vereda de la casa del barrio donde me crié y construí mi infancia, debajo del mismo árbol que me vio crecer. Se había creado una escena sensible y agradable, entre un padre y un hijo que se fue en búsqueda de otro futuro hace mucho tiempo y que cada tanto vuelve para rencontrarse con los afectos de su pasado.

De alguna forma, en aquel momento, rompí el silencio que había aprendido a guardar sobre aquellas cosas que nunca le preguntaba a mi padre. Mientras él me cebaba un mate, simplemente, y juntando un poquito de valor le pregunté: "Che, viejo, vos ¿Qué recuerdo más fuerte tenés de tu infancia? ¿Qué es lo que más te quedó marcado de tu infancia? Pero no me cuentes los que ya conozco, de tus aventuras y desventuras en el campo, la pobreza y lo difícil que era todo. Quiero saber cuál es el más fuerte, el más significativo para vos". Fue así, como el silencio se adueñó del espacio que nos envolvía y sus ojos comenzaron a cristalizarse como un vidrio tras el golpe de una roca. En ese estado afectivo me contó:

> "Hay algo que me acuerdo de mi infancia que me quedó muy grabado. Me acuerdo cuando acompañábamos a mi finada madre al puerto de Victoria (Entre Ríos) para esperar a mi padre que venía en la balsa. Siempre nos llevaba a mí y a mi hermano mellizo, y recuerdo que esperábamos horas y horas hasta que él llegara. Es

increíble pero me acuerdo todo como si fuera que hubiese pasado hoy, pero no se porqué, no entiendo, porqué nunca puedo ni pude acordarme de la cara de mi papá. No la recuerdo…"

Mi abuelo falleció cuando mi padre tenía tan solo 6 años y él nunca tuvo una foto ni alguna imagen que le recordase su figura. Por ello, ese día entendí, que mi padre llevaba una marca de su infancia, una muy particular, impregnada en su mirada: desde su interior supuraba una especie de herida, una herida cargada de nostalgia, de aquel niño que nunca podrá rencontrarse con el rostro de su padre. Entendí, entonces, que la mirada profunda, lejana, vidriosa y sensible de mi padre es la mirada de aquel niño que aún sigue buscando algo a lo lejos, que trata de ver a su padre, al rostro de su padre, que seguramente –como todo padre que vuelve– lo habrá hecho con alegría y congojo al ver a sus hijos y a su mujer esperándolo en ese puerto de Victoria.

Siempre supe que había algo importante en la mirada de mi padre que debía recuperar, y nunca me arrepentiré de ése, mi heroico accionar. A pesar de saber que mi pregunta le produjo una terrible nostalgia, que le costó un rato de silencio, mezclado con un nudo en la garganta, hoy sé muy bien que un fantasma errante dejó de peregrinar entre nosotros, para convertirse en una presencia llena y cargada de sentido. He vuelto a conocer a mi viejo.

Extractos de historias de marcas de la infancia

Mi hermana me contó una vez que había descubierto la razón por la cual le costaba dar besos a las personas. Desde muy pequeña, recuerda la fuerte sensación de desagrado que en ella despertó, el tener que saludar siempre a una señora bigotuda (así lo expresó mi hermana) que cada vez que le pedían mis padres que le diera un beso la pinchaba...

....

"Me viene a la mente un recuerdo de mi infancia cuando iba a la Fábrica (yo iba porque quería ayudar) y ellos me decían que vaya para atrás y que me quede quieta y callada" (...) "Veo a esa nenita y me da lástima, pero a mí me gusta esa nenita, sé que los sentimientos que ella tenía eran buenos. Era inquieta pero nunca le haría mal a otro, era buena, esa es mi esencia" (...) "A lo mejor no la vieron a ésa y vieron otras cosas, entonces,
ella se fue como escondiendo, esa parte buena se fue escondiendo, hasta que salió a flote el lado negativo."
Interpretación: "Te ves a vos misma como te han visto ellos, la mirada de ellos se metió en la tuya, sus miradas te han marcado."

....

"Yo era chica y le resté importancia a eso que pasó, pero hoy me doy cuenta, que eso fue como esas cosas que te duelen tanto, que en el momento no te duelen, pero después pasan años y te seguís acordando..."

....

Mi amigo y poeta Mariano Carreras me contó tres de sus más gratos recuerdos:

1- Recuerdo que de chico me gustaba que me contaran cuentos y mi mamá solía leernos. Pero la historia que tengo bien presente es la que me contaba mi abuela materna. Siempre me contaba la misma: la liebre y la tortuga. Es esa historia donde la tortuga logra lo insospechado, vencer a

la liebre. Lo hace por perseverante y beneficiándose de la arrogancia de la liebre.

Creo que es una historia que me ha marcado y que me hizo valorar el esfuerzo.

2 - Otra cosa que siempre tengo presente es que mi vieja me remarcaba que lo importante era lo que uno es como persona y no por lo que tiene. Cuando me hice adolescente se reían, con mi viejo, y planteaban que se les fue la mano porque yo era muy "croto" para vestirme. Es decir, poco interesado en la ropa y en las apariencias.

3 - Otra cosa que tengo muy presente y que mi viejo me repitió hasta el cansancio es: "nadie es más que nadie, pero tampoco es menos". Y eso lo sostuvo con el ejemplo. De hecho, en muchas de las cosas que hice de pibe, correr en bici, jugar al básquet, siempre arranque siendo muy malo y luego, con esfuerzo, logré mejorar. En la bici llegué a estar entre los mejores cinco de mi categoría y en básquet jugué en una selección de la liga que salió sub campeona de la Provincia. Ahí, compartí equipo con Walter Hermann, integrante de la generación dorada.

....

De regreso de un Congreso de Educación con varios colegas disertantes, en el marco de lo que ya se había transformado en una especia de charla de café, Graciela me contó:

"Me encantaba escuchar a mi amiga tocar el piano, me sentaba en el piso, al lado del piano, con la oreja izquierda apoyada en la pared del costado, allí no se escuchaba mejor la melodía...por supuesto que no... pero yo percibía toda la intensidad de la vibración de cada nota, el olor a madera, esa sensación tan inexplicable que me conectaba con ella en algo que las dos compartíamos, a pesar de tener sólo once años de vida... habíamos perdido a nuestros padres de manera muy abrupta y ambas presenciamos ese momento fatal. Eso nos hermanó de una manera especial. Ella me dijo el día en que le faltó su papá: estamos iguales y me abrazó, yo sentí en ese momento que no estaba sola en el dolor, que alguien a quien quería mucho me acompañaba y comprendía. Es por eso, que cada vez que escucho un piano, no puedo resistir la tentación de acercarme lo más posible para re-

vivir esa sensación que experimenté en la infancia. Curiosamente, durante la adolescencia y parte de mi juventud este recuerdo no fue tan latente, a medida que pasan los años va tomando más y más fuerza...." (*Graciela Aimo)*

....

"Conservo nítidos en mi memoria los juegos con que disfrutaba soberanamente en mi niñez, en el campo. En aquella libertad espaciosa, sin más límites que el horizonte de lino y sol y mi afecto por el Espíritu que aglutinaba y se extendía como abrazando las maravillas cotidianas, el cielo tan espléndido parecía llamarme.

Contemplar el desplazamiento de las hormigas me fascinaba. Ubicado en algún sitio donde se veía el recorrido de las mismas, pasaba hermosos y tranquilos momentos contemplando cómo se desplazaban en fila, yendo y viniendo cargadas de trozos de hojas, ramitas, restos, o en conjunto a algún insecto. Me era indistinto observarlas ya en su recorrido por el suelo, treparse por la pared o el tronco de las plantas. En verdad se trata de algo mucho más organizado al decir de la simplicidad con que las percibía." (Hugo Perilli)

....

Nostalgias del pasado

Nada pasa desapercibido para nuestra mente, particularmente, algunos momentos que se graban a fuego en nuestras vidas. El pasado que fue será, en un futuro, nostalgia por recordar. Nostalgia, que solo la misma repetición del acto de recordar, nos permite recuperar -con otros sentidos-, lo que alguna vez aconteció.

Agradezco a Carlos Skliar por su gentileza en cederme la publicación de este escrito, tan intenso y cargado de afectos, que ya ha sido publicado en diferentes países, y que a mi entender, refleja hermosos pasajes de las tres amplias etapas por las que transita una persona a lo largo de la vida.

Cortázar, a través de todas mis edades

Por Carlos Skliar

1.

Soy niño.

Es decir: siento pánico al perderme en la ciudad, adoro los tropezones y aborrezco de la corriente eléctrica y el olor a coliflor que a veces desborda desde la cocina y busca, impiadoso, mi nariz.

Todavía no he decidido qué sentir con el fuego, ni qué pensar del jazz o del colegio.

Apenas si puedo comprender la redondez de la tierra o la hondonada del cielo arriba o los murmullos que pronuncian mis juegos a la hora de la

siesta. No entiendo de qué está hecha la sombra, qué separación hay entre los peces y mis ojos y, mucho menos, porqué las autopistas se mueven tanto mientras uno permanece quieto deseando solo el deslizamiento de la llanura.

Soy niño y lo único que sé es que el tiempo ahora juega conmigo, en mí, mientras noto la prisa alrededor y el enfado contra una lluvia dispersa o la desazón por la pérdida de los objetos inútiles o la nostalgia por la partida de cada papel amarillento con letras y números y meses y días.

No sé demasiado, pero percibo que a este mundo le faltan magas y le sobran hombres consternados.

Soy niño.

Miro a mi padre hacia el fin de la tarde, con el ventanal abierto hacia las nubes, sentado en su sillón ocre nunca tapizado, sosteniendo un libro entre sus manos, absorto, perdido y desatento. Quisiera estar con él, subirme a su falda, quisiera contarle nimiedades, el desliz de las hormigas, la suavidad de mi ombligo, el ruido que provoca un soldadito de plomo al chocar contra el suelo; pero mi madre insiste en que no lo moleste. "¿Por qué?", pregunto, con esa insistencia que se repite y es diferente cada vez, esa pregunta que desea saberlo todo y no saber nada acerca de las deshoras y los premios. "*Porque está leyendo*", me responde.

"Está leyendo" es para mí, ahora mismo, el único paisaje verdadero de iniciación e invitación a la lectura: ni las bibliotecas, ni las escuelas, ni las doctrinas, ni las industrias. *"Está leyendo"* es la atmósfera que atraviesa la casa a las siete de la tarde como si se tratara de una luminosidad, de un viento, de una esquirla, de un estallido, de un estruendo, de un declive y, finalmente, de un regreso.

"Está leyendo" como si la tierra no existiese, como si la patria desapareciese, como si el trabajo no contase, como si no hubiera sino la presencia de un gesto imperecedero: el silencio interrumpido por el canto de las páginas, el silencio destronado por una voz hacia dentro, el silencio como relato de un secreto inconfesable.

Miro a mi padre desde lejos o desde abajo, siempre con disimulo. Es como si lo arrancaran, lo detuvieran, lo mutaran, lo desterraran. Y lo

devolvieran, tiempo después, con otro cuerpo, con otros gestos, con otra vida.

Su regreso es fresco y tibio al mismo tiempo, casi claroscuro. Cierra el libro que ahora es rojo y me mira con buenos ojos, me acaricia la cabeza sin humillarme y me susurra al oído una promesa fascinante que todavía no entiendo: *"Ya sabrás lo que es leer dentro de poco"*.

Mi padre lee a Cortázar.

Yo aún no leo. Pero miro a mi padre y percibo la diferencia en su semblante entre "está leyendo" y "está preocupado" o "está lejos" o "volverá más tarde" o "esta tarde no puede jugar" o "este país le duele".

Yo soy un niño que, mientras espero detenerme en el tesoro de lo legible y lo impronunciable, sólo deseo la continuidad de los parques. Y desde entonces, también la continuidad de los libros.

2.

Soy joven.

Es decir: no sé quién soy, ni para qué, ni porqué serlo.

Tengo la edad de la luz y la oscuridad. De la declamación y el temblor. Del tormento y del cuerpo ronco y enardecido.

Mi padre me pide que me cuide después de las siete de la tarde. Fuera hay un rumor a soldados y dentro hay una lúgubre canción de desaparecidos. ¿Dónde están los libros? ¿Cuáles se quedarán entre nosotros y cuáles será mejor nunca haber leído? ¿Cómo es posible que unas letras negras sobre fondo blanco no puedan ser, ahora, prestadas, o vociferadas, o imitadas?

Ya no se asoma uno por la calle. Todo debe hacerse y deshacerse demasiado rápido. Hay hombres vigilando. Hombres toscos, demasiado parecidos a la muerte. Hay alguien que anda por ahí, siempre. Y toda prosa habrá de hacerse desde un escondite, desde una alcantarilla o desde un observatorio.

Cortázar no está aquí. Nadie está aquí.

Es el tiempo de la tortura. El fin del tiempo.

Todo es vertical para aquellos que parten: de la lisura de los edificios, de la lengua propia a la ajena, de la patria alargada a la patria estirada, de la estridencia de la juventud a los laberintos sin salida de la vida adulta, del silencio de los padres al barullo azaroso de las cartas traspapeladas y despellejadas.

Irse es un verbo sin regreso. Pero no sólo. También es una encrucijada cuyo horizonte no se deja ver. Una obstinación por recordar, como si cada recuerdo dejara una migaja de pan en un sendero inexistente.

Quienes se van no pueden decidir entre los recuerdos y el presente y, por ello, escriben cartas hacia atrás, hacia la infancia, hacia el punto atolondrado de partida, hacia el abismo de un vientre donde el origen, el nombre, el hogar, la patria y el lenguaje se confunden.

Los que se van escriben cuentos para embellecer la vida arruinada, la vida exiliada.

Irse es un modo de caminar donde las piernas se trastabillan con su propia nostalgia. Se escapan de la ruina, las heridas boquiabiertas, las despedidas, la guerra en ciernes, pero no pueden saltar el charco como los niños sin embarrarse hasta la médula y sostenerse, a duras penas, temblorosos, en el fango.

Salvarse, sí: ¿pero se salvan las personas que se van hacia adelante, hacia otra vida que no dejará de ser nunca un jeroglífico? Como si irse partiese al cuerpo definitivamente. Como si lo arrancase de sí y de las orillas donde fue posible aprender a caminar, a amar, a soltarse, a quitarse, a pensarse, a jugarse, a tocarse, a buscarse. Irse es la partida del arraigo primero. La destrucción del suelo. El inicio de la conversación con la muerte. Irse: lo contrario de una voz. Lo opuesto a todo amanecer.

Yo leo a Cortázar, mientras Cortázar está en otra parte.

Yo leo a Cortázar, para entender la diferencia entre la tierra, el tormento y el cielo. Yo leo a Cortázar y disimulo las tapas de sus libros con envoltorios grises de periódicos asesinos o papeles de colores sombríos.

Yo leo a Cortázar porque hay que decidirse de una vez si uno será cronopio o fama.

3.

Soy adulto.

Quiero decir: hablo de cosas que ocurrieron hace ya mucho tiempo.

Tengo la edad de la promesa del regreso: regresar a algún sitio, a algún instante, a algún segundo donde todo sea posible de nuevo.

Pero no se regresa: se hace presente una ausencia hasta aquí desconocida. Se echa de menos lo olvidado.

El tiempo es el único desperdicio que no vuelve. Pero es posible encontrar partículas aún no deshechas, la misma conversación de siempre, una mirada que parece acompañarnos a todas partes.

Volver como escuchar: las vidas ajenas demoran nada en conmover. Volver como callar: ninguna palabra falta. Y es que nada se parece a lo anterior, nada está en su sitio. Quizá porque jamás hubo sitio ni hubo anterioridad. Un cielo distinto, tal vez más cielo; una hoja de una planta olvidada ahora curvada sobre una rama tensa; el techo no tan alto ni tan recto y un sinuoso sonido ajeno que parece haber esperado siglos para ser escuchado.

Quienes se han ido buscan papeles que creían acabados y encuentran señales desprotegidas, solas, como si lenguaje que dejaron ya no fuese el lenguaje. Se han abolido las distancias: nada estuvo tan cerca, nada será tan próximo. Quienes se han ido vuelven para comenzar: los ojos antes que la palabra, los abrazos antes que las trampas, el desnudarse antes que el desdecirse.

Cortázar regresa a su patio, a su casa, a su recreo, a sus deshoras. Y, enseguida, muere.

Yo leo Cortázar a mi padre. Mi padre que ahora sólo puede estar sentado en su sillón ocre jamás tapizado. Mi padre que habla poco y de cosas que no comprendo. Mi padre con el cuerpo desanimado. Las ventanas, ya cerradas.

Yo le leo Cortázar a mi padre y le digo, entre susurros: *"ya volveré a leerte, dentro de muy poco"*.

CAPÍTULO IV:

Destinos y posibilidades de las marcas

Las marcas que configuran una elección vocacional

Para quienes hemos tenido la oportunidad de escuchar a decenas de jóvenes y adultos, en esa etapa tan compleja y llena de encrucijadas como lo es el momento de elegir sobre el qué hacer en el futuro, no nos son ajenas ciertas historias de vida, donde determinadas marcas –vividas y sentidas en la infancia–, han configurado un oriente y un deseo que terminará por convertirse en una profesión, un oficio o un lugar en el mundo.

Quisiera comenzar este capítulo, con un recuerdo que expresa claramente la forma en que para muchas personas se define su vocación. Jorge Pruzo, uno de los pediatras más destacados de Venado Tuerto me comentó:

> "Mi padre era el encargado de la farmacia del hospital de Venado Tuerto. Estoy hablando de la década de los 50. La medicina en esa época no conocía el desarrollo que tiene actualmente, menos en una ciudad que por ese entonces era poco más que un pueblo, por desarrollo y por cultura.
>
> Papá hacía, siguiendo las recetas del libro de la Farmacopea Argentina (algo así como la Biblia de los farmacéuticos), una buena cantidad de remedios que luego expendía gratuitamente en la Farmacia del Hospital. Jarabe para la tos, gotas para el oído, gotas para el dolor de intestino, supositorios que luego él colocaba a congelar en el congelador de una heladera y así teníamos supositorios. Otras veces me daba para que yo pegue la etiqueta que él escribía para rotular los frascos de gotas y jarabes, o me daba una gran caja llena de pastillas de no sé qué y unos sobres para colocar diez comprimidos en cada sobre.
>
> Otras veces, preparaba una mezcla de polvitos y con ellos rellenaba unos pequeños moldecitos de algo parecido al material con que se hacen las ostias que el cura consagra en la misa. Los distribuía sobre una mesa y me daba el trabajo de taparlos con otro moldecito más pequeño. Luego, él las colocaba en un gran frasco que decía "Sellos antigripales".

> Hoy, a mis 66 años, recuerdo con mucha emoción esas vivencias y reconozco en esas experiencias de vida y muchas otras, el nacimiento de mi vocación. Hace 42 años que soy médico. " (Jorge Pruzo)

Una de las formas en que las personas construyen sus proyectos de vida, se encuentran profundamente vinculadas a los efectos o marcas que las vivencias sensibles de la infancia han producido. Un joven paciente que aún no había terminado sus estudios secundarios, en una de sus sesiones, recordaba tener muy marcadas las veces en que siendo niño se escondía tras la puerta. Él trataba de escuchar las discusiones que se entablaban al finalizar la cena, cada vez que sus parientes venían de visita: "Me encantaba escuchar y pensar lo que hablaban, hasta el punto que muchas veces solía interrumpir súbitamente como para decir algo y cuando me veían me decían ¿Qué haces ahí? Creyendo que yo ya estaba dormido. Ellos no entendían que yo quería participar de esas discusiones. Estoy seguro que eso me marcó mucho, y no se por qué, desde ahí siento que me gustaría ser periodista.

Hoy se sabe que la orientación vocacional ya no cumple la función que cumplía en los años en que ésta conoció sus orígenes. Si bien las prácticas de orientación vocacional aparecieron por primera vez tras el auge del industrialismo y de la mano de las técnicas psicométricas, que pretendían estandarizar los puestos de trabajo para cada persona "el trabajo justo para la persona correcta", se sabe que hoy esta disciplina ha tomado otras posiciones.

Al respecto Sergio Rascovan expresa:

> "Hace un tiempo encontré en las redes sociales digitales un breve texto de John Lennon revelador de las pequeñas grandes verdades de la vida. Decía lo siguiente: "Cuando tenía cinco años, mi madre me decía que la felicidad era la clave de la vida. Cuando fui a la escuela, me preguntaron qué quería ser cuando fuera grande. Respondí 'feliz'. Me dijeron que no entendía la pregunta, yo les respondí: `ustedes no entienden la vida´.

La provocadora reflexión es una invitación a pensar en las preguntas que impone el sistema social y que las prácticas institucionales tienden a reproducir sin interrogarlas. No es otro el origen de la llamada "orientación vocacional". Una vía psico técnica destinada a intentar responder el enigma de la vida por la vía de la adaptación de los sujetos al sistema educativo y al aparato productivo. La orientación vocacional –mal que nos pese– tuvo su marca fundacional como una práctica al servicio de clasificar, distribuir, normalizar a los sujetos en el territorio de lo social.

Desde luego, en su seno se fueron potenciando alternativas transformadoras, que fueron promoviendo la revisión de sus aspectos más funcionalistas y provocaron la toma de conciencia respecto a la búsqueda de dispositivos que podríamos llamar, *liberadores*. Las lógicas adaptativas y domesticadoras versus las críticas y emancipadoras. Discusiones y tensiones tan antiguas y actuales como la vida misma."[33]

Más allá de estas aclaraciones, necesarias para entender lo que nos convoca, lo que en este desarrollo me interesa, es tomar aquellas historias de vida de algunas personas que no han tenido que recurrir a espacios de orientación vocacional por tener muy claro internamente hacia donde dirigir su camino en la vida. Este tipo de historias, seguramente, aportarán materiales significativos vinculados a una de las formas posibles de elegir.

"Me acuerdo de mi infancia, en particular de aquellas tardes de tenis en el club, donde después de las clases grupales con otros compañeros me iba a jugar al frontón que quedaba a unos metros de las canchas. Allí pasaba horas y horas pegándole a la pelota, a veces iba con amigos de tenis, y otras, solo. Disfrutaba tanto el tenis y me concentraba tanto pegándole a la pelota, que siempre se me hacía de noche en ese frontón. Me acuerdo que en los invier-

[33] Sergio Rascovan. Del prólogo del libro de Marcelo Rocha "Discapacidad, Orientación Vocacional y proyectos de vida. El desarrollo de la autoestima." Editorial Laborde, Rosario, 2013.

nos, en que los días eran más cortos, había poca luz y hacía mucho frío, yo me olvidaba de volver a casa y mis viejos preocupados me iban a buscar, y yo siempre estaba en el mismo lugar, en el frontón. Esos eran momentos de felicidad y de una plena satisfacción.

Mi infancia estuvo muy marcada por esos momentos, por eso hoy sé que se puede ser feliz y disfrutar los momentos más difíciles, por ejemplo, al enfrentar un partido, un torneo y viajes, a pesar de la presión y de las responsabilidades que eso conlleva. Cada vez que logro llegar a ese punto de disfrutar las responsabilidades de competencia es ahí donde siento que ese recuerdo se vuelve un momento ¡mágico!" (Eduardo Schwank)[34]

Más allá de que nuestras sociedades cambien continuamente y produzcan nuevas formas de subjetividades, que se moverán acorde sean los parámetros vigentes de cada cultura, éstas nunca podrán interferir del todo en las experiencias sensibles que el hombre vive en su mas tierna edad. Nunca podrán terminar de meterse en esas escenas afectivas que marcan a una persona. Lo sensible resistirá al paso de las oleadas de las civilizaciones materialistas y líquidas, en las que cada vez nos sumergimos más. Nunca podrán empapar con su frialdad mercantilista las millones de escenas que se producen, día a día, en los mágicos mundos de los niños.

A mi entender, lo sensible vivido durante la experiencia infantil, marca y configura una posible hoja de ruta que, de ser correctamente leída, puede orientar al sujeto hacia una vocación, y esta será una de las vías posibles desde donde un sujeto podrá elegir qué querer ser en la vida. Indefectiblemente muchas vocaciones se heredan y esas herencias no tienen nada que ver con herencias materiales. Existe una herencia simbólica, cuando un padre, una madre o alguna figura significativa, donan a sus hijos algo del orden del ser. Muchas veces, estos legados se dan a modo de una experiencia, de la cual no se sabe su objetivo hasta que acontece el deseo.

---

34 Al evocar este recuerdo, pretendo –de alguna forma– homenajear a Eduardo Schwank tras su retiro del tenis profesional. Seguramente, con sus marcas, contribuirá a que otros niños y jóvenes amen el tenis.

A continuación, y para finalizar este capítulo, dejaré dos claros ejemplos de este tipo de elección vocacional:

> "P.:-Hablemos sobre usted. ¿Cómo nació su vocación de psicoanalista? ¿Y por qué vino a vivir a París?
>
> J.D.N.:-Nací en Rosario y viví allí hasta que mi familia se trasladó a Buenos Aires, cuando yo tenía 10 años. Mi padre era médico, un gastroenterólogo reconocido que se dedicaba por igual a la investigación científica y a la escritura de obras tanto médicas como literarias. Era un humanista y un clínico apasionado por el trabajo con sus pacientes. Con respecto a esto, quisiera contarle un recuerdo de infancia muy significativo. Cuando tenía apenas 12 años, mi padre tomó la costumbre de llevarme al hospital para "asistirlo" en sus consultas. Me ponía un delantal blanco y me quedaba al lado del paciente durante ese examen terrible y desagradable que es la esofagoscopia. Soportar la introducción en el esófago de un grueso tubo metálico de veinte centímetros de largo es, sin duda, una experiencia horrible. Recuerdo que mi padre, antes de comenzar la intervención y para distender el ambiente, le decía al enfermo: "Señor, le presento a mi hijo; Juan David, futuro médico, que hoy lo acompañará. Ahora, le pido, por favor, que se relaje y respire profundamente". Durante la intubación, me acercaba al paciente y trataba de reconfortarlo. Como ve, ya me iniciaba, con absoluta inocencia, en el oficio de psicoanalista que calma la angustia y sostiene al otro por su presencia.
>
> Algunos años más tarde, como había presentido mi padre, comenzaba mis estudios de medicina. Una vez recibido, hice mi especialidad en psiquiatría en el Hospital Evita, en el servicio del profesor Mauricio Goldenberg, hasta que decidí venir a Francia, con el objetivo de profundizar mi conocimiento de la cultura francesa y de estudiar el psicoanálisis lacaniano. Llegué, pues, a París en el año 1969, y me instalé definitivamente."[35]

---

[35] J.-D. Nasio "Un psicoanalista en el diván", Ed. Paidós, 4ta reimpresión, 2008, Bs. As.

Mi amigo, Juan Ignasio Bustos, también me regaló su marca, mejor dicho yo se la descubrí, e inmediatamente lo llamé para pedirle su permiso para anexarla a mi libro. Un buen día, me enteré que él había armado su Facebook "Psiquiatras de hoy"; de inmediato me dispuse a verlo y observé que había subido un video. Fue en ese momento, al ver ese video, que comprendí y terminé de conocer muchas de las cosas que yo observaba en él y que este relato de su infancia me terminaría de esclarecer. Supe –ese día– que mi amigo era el hijo de un prestigioso médico, muy querido y reconocido en Pergamino: el Dr. Oscar "Cacho" Bustos, de quien Juan Ignasio formó la vocación de la profesión que hoy ejerce. En ese video de homenaje a su padre él dice:

> "Yo tengo fieles recuerdos cuando él llegaba todas las noches de trabajar con el guardapolvo blanco, con el estetoscopio colgado. Cuando abría la puerta pegaba un silbido que yo, actualmente, –cuando llego a mi casa– lo hago igual, para que mi hija me venga a buscar. Cuando él llegaba yo estaba en la cocina y ahí nomás iba corriendo a abrazarlo para darle la bienvenida porque había llegado y bueno... No es solo el afecto que uno recuerda, sino también el olor a médico y su guardapolvo blanco."[36]

---

[36] Extraído del Facebook "Psiquiatras de hoy" https://www.facebook.com/pages/Psiquiatras-de-hoy/981844555189416 consultado el 2 de Abril de 2015.

Las marcas de la infancia. Dobleglar el destino, resistir a lo ya estipulado

No es cierto que lo que nos mueve o conmueve sea el destino, la finalidad,
la meta inmediata y soberana. Es el lazo suelto y no su desenlace
el que tiembla bajo los párpados, como si sólo una tierra suelta
destronase la sequedad anterior.
A una conclusión se llega con brazos extenuados y ojos casi grises
por haber pensado demasiado.
En toda decisión hay una detención anterior que nos socorre.
En toda verdad hay una pausa que apacigua su tempestad.
En todo nacimiento hay una pregunta que nadie entendió
ni respondió todavía.

(*Carlos Skliar*)[37]

Luchar contra los destinos programados:
Las historia de Cristian Mariano Deppeler (El vegetal)

Recuerdo un día en que mi colega Sergio Enrique me envió un link de un video para que vea. Él siempre me envía material vinculado a discapacidad porque sabe de mi interés en ello. Esta vez, se trataba de la historia de Cristian Mariano Deppeler. Luego de verla, esa historia, pude sellar una de las hipótesis que yo venía trabajando en mis investigaciones sobre orientación vocacional en personas con discapacidad. Yo pienso, a partir de aquel entonces, que las personas con discapacidad corren el riesgo de sufrir destinos programados desde sus primeras infancias, y que muchos de estos destinos se configuran ante ciertas intervenciones salvajes que ciertos profesionales, (posicionados desde un diagnóstico apresurado, tomado desde una batería de test o algunos estudios clínicos), pueden inaugurar.

[37] Publicado en su facebook oficial el 21 de abril de 2015. https://www.facebook.com/carlos.skliar

Ese video, sumado a las múltiples historias de vida que fui investigando y que observaba en mi propia práctica, me impulsó a escribir sobre ello[38].

Cristian, en su relato, comienza presentándose, no por su discapacidad, sino por su nombre propio. Las personas con discapacidad no son discapacitados y mucho menos personas especiales, son solo personas que portan algún estado negativo de salud, y ese estado se verá más agudizado o reducido según sean las barreras que la sociedad les imponga. El hecho de poseer un déficit no los debe tener que convertir en especiales puesto que lo especial refiere a algo diferente. Entonces él se presenta así:

> "¿Qué quien soy? Cristian Mariano Deppeler, me acuerdo…bah… me contaron mis viejos que cuando yo nací me entró la anestesia de mi vieja a mí y nací con este problema, esta dificultad física. Lo más lindo es que a mi viejo y a mi vieja de 19 años le dijeron que yo iba a ser un vegetal; mirá, el vegetal hizo la primaria en una escuela normal, la secundaria en el colegio Nacional de Villa Ángela (Chaco, Argentina) y la Universidad en Entre Ríos (Argentina) "Comunicador Social",? ¿Discapacitado yo? ¿Por qué? (…) Yo muchas veces me preguntaba ¿Por qué? ¿Por qué a mí? Veía a mis compañeros, a mis amigos jugar a la pelota y decía: ¿Por qué no puedo jugar a la pelota? Cuando ya entré a la juventud cambié un poco la pregunta, empecé a preguntarme ¿Para qué? ¿Sabes qué? Empecé a conseguir un montón de respuestas, yo entendí el propósito de mi vida (…) Yo entendí que cada día tiene un propósito y yo lo encontré."[39]

Otra historia similar sobre como se puede torcer un destino, es la de mi amigo Ariel Santillán, que siempre tengo el gusto de poner como un buen ejemplo de aquella frase célebre de Baruch Spinoza: "Nadie hasta ahora ha determinado lo que puede un cuerpo".

---

[38] "Discapacidad, orientación vocacional y proyectos de vida. Hacia la construcción de la autonomía.", Marcelo Rocha, Ed. Laborde. Rosario, 2013.

[39] "El vegetal. La historia de Cristian Mariano Deppeler." Extraído de https://www.youtube.com/watch?v=Y9ts5Qf5RFA, consultado el 10 de Junio de 2015.

"Ariel es un joven que recorre en su silla a motor, diferentes lugares de su ciudad (Casilda) con el objetivo de vender sus libros de poema. En su infancia una neuróloga le había predestinado a su papá que ese niño no iba a poder leer ni escribir y que no malgaste el tiempo en eso. Algo iluminó a ese padre para que desentienda ese "diagnóstico".
Hoy Ariel, luego de terminar sus estudios secundarios en un EMPA se gana la vida vendiendo sus poemas."[40]

Según el diccionario de la Real Academia Española, el término doblegar significa: "Doblar o torcer encorvando"[41]. Exactamente, doblegar los destinos que nos pueden llegar a trazar las marcas que vivimos en nuestra infancia es una tarea compleja, y otras muchas veces imposible, puesto que en esa labor podemos llegar a ser doblegados por la intensidad de lo vivido. Con esto, estoy diciendo que son muchos los factores que incidirán en lo que pueda suceder con estos materiales de nuestra historia.

En la lucha o el camino de intentar doblegar aquello que se nos quiere imponer, un día tuve la dicha de conocer a un doblegador de realidades impuestas. Conocí a Emiliano Naranjo en un Congreso de discapacidad al que fuimos convocados para disertar. Fue allí donde compartimos algunas charlas, entre las cuales transcribiré una muy particular.

Diálogos con Emiliano Naranjo

M -¿Qué opinás de la palabra marca?

E- Yo en realidad uso la palabra huella, porque lo que marca no se puede modificar, porque una marca es una marca y en todo caso vos podes hacer una marca que supere la que hiciste (en términos competitivos). Pero la huella te permite volver a andar sobre eso que vos hiciste y modificarlo.

M- Entiendo, la huella es algo de mayor plasticidad, más moldeable.

---

[40] Del libro "Discapacidad, Orientación Vocacional y proyectos de vida. El desarrollo de la autonomía." M. Rocha, Editorial Laborde, 2013, Rosario.

[41] http://lema.rae.es/drae/?val=doblegar. Consultado el 26/04/15

E- Claro, aparte Freud habla de huella mnémica, eso es lo que permite la elaboración psíquica en otro sentido. Pensar en este sentido habilita el hecho de entender que uno puede o no fortalecer una huella dejada por una vivencia.

M- ¿Y en el caso de tu discapacidad, como creés que puede haber sido todo esto?

E- Yo creo que lo que me permitió cierta elaboración de cosas es sostener la pregunta de ¿por qué no?; digamos, una avidez de sostener la curiosidad de que las cosas sean *de otra manera*, distintas de como son. Cuando vos chocás con una barrera, con una situación dura, primero te angustiás te ponés triste y llorás si querés, pero después tenés que hacer algo con eso, no es como ver una novela. Con eso que pasó decís, bueno, me pasó esto, ahora lo re elaboro y trato de superar para mostrar que esto es una situación del momento. Hay una película interesante que se llama "momentos de una vida", que expresa básicamente algunas cosas, como que en realidad no es tanto que la persona sea el momento sino que el momento estaba ahí y la persona va y lo habita. Uno habita el momento para que ese momento lo habite a uno y en esa habitación compartida –digamos– uno puede aprender –duramente o no–, para elaborar y habitar mejores momentos.

M- ¿Hacer la experiencia del momento?

E- !Exactamente¡

M- ¿Y vos que considerás? ¿Cuál es tu opinión?, por ejemplo, en el caso de aquellas personas que adquieren una discapacidad congénita o prematura, y luego, en los primeros años de su vida, empiezan a enfrentarse con las marcas o huellas traumáticas propias del proceso de elaboración que tienen que hacer –necesariamente– en función de su déficit, diría, un proceso psíquico propio. Sucede que algunas pueden afrontar o sortear esas situaciones traumáticas y otras no, quedando atrapadas en una infancia eterna.

E- Sí, hay muchas cuestiones. La primera y fundamental, como ya sabemos todos, es la familia. Se trata de cómo uno toma el vínculo familiar y qué decide hacer ante ese vínculo: absorber la propuesta familiar o rebelarse. A mí, lo que me sostiene mucho en pie, es el criterio de rebelión todo

el tiempo. Yo, en mis charlas, vengo diciendo que el cuerpo con discapacidad es como un contra cuerpo que nos invita a rebelarnos todo el tiempo, porque nos pone ante esta situación de que vos podes elegir rebelarte, por ejemplo, cuando el espacio no es accesible ante una carencia de una rampa; entonces decís: "la pucha, hagan esto así", y lo subo igual, pero te muestro que tiene que ser de otra manera y te lo pongo en evidencia. Por otro lado, podés elegir irte llorando y decir no pude participar. Eso construye –en parte– el carácter. Lo mismo pasa con la familia, vos podes absorber ese familiar que te dice: "no, mirá, te vamos a cuidar hasta el día que te mueras, por tal o cual motivo", o rebelarte diciendo: "yo voy a escribir mi propia historia". Yo creo que lo más maravilloso que me ha pasado en esto de rebelarse es saber cuándo, saber un poco con qué y con quiénes. Mi familia fue aprendiendo conmigo estas situaciones. Mi familia creció en su forma de mirarme como un miembro más, en la medida en que yo también fui creciendo. En la medida en que pude ir escribiendo mi propia historia, e ir superando estas cuestiones de contracuerpo y propuesta, mi familia pudo ir pensando en derechos humanos, piensa que tal cosa es discriminación y tal otra no lo es.

M- Entiendo. ¿Y vos por qué creés que sos lo que sos?

E- Porque no dejé que de mí hicieran cualquier cosa.

(Risas cómplices de ambos)

M- Bien Sartreana tu respuesta. "Cada hombre es lo que hace con lo que hicieron con él", diría Jean Paul Sartre.

E- Exactamente, pero no hay que dejar que con uno hagan cualquier cosa. Generalmente con las personas con discapacidad y con otras minorías vulnerabilizadas lo que se hace es cualquier cosa.

M- Así es. Yo me detengo a pensar mucho en el salto, o reposicionamiento si te parece, que a veces puede dar la persona. Porque vos sabés que hay muchas personas que pueden lograr esta rebelión interna de la que vos hablás y otras no, y eso me preocupa bastante, y vengo tratando de encontrar o descubrir cual es la parte psíquica que actúa para producir eso, es decir ¿qué es lo que sucede en el psiquismo para que algunos puedan y otros no?

E- Yo creo que en ese sentido, lamentablemente, no hay una receta que te pueda dar, porque en realidad lo que sí hay es un laburo enorme, pero muy enorme, y que no es para cualquiera, es decir, tampoco es algo que no cualquiera puede hacer, pero sí que no todo el mundo está dispuesto a hacer. Por ejemplo, imaginemos una situación en la que te dicen: "vos vas a vivir cien años, vas a tener que luchar noventa y nueve, el año número cien va a ser el más maravilloso de todos tus años, pero tenés que aceptar o no el trato, sino no vivís". Esto es algo que uno no sabe si esa recompensa se va o no a dar, pero yo te aseguro que en noventa y nueve años de lucha vas a tener recompensas inesperadas, o sea, a la espera de ese año fantástico vas a ir encontrando en el camino otras posiciones, otros lugares, que te van a permitir entender que el fruto no está o no va a estar en el último año, sino en todo el camino que vos hiciste.

M- Muy claro tu ejemplo. Y si vos tuvieras que contar alguna huella (tomando este concepto que a vos te agrada más) de tu infancia, que te haya permitido armar el andamio para construir lo que hoy sos ¿Cuál podrías compartinos?

E- Yo creo que hubo algo que me marcó un día. ¿Viste que en el servicio de rehabilitación vos, para recibir la rehabilitación, tenés que hacer una cola de espera? Bueno, yo cuando era pequeño tenía que esperar para tener media hora de sesión y mis padres no tenían recursos para pagarme en forma privada. Me acuerdo que una vez estaba sentado en espera de mi turno y vi la cantidad de gente con discapacidad que había sentada (que estaba en esa larga cola) para ser "rehabilitados"; tenía más o menos ocho años, y fue la primera vez que dije: "yo voy a trabajar para que esto no pase más", como que me indigné seriamente por primera vez.

M- A tus ocho años vos pensaste "Yo voy a trabajar para que esto no pase más" ¿Qué crees que hizo que se formulase esa pregunta en vos?

E- Y la sigo formulando para trabajar día a día por eso. La indignación de ver que hay situaciones que no son dignas, y aunque yo pueda cada vez acercarme a situaciones de dignidad, el trabajo está socialmente en devolverle la dignidad a aquellos que se las han quitado. Yo, cada vez que veo alguna situación de indignidad, aunque no me afecte directamente a mí, me afecta igual.

M- Me parece muy importante volver a resaltar esto: *a tus ocho años tuviste la sensibilidad de ver la indignidad de una situación que estabas viviendo vos y otros* ¿Que más recordás de ese Emiliano de ocho años que estaba percibiendo de modo diferente esa situación?

E- Yo me acuerdo que estaba sentado en un banco de espera y había un montón de gente con discapacidad, también esperando esa suerte de media hora de atención como si fuera una especie de solución mágica de decir que con media hora te iba a cambiar el mundo. Y no, y vos sabés que no, pero estaba todo dispuesto para darte mágicamente la esperanza de que el médico, en media hora, te iba a cambiar el mundo.

M- ¿Vos crees que tus padres habrán estado indignados por eso también?

E- Yo creo que aprendieron, no sé si antes o después que yo, pero puedo dar cuenta de que hoy eso les pasa. Y de hecho yo me rehabilité solo, empecé otros caminos y terminé rehabilitándome solo, prescribiéndome mis propios movimientos, por eso también estudié Educación Física.

(Nuevas risas cómplices de ambos)

M- Interesante la forma, en como es que el proyecto fue armándose en función de algo percibido y sentido ya a tus ocho años.

E- Sí, sí, yo creo que uno no estudia tanto para compartir (aunque suene feo) sino para entenderse a uno mismo, y en la medida en que uno se entiende más a uno mismo es que puede compartir más cosas con los otros.

M- ¿Y vos creés que estudiaste Educación Física por el producto de estas indignaciones?

E- !Absolutamente¡ !Absolutamente¡ Vos pensá, que esta historia que yo te cuento de huella tiene que ver con el movimiento, yo estaba ahí creyendo que alguien me iba a mover, entonces decidí moverme solo y decidí aprender cómo me tenía que mover.

M- ¿Y vos creés que esa elección –la de tu carrera profesional–, pudo haber sido como una especie de restitución por lo que vos viste que faltaba, o que fallaba, o que te indignaba?

E- En mi caso vocacional de por qué elegí esta carrera de educador del cuerpo tiene que ver –en principio–, con darme una solución a mí, y darme

una solución tenía que ver con conocerme mejor y más. Yo creo que todos, de alguna manera, tenemos el secreto más hondo de cómo solucionar aquello que hoy no tiene solución, pero que está en nosotros. Vos tenés tus problemas y yo tengo los míos, y solo si miramos en la historia y en ese adentro vamos a encontrar como alguna llave, después tenemos especialistas que nos van a ayudar a poner la llave o a sacarla de adentro o a meterla mejor en la cerradura.

M- ¿Y vos sos feliz con lo que hacés?

E- Yo no se si soy feliz y yo creo que no aspiro a ser feliz, yo creo que cada vez aprendo más, y ese aprendizaje me permite poder jugar y poder tramitar o proyectar mi existencia sin dificultades, que son comunes a las mayoría de las personas (que pueden entenderse como comunes). Yo no sé si eso define a la felicidad pero estoy más cercano a cierto tipo de cosas placenteras, más agradables, en el hecho de que lo que voy aprendiendo y lo que me resta para aprender, permite que no me haga tantos problemas por tantas cosas que no se lo merecen.

Luego de hablar con Emiliano entendí que por algo él no estaba tan de acuerdo con la palabra "Marca", es que esta suena como algo difícil de cambiar o modificar, y de hecho, él trazó su propio camino fundamentado en la idea fuerte de "rebelión", de rebelarse contra todo aquello que está definido o marcado para siempre.

La marca de un sentimiento de superación

No hay duda, que el ámbito escolar es un espacio donde se producirán miles de experiencias diferentes, y cada cual tendrá una elaboración propia y particular de parte de quien la vive. Quería compartirles –como última anécdota–, otra vivencia muy particular que le pertenece a Edmundo. Esta marca, se trata de la forma en que esta persona pudo leer e interpretar lo que le sucedió, para convertirlo en una fuerza inconsciente que lo jalona hacia un ser en la vida.

Un día, me dirigía a hacer un trámite al centro de la ciudad mientras iba escuchando mi programa de radio favorito que no creo que por casualidad se llame "todo pasa"[42]. De repente, se me volvió tremendamente audible el fragmento de un relato del programa, en el cual, la frase que resonó en mí fue: "y eso fue una marca para mi vida". El relato que yo estaba escuchando provenía de una historia comentada por el Profesor Solenoide, personaje interpretado por Edmundo Días de Lezana.

De ese relato yo había podido captar casi todo el contenido, vinculado a una experiencia vivida por Edmuno en la escuela, vivencia que lo había marcado muy fuertemente. Este tipo de recuerdo revestía gran interés para mí, en tanto yo me encontraba en plena elaboración de este libro. Fue así que decidí contactarme con él, para que pudiera comentarme mejor su historia y para intentar comprender qué dirección inconsciente había tomado esta vivencia en la actualidad. Ya me sentía –en ese momento– casi, como un detective de marcas de la infancia en la búsqueda de sus acciones por la vida.

Edmundo me relató lo siguiente:

> "A mí me pusieron adelantado en primer grado, lo cual fue una pena. Pero me pasó una cosa, descubrieron que yo estaba mal en el aula, que ahí no me sentía bien, y me degradaron a prescolar. Fue

---

[42] Programa de Radio conducido por Nacho Ruso y Nancy Duggan, bajo la dirección de Edmundo Díaz, FM 100.7. Rosario, Sta. Fe.

allí que me pasó una cosa terrible, me degradaron a prescolar y yo me di cuenta que no quería estar con los hermanitos más chiquitos de mis compañeros y me llevaron un día a dirección. Hay una cosa que recuerdo en relación a eso, tenía cinco años, se abrió la puerta, ví el reflejo de mi cara en el vidrio y me dije "¿Qué te está pasando?, esto no es para vos" y me puse a llorar como un marrano –de tal forma–, que al final logré que me pusieran nuevamente con mis amigos de primero. Me volvieron a poner allí por el despelote que armé. Fue una cagada, porque al final no tendría que haber estado adelantado, tendría que haber hecho prescolar.
Estaba convencido que tenia un retraso mental durante los primeros años. Todos escribían, por ejemplo, "primer grado". Pasabas de lápiz a tinta, ya que en esa época no había biromes y vos tenías que pasar de lápiz a tinta, y cuando yo escribía, lo único que se veían eran unos manchones de tinta gigantescos y por eso que me degradaban a lápiz. Recuerdo que esa era una sensación espantosa para mí, y de esa vivencia me quedó esa sensación durante mucho tiempo.

Vos tenías que pasar de lápiz a tinta, en aquel entonces la mayoría de alumnos usaba la lapicera Sheaffer y solo algunos tenían la lapicera Parker, otros usaban la 303, la pluma de la 303 era una porquería, la Sheaffer más o menos, la Parker un poco mejor. Lo que me pasaba era que apretaba muy fuerte la pluma, se abría, caía la gota de tinta y lo único que se veían eran gotones de tinta. Evidentemente, la motricidad fina no la tenía desarrollada. ¿La maestra qué decía?: "Y bueno, seguí con lápiz así practicás los trazos", porque si no, me quedaba varado ahí. *Eso fue una marca en mi vida.* Me decía constantemente: "yo no estoy a la altura de mis compañeros."

En este recuerdo vemos que se encuentran dos afectos contrarios: por un lado el deseo de superación, de no querer sentirse menos, al ser –tal como lo expresó Edmundo– "degradado" a un grado inferior, y en donde se pone en juego el sentimiento del autoestima, en un niño que logra mi-

rarse a sí mismo y se alienta para no quedar atrás. Por otro lado, aparecerá la confrontación con su propio deseo, al tener que enfrentar las consecuencias de su propia decisión. El examen de realidad le hace ver que su deseo lo ha llevado a tener que atravesar otro tipo de "degradación", provocada por su propio impulso de superarse a sí mismo y esto lo conducirá a tener que soportar el sentirse "inferior" en relación al progreso de los demás.

Evidentemente, lo que Edmundo hizo con este otro tipo de degradación, contribuiría a forjar y solidificar su deseo de superación. En vez de tomar una posición pasiva e inhibirse, opta por renegar contra esa posición y comienza a exigirse. Seguramente, esa marca vivida y sentida reiteradamente en esos momentos, contribuyó a generar una posición en Edmundo, una posición ante la vida que yo –en esa entrevista concedida por él–, pude observar muy nítidamente en una frase actual suya. En aquél momento le pregunté qué era lo que lo movía en la vida, cual es ese impulso interno que lo llevó a ser quién es y construir lo que hoy disfruta con enorme pasión. Yo estaba convencido de que lo que me diría estaría relacionado a esa frase que apareció, por primera vez, cuando pudo verse reflejado ante el vidrio. Inmediatamente, luego de mi pregunta y de hacer un breve silencio en sí, el me respondió: *"lo que me mueve en la vida es lo nuevo, el desafío de lo nuevo..."*

Muchas frases, que se originan tras una o varias vivencias fuertes y significativas, quedan grabadas a fuego en nuestras vidas. La vivencia compartida por Edmundo data del mundo escolar, y nos muestra cuales pueden llegar a ser los efectos que se imprimen en el psiquismo a través de las vivencias tempranas. Lo cierto es que siempre, tras una vivencia cargada de afecto, encontraremos una frase fecunda, que se escribirá en nuestro inconsciente –a modo de una brújula interior–, que nos llevará a tomar ciertas rutas y optar por determinadas posiciones. En definitiva, nos hará *ser quien somos* en la vida. Me pregunto, ¿Que hubiese sucedido, si Edmundo no se habría encontrado con ese reflejo de sí mismo en el vidrio, que le permitió hablarse, para movilizarse y no quedarse degradado?

No solo somos lectores e intérpretes de nuestras marcas de la infancia, también, y por sobre todo, somos responsables directos de lo que hacemos con ellas.

¿La discapacidad marca?

Hace más de diez años que me dedico a la investigación, docencia, práctica y creación de proyectos sociales vinculados a la temática de la discapacidad. He abordado este campo a lo largo de mucho tiempo y desde sus múltiples ejes. Publiqué cuatro libros, con la intención de contribuir a la investigación, a la formación de profesionales y al desarrollo de proyectos que sirvan para mejorar la calidad de vida de las personas con discapacidad. Seguramente, quienes estén acostumbrados a leerme, no entenderán el por qué no escribí un libro enteramente dedicado a la discapacidad. Por ello, deseo que el lector pueda –también– interpretar el sentido de este libro en base a la problemática de la discapacidad[43].

Pero, vayamos nuevamente a la pregunta ¿La discapacidad marca a una persona? ¡No¡ contestaré rápido. La discapacidad no marca a una persona pero puede producir efectos en su subjetividad, en sus relaciones vinculares y en su familia. En términos generales, no podemos decir que el solo hecho de poseer una discapacidad imprimirá una marca en el sujeto. Esto solo ocurre cuando la persona queda atrapada en la dificultad de enfrentar el déficit (sea este orgánico, psíquico o sensorial), o cuando queda presa de un circuito que la discapacita más aún. Las primeras posibilidades, se dan mayormente en las personas que han adquirido su discapacidad en algún momento de sus vidas (discapacidades adquiridas), donde el sujeto queda detenido en alguna parte del duelo que no puede elaborar. Por otro lado, otro tipo de marcas se pueden generar por las consecuencias nefastas de los malos diagnósticos y pronósticos de parte de diferentes profesionales que –por sus sentencias mal realizadas– terminan excluyendo al sujeto de las posibilidades de insertarse al tejido social. En ambas posibilidades la familia se encuentra directamente afectada, y será

[43] Cuando digo "problemática" no quiero decir que la discapacidad es un problema, más bien me refiero a los problemas que se tejen y construyen en torno a lo que esta pueda producir. En este sentido, hago referencia a los problemas sociales de las actitudes humanas que son –en definitiva–, los que no permiten que la persona en condición de discapacidad pueda desplegar su vida de forma autónoma.

oportuno que ésta haya transitado adecuadamente los caminos del duelo para poder acompañar mejor a su miembro.

Cuando los niños tienen que constituirse desde un diagnóstico de discapacidad o alguna patología discapacitante, pueden producirse muchas dificultades. Tener que construirse como sujeto con el peso de un diagnóstico y su consecuente pronóstico, puede terminar marcando la vida de un niño y su familia. Podría relatar cantidades de historias de padres que acuden a consulta contando sus pasados signados por los pronósticos: "me dijeron que no mande a mi hijo a la escuela especial porque debía estar relacionado con niños en la escuela común", y luego de meternos de lleno en el caso, nos enteramos de ese niño –ya casi adolescente– que en su trayecto escolar aún no ha hecho amigos y ha estado excluido dentro de una inclusión aparente, sin aprender nada. En ese escenario, sus padres solo podrán decir que su hijo estuvo "integrado". La marca aparece desde el fantasma de la exclusión disfrazada. Un diagnóstico mal dado marcó un destino. Si este niño hubiese ido a una institución que lo pudiera recibir tal cual él es, hoy tendría la posibilidad –quizá– de tener compañeros y lugares donde ir.

La problemática es aún más compleja para poder pensar un escenario utópico de la inclusión total. Evidentemente el ser humano todavía debe evolucionar bastante, en cuanto a su sentimiento hacia el otro, para que podamos pensar en una sociedad sin ningún tipo de barreras.

Esas son algunas de las cosas que marcan. Por lo que observamos en este ejemplo, no es la discapacidad lo que ha dejado una marca, sino los efectos de ésta y los defectos de lectura que se hicieron con respecto a ésta. No se ha podido leer que ese niño necesitaba poder ser más comprendido para –desde esa comprensión–, poder sentirse verdaderamente alojado entre sus pares.

La discapacidad no marca en sí, lo que marca son los efectos de la discriminación; las faltas de oportunidades por la carencia de las prestadoras que muchas veces –ni siquiera–, les otorgan a las personas los elementos necesarios para desenvolverse en la vida de forma autónoma; también marcan las aún vigentes dificultades que existen para solucionar temas vinculados a educación y trabajo. De estos problemas podría hacer una

lista interminable de puntos a resolver, pero la única, la más compleja de todas las barreras que una persona con discapacidad deber afrontar son las *actitudes humanas*, ésta, es la principal barrera que todos debemos derribar. Una rampa se puede construir con cemento, si hay decisión política para hacerla; los problemas educativos, de salud, deporte, tiempo libre y trabajo, pueden solucionarse desde la investigación y la puesta en marcha de proyectos; pero las actitudes discriminativas, segregativas, los mitos y los prejuicios, son patrimonio de cada ser humano –y por lo tanto–, de cada uno de nosotros depende cambiar eso.

CAPÍTULO V:

Homenaje a nuestros docentes

Lo escolar y sus marcas. Homenaje a la labor docente

"Recuerdo el cariño, la paciencia y el tono de voz con el que me hablaba Celia, mi maestra de Dibujo. Ella, despertó en mí un gran interés por la creatividad, la imaginación y el dibujo.

Nunca olvidaré la frase que me dijo, ese día tan importante para mi vida, "Any" la Vice Directora de la escuela Secundaria donde fui, pues tales palabras me confirmaron lo que yo iría a estudiar y lo que hoy es mi gran vocación.

Hoy, siendo ya adulto, con muchas cosas ya realizadas en mi vida, agradezco el cariño con el que la seño Sandra ha iniciado a mis hijos en el hermoso arte de vivir."

(M. Rocha)

De una u otra forma, podemos afirmar que, el ámbito escolar se constituye en uno de los principales escenarios en donde se producen muchas de las marcas de nuestra infancia. La escuela es y seguirá siendo, un lugar donde día a día, se construyen las múltiples escenas que dejarán marcas para un futuro. Los salones, el patio, la cantina, la dirección y los rincones de los grandes edificios escolares, serán espacios testigos de las génesis de los recuerdos para un mañana, ya que esos espacios constituyen lugares donde las infancias transitan gran parte del tiempo que las ve crecer.

Seguramente, ninguna etapa de la vida sea tan rica en marcas tan significativas para nuestra historización, que las vividas en nuestra escolaridad preescolar y primaria. De todas las maestras que hemos tenido, alguna de ellas nos marcará en algo importante para nuestra vida adulta en relación a lo que seremos. Así es, nuestras maestras han sido y son fuentes de fuertes recuerdos; sus frases, sus dichos, sus posturas y sus enseñanzas, forman parte de uno de los minerales más ricos que conforman nuestro ser. Con ellas y desde ellas, nos lanzamos hacia la aventura de conocer las

formalidades de la vida, sus formas, sus códigos lingüísticos, la historia, nuestro cuerpo y las reglas de convivencia.

Hace tiempo atrás, le pregunté a mi maestra de Dibujo, Celia Altimir, de la escuela primaria donde fui, porqué había decidido ser maestra, y luego de recordar mi pasado de alumno, dialogamos sobre su vocación. Al poco tiempo de esa charla, me enteré que ella se había emocionado por mi llamada, por toda la gratitud que pude expresarle hacia su enseñanza. Para nuestras queridas maestras, recibir el afecto de un exalumno y saber de su vida es uno de los premios más grandes por los cuales ellas, día a día, ejercen su vocación de enseñar. Fue así que me enteré de las marcas de la infancia de mi maestra, que había sido una niña inquieta e hiperactiva, que había tenido siempre una gran pasión por el movimiento del cuerpo, la creatividad y la imaginación. Comprendí allí que las marcas también se transmiten, pues, gracias a esa gran pasión, expresada a través de su propia personalidad, ella pudo transmitirme cosas que me marcaron en mis propios gustos e intereses.

Como niños, fuimos objeto de las intervenciones y cuidados de nuestras queridas maestras. Fuimos como una especie de masa que ellas delicadamente han moldeado, respetando su esencia y consistencia. Y hoy, como padres, somos los testigos más fieles de las pequeñas y cotidianas marcas de aprendizajes y afectos que las maestras dejan en nuestros hijos. No hay tesoro más rico en el mundo que sirva para pagar tanto esfuerzo y dedicación. Solemos ver y sentir, en el calor de nuestros hogares, los símbolos y significantes nuevos que van adquiriendo nuestros pequeños luego de volver de la escuela: Una canción nueva, el reconocimiento de una vocal, los primeros collages, las primeras letras; pero por sobre todo, el interés y el deseo por aprender y descubrir la vida. Los adultos volvemos a revivir la experiencia escolar al acompañar a nuestros hijos en ese camino.

Luego de ver y vivir, desde la experiencia de ser papá, el amor con que Sandra y sus maestras de "Dulces corazones" introducen a cientos de niños, año tras año, en la vida, imaginé que detrás de esa gran persona, debía haber alguna marca significativa. Por eso, una mañana fui al jardín a preguntarle sobre su vocación. Sandra me contó:

M- "Me gustaría que me cuentes sobre cómo empezó tu vocación y qué recuerdo tenés de ello."

S- "Yo fui a la escuela "Federico de la Barra". Yo me acuerdo que en sexto y séptimo año me quedaba en los recreos jugando con los chicos del prescolar, que en ese tiempo existía en la escuela."

M- ¿Por qué te quedabas jugando con los chicos?

S- "Eso es lo que no sé, eso es lo que nunca supe. Sé que porque la quería mucho a Juana. Pero no sabía que podía tener alguna connotación de que podía ser mi vocación futura."

M- ¿Ella te pedía que te quedaras?

S- No, yo me quedaba, yo sola iba. Yo era muy inquieta. *Tengo recuerdos grabados de quedarme en la salita observando lo que hacía y estando ahí con Juana*. Observaba y estaba con los chicos."

M- Juana fue muy importante entonces.

S- Sí.

Gracias a esta charla pude ver qué fue lo que marcó a Sandra en su vocación docente. Sin darse cuenta, Sandra, fue marcada, desde ese recuerdo intenso y sensible, vivido en su infancia, por el don de la vocación que Juana le transmitió. Sin darse cuenta, Juana, en su acto diario de educar, imprimió en esa niña, inquieta y curiosa, el deseo por enseñar y dar amor.

Sandra, es una maestra muy querida por todas las familias del Barrio Fábrica de Armas de la ciudad de Rosario. Actualmente sigue trabajando junto a sus maestras en el jardín de la vecinal. Su dedicación y constancia, su humildad y humanidad, su amor y pasión por lo que hace, se convierte en la llave maestra que logra introducir a los niños a la vida y al desafío por conocerla.

No solo los niños viven situaciones durante la etapa escolar que los marcarán en un futuro y que producirán diferentes efectos sensibles en sus vidas. Esto también ocurre en la adolescencia y en la juventud, donde las docentes, también se hallan insertas en ese proceso de marcar futuros.

Me sucedió, que llegada la etapa final de la secundaria, en donde se acercaba el tan temido momento de elegir qué hacer de mi vida, una frase

dicha por quien fuera mi vicedirectora, terminó de sellar y marcar mi rumbo. La situación ocurrió un día, una de las tantas veces en que yo me presentaba a dirección, con el objetivo de defender a algún compañero para que no se lo sancionara. Parece que ya, en mi juventud, tenía cierta capacidad para persuadir al otro, en base a mi condición de ser muy observador de los gestos y actitudes de las personas. Me dirigí, entonces, a realizar las defensas correspondientes de un compañero ante la vicedirectora Any; y fue allí donde, después de haberme esforzado en mis declaraciones y ante su mirada atenta, Any me dijo: "Es increíble señor Rocha, usted siempre me convence a mí. Usted tendría que ser psicólogo, porque siempre sabe qué decir en el momento justo, para hacer cambiar de parecer al otro."

Debo admitir que no salí de la misma forma ese día de la dirección, pues, me retiré con una frase que selló lo que yo ya venía pensando, y que entendí que era lo que los demás reconocían en mí. Por ello, ahora, luego de haber transitado ese camino que Any me ayudó a confirmar, me importó saber sobre la esencia de aquella maestra que había podido lograr transmitirme algo tan importante y sensible vinculado al *ser*. Volví entonces –luego de dos décadas–, hacia Any, para preguntarle sobre el por qué decidió ser docente, y una vez más reconfirmé, que quien me había marcado en mi decisión logró proyectar sobre mí su verdadero deseo de educar, nacido en su más temprana infancia. Estos son sus recuerdos:

> "Mi vocación docente nació conmigo. Nacida en el seno de una familia con fuertes principios y única hija, desde muy chiquita, con cinco años, daba clases de matemáticas a mis alumnos ficticios que eran las sillas de un comedor de mi casa de campo. En una pizarra enseñaba matemáticas dibujando una manzanita más una manzanita, igual a dos manzanitas, así eran mis juegos de niña. También lo hacía en el patio, bajo la sombra de un gran paraíso. Mis padres y mi abuela materna de origen español (Cataluña), me entretenían un tiempo, pero luego buscaba otras formas de juegos en contacto con la naturaleza y dando mis clases y retando a mis alumnos tan especiales por sus características al no ser humanos.

Todo esto marcó y perfiló mi vocación. Por ello, de adolescente hice la carrera de Maestra Normal Nacional y a los quince años di mi primera práctica a niños de cuarto grado. Luego continué mis estudios superiores y me recibí como Profesora en Letras. Siempre me incliné por la vida al aire libre, y admiré y admiro la creación en todo su conjunto. Amo el arte en todas sus expresiones y la palabra siempre fue para mí lo más importante, porque lo mamé desde mi querida familia, que me enseñó a respetar y admirar las cosas positivas de la vida, dando todo lo mejor de cada uno para bien de los demás, sin distinción alguna." (Any Ramírez Rialp de De Vincentis)

Con estos relatos, que representan muchas de las historias de las marcas de la infancia que constituyeron a nuestras maestras, afirmo que la docencia tiene que ver con el gesto de transmitir la pasión por lo que se hace.

El deseo siempre debe ser grande ante responsabilidad de estar frente a un curso con niños. De esa forma se logra transmitir algo del orden del aprendizaje, y eso, los niños lo leen, lo captan y nunca lo olvidarán. Rindo mi más sincero homenaje a las *Maestras que con su deseo constante de enseñar marcan el deseo de otros que a su vez marcarán a otros, y esos a otros, y otros....*

Notas sobre las marcas de la infancia

¿Cómo exhumamos los *fantasmas errantes de la infancia? Muchas veces los afectos que se ligaron a una vivencia atravesada en nuestra infancia, con el paso del tiempo, se desprenden de la imagen que los trajo a la vida y de ese modo, quedan perdidos en nuestra mente. Desde ese momento en adelante, no cesarán de vagabundear como fantasmas errantes en busca de su imagen materna.*

Es común que los adultos muchas veces podamos sentir sensaciones o emociones que se despiertan súbitamente y de las cuales no sabemos su origen. Estos afectos, muchas veces pueden angustiarnos; pero, en realidad, lo que no sabemos es que lo que nos angustia es el efecto de su paso solitario por nuestra mente. Lo que verdaderamente nos perturba es no saber o no poder comprender de dónde proviene esa sensación, a qué vivencia está ligada y cómo nació.

Es por ello que, al lograr recordar la vivencia que originó ese afecto, al identificar esa situación, al devolverle al afecto su vivencia materna, logramos exhumarlo de su letargo y dejará de martirizarnos.

....

Lo que nos marca nos fortalece...
A diferencia de lo que muchos creen, sufrir por alguna vivencia atravesada en la vida no nos hace más débiles, por el contrario, esas angustias moderadas que vivimos a lo largo de nuestra vida nos permiten crecer y madurar.

....

Las marcas que deja la infancia conforman la matriz del sujeto que advendrá. En tanto el sujeto es hablado por otros, lo que estos otros enuncien formará parte de ese ser. Allí podremos encontrar muchas de las causas de la violencia humana.

....

Las diferentes culturas, los distintos modos culturales que adquieren nuestras sociedades, imprimen sus propias marcas en la constitución de los sujetos. A esto lo denominamos: "producción de subjetividad".

....

Nosotros somos la expresión de nuestras marcas, fantasmas (fantasías) e imágenes inconscientes, vividas y creadas en nuestra infancia.

....

Recuperar lo sensible de nuestras marcas (desde una repetición sana) nos permite reconducirnos constantemente sobre nuestros pasos actuales. Aprendemos a vivir, a medida que aprendemos a conocer e identificar nuestras marcas en el presente.

....

La imagen de la expresión que transmite nuestro rostro se conecta con los afectos de las experiencias vividas que marcaron nuestra infancia. Nuestros gestos y expresiones son fieles estampados de aquellos sucesos sensibles.

....

Inspirándonos en frases célebres de Sartre y de Spinoza podríamos decir que:

**En gran parte, somos lo que hacemos con nuestras marcas de la infancia...*

**Nadie podrá determinar lo que pueden producir –en un futuro– las marcas vividas en nuestra infancia...*

Intentos por concluir

Me ha costado mucho concluir este libro porque siguen apareciendo por doquier historias que distintas personas me acercan sobre sus marcas. Me temo que ya es necesario hacerlo, puesto que creo y espero, que nunca se acaben esas historias sensibles que marcan y modelan a los hombres de bien que deseamos para nuestro mundo.

De todos modos, me veo inclinado a escribir un pensamiento final. Luego de trabajar más de cuatro años en la investigación para dar a luz este libro he descubierto que, para seguir creyendo y apostando a una humanidad que se vuelva más sensible, más tolerante, menos prejuiciosa y más preocupada por la realidad del otro que en la de sí misma, es necesario que podamos creer en nuestros hijos, que podamos confiar en la infancia y que la cuidemos, para, de ese modo, seguir donando nuestras propias experiencias a esos *locos bajitos*, desde la firme convicción de que un buen futuro los espera, del cual ellos deben ser partícipes activos, tal como debemos mostrárselo nosotros, con nuestro propio ejemplo.

Un súbito recuerdo me asalta en este instante de concluir. Creo que el deseo de escribir este libro comenzó ya a mis 6 años, donde la mirada atenta y tímida de ese niño que fui, empezó a observar y a tratar de entender: ¿por qué hay personas buenas y personas malas?

Indefectiblemente, todas las personas llegan a un mismo lugar al intentar describir la esencia de lo que son: Padres que con sus silencios y vidas transmiten buenos y nobles destinos; Madres, que con su tolerancia, constancia y amor, han cimentado la esencia más pura de sus hijos; niños,

que por su pureza, pueden captar la esencia de lo sensible de la vida. Por ello, rindo un homenaje a las marcas de la infancia, porque nunca se agoten, y para que sigan contribuyendo a construir hombres de bien.

Ahora sé por qué soy como soy. Seguro que las múltiples experiencias vividas en mi infancia "las marcas de mi infancia" templaron mi yo, hasta construir la esencia más pura e íntima de lo que soy.

Pero, a pesar de que ahora lo conozco, quizá haya un resto que nunca pueda terminar de comprender. Seguiré entonces mi camino, lento pero firme, tal como me lo marcaron mis padres cuando me llevaban a la escuela, con esa vieja y oxidada bicicleta...

(*M. Rocha*)